

**ASTOR BRIME**

# **LOS CURAS CASADOS**



**Narrativa**



ASTOR BRIME es el seudónimo con el que Generoso García Castrillo firma sus creaciones literarias. Además de su recia formación filosoficoteológica, se distingue por la sólida humanística; de ahí esas coordenadas de profundidad, transcendencia y elegancia, que avalan su producción literaria, sobre toso en le vertiente del verso. Porque Astor Brime es, ante todo, un poeta religioso, con el corazón abierto a los gozos y dolores de los hombres, y se los cuenta a Dios en verso. Varios premios literarios han ido jalonando su producción poética. En el campo de la prosa se manifiesta también un excelente creador. El trato íntimo en su ministerio sacerdotal por España y América con las profundidades del espíritu, le ha proporcionado esa plataforma excepcional para ofrecernos tipologías psicológicas humanas, como las que aparecen en esta novela, y que él sabe tan magistralmente ornamentar.

De la solapa de la portada de la novela editada

### **DEDICATORIA:**

*A mis padres Florencio y Ludivina,  
que desde el cielo, velan sobre sus  
tres hijos sacerdotes.*

*Con la mano en el pecho:*

*Ninguno de los personajes de esta novela rendirá tributo humano a almuerce, pues, aunque los vayáis a seguir caminando por las mismas calles por donde vosotros lleváis actualmente vuestras vidas, y sean exactamente iguales a los que vosotros conocéis, su existencia ha dependido solamente de la mente del autor.*

## PRESENTACIÓN

*¿Un libro o una ventana? Mejor, un libro-ventana, que por el vano del tropo descubre, ya desde sus primeras páginas, ante el que se asoma, un fondo tremendamente interrogante. Después, y sucediéndose como en planos de paisajes, vendrán los trasfondos, que para sus diversas lecturas ofrece.*

*No, no es esta una obra estrictamente científica, recapituladota de tesis y antítesis sobre el sacerdocio y su condición celibataria por leyes dictadas por célibes. Eso queda para eruditos teólogos lovanienses como L. Coppens, L. Hödl, G. Cruchon, etc. Esta es una novela escrita por un célibe voluntario, que ha tintado su pluma en el alma anegada de tragedia de muchos hombres y mujeres, que están o han estado en iglesias o residencias religiosas, que van por la calle, como cualquiera de los que esto leéis, que han ido o siguen yendo a las aulas, que nacieron para lo que Dios creó al hombre y a la mujer, que no es otra cosa tan simple y tan compleja como amar y ser amados. Sí, ya lo sabemos: Los ríos, cuanto más abundosos, más misterios llevan en sus profundidades. Y aquí hay un río de sonoridades literarias, que lleva en su seno vidas reales con alegrías, dramas y hasta tragedias. Claro que, por su intencionado orillamiento a los antedichos cientifismos, todo el fondo, como en el aire velazqueño del Cuadro de las Lanzas, queda más allá. Y la condición literaria de su entidad novelística, hace, de su invención, realidad, de tan eterna realidad, como la que alargue la duración de las estructuras encorsetadotas legales. Quienes vengan a la novela con testas ahormadas a cánones de preceptiva literaria, buscarán la pirámide de los que en ella se mueven. Para unos será el protagonista Vázquez, para otros, Segurola. El protagonista de “Los curas casados” es su mensaje por encima de todo. Porque, contrariamente a otros escritos del género, basados en el concreto anecdótico de un cura, de una mujer, aquí hay algo bastante más extenso y ambicioso. Los acontecimientos anecdóticos se producen por sus causas. Y tanto a optantes a la supresión celibataria, como para plañideros por los, para ellos, sarampiones, y diríamos más, hasta para los indiferentes a esta problemática, convendrá un remanso desde el que se pongan a contemplar las causas que han originado, a través de los siglos, esta palpitante actualidad. La condición religiosa familiar, de la cual han emanado generalmente las vocaciones sacerdotales, la educación/deseducación dada en los seminarios, el desarraigo de realidades humanas, la clase de mujeres que suelen mariposear por los huertos floridos del Cantar de los Cantares, el choque con realidades a lo más idílicamente presentadas en*

*juventudes castradas, todo eso y más. Eso no quiere decir que no haya en el sacerdocio hombres tan hombres como el P. Vázquez, que, sin ser santos, son tan humanos como divinos.*

*Astor Brime, en cumbres del manejo de la palabra, a la que ha domeñado tan bellamente en el verso, nos ofrece, mostrando una vez más su honda formación humanística y científica, un relato apasionante. Tanto, que se lee de un tirón, pero que se vuelve a repetir, por aquello del regusto, y porque, al finalizar su lectura, parece como que se le ha quedado a uno algo por descubrir. Lee y verás.*

# I

## LA HORA ÚLTIMA

La ciudad, dormida en la noche, recibió, sin enterarse apenas, los doce mazazos pausados, isócronos, del reloj alto de la catedral. Como rebullendo perezosos en sus lechos, al sentir sus golpes, se fueron moviendo otros relojes, cercanos unos, como el la Caja de Ahorros, y otros lejanos, como el de las Clarisas del barrio alto de San Miguel, que contestó con un eco bronco, indicando que también estaba alerta para no dejar el tiempo filtrarse a hurtadillas, sin estamparle el cuño de la caducidad.

- ¡Las doce! – Por la acera de una calle semioscura y estrecha del barrio alto, baja un hombre... - ¡La hora última!... Las manos metidas en los bolsillos del pantalón, su paso es nervioso y desacompasado. De vez en cuando se detiene. Entonces se queda con la mirada fija en el suelo. ¿Qué mira, si en el suelo de esa calle tortuosa y oscura no se ve casi nada? ¿Si hasta el pie tiene que adivinar a esa hora el sitio de su pisada, y cuando el cemento viejo de la acera lo desnivela un bache, se tambalea toda su alta corpulencia?

¡Ahora que acaba de doblar la esquina y le ha dado de plano una de las pocas bombillas que, de trecho en trecho largo, meten su lampo circular sobre el suelo y las paredes cercanas, podemos verle un poco! Es alto. Parece joven; como frisando en la década de los treinta. En su mirada brilla un filo de rabia. Creíamos que, cuando se detenía, miraba buscando algo delante de él. ¡No; así no se mira para buscar nada! Lo que pasa es que... Bueno: eso lo sabemos porque nosotros hacemos de forma parecida cuando nos queremos mirar dentro, a nosotros mismos. Y nos ponemos así de nerviosos. Y ni nos damos cuenta siquiera de que llevamos la camisa desabotonada, como él. Nos abstraemos de todo lo exterior. Y si estamos enojados, rabiosos, como acabamos de adivinar que camina ese hombre en la noche, hablamos solos, entre dientes, sin dar prosodia apenas a nuestras palabras, pero mordiéndolas.

¿Por qué habrá venido este hombre arrastrando su drama a estas horas? Si las calles hubieran sido playa de arenas leves y dúctiles para la huella de las pisadas, tal vez nos sería fácil, andando a la inversa, llegar hasta la fuente de donde ha manado seguramente esta noche este torrente turbio y enfangado, que nosotros hemos visto, - más bien adivinando - hace un momento, precipitándose desde el barrio alto. Pero las calles están

empedradas. Piedras redondas, ovaladas. Las mismas que los moros clavaron en el suelo cuando, sobre lo que era una colina, - yo diría más bien un fleco de falda de la sierra – trazaron curvas estrechas entre abigarradas mansiones. Ni que hubieran tenido módulos lineales de cimitarra para darles estas configuraciones. Estas piedras son duras, no dejan huellas de nada. Todo lo que por ellas pasó fue como las aguas de aluvión.

Por eso, los que viven en las casas que marginan estas calles del barrio alto, son más bien gentes pobres. Obreros, que por la mañana bajarán a las fábricas de allá abajo, de la gran ciudad, la que se escapó modernamente de estos escondrijos morunos. Fábricas, que a estas horas descansan, para empezar, después de amanecer, sus frenéticas vomitonas cotidianas. Aquí se esconden por la noche los héroes anónimos del trabajo, con cuya sangre los ricos de allá abajo riegan la argamasa para levantar las peanas de su ostentación. Los cantos rodados, que empedran estas calles, no valen para lápidas que perpetúen sus sacrificios.

Por estos vericuetos extraurbanos todo queda en el olvido. Por eso sus tascas se ríen de las ordenanzas gubernativas sobre higiene y capacidad. Los guardias apenas suben. Y cuando vienen, hacen la vista gorda a todo. Cuando alguno de ellos, disfrazado de paisano, no aprovecha subrepticamente también el paso de esta frontera, sabiendo de sobra que nadie podrá husmear su huella. Y, ay del que levantara alguna losa debajo de la cual bulle la gusanera de cómplices secretos; correría el riesgo de que algún día una faca le cercenara el miembro con que la levantó.

Es la ciudad sin ley.

Si viniéramos aquí durante el día, nos encontraríamos a cada paso, en contraste con el blanco de sus enjabelgadas paredes, el azabache y el aceitunado de la raza calé haciendo giros y quiebros. Pero a estas horas los gitanos duermen, que la noche, con sus garras de ave agorera, les mete miedo.

Las que no duermen son las prostitutas. Estas son sus horas. Y que estos rincones de ocultamiento son un hervidero de tales parásitos, basta verlo con asomarse a cualquiera de sus tascas. Suben arrojadas de allá abajo, del mundo de la luz y de la opulencia, que después viene aquí a explotarlas. Acodadas sobre los mostradores o amartelándose, gatas zalameras, bajo vahos olientes de licor de bocas cálidas y entornando los ojos, - ojos de sima bajo el pintarrajeado negro ancho de sus párpados prominentes – para hacer vibrar de deseo los lascivos de los que van estando a punto de caer entre sus uñas. Otras, lánguidas, fumando sentadas, pierna sobre pierna y rabiosamente provocativas.

Nuestro hombre sigue deambulante entre las luces y las penumbras. Levanta a veces la vista o la vira de lado cuando pasa por delante de las tascas. Si divisa a través de los cristales esmerilados o de las puertas entreabiertas luz roja, o ve ésta en lámpara sobre el dintel, entra. Música

chirriante, humo de cigarros. Quizá alguna palabra o frase suelta. Es que, a estas horas, nadie viene aquí a hablar.

- ¡*Necesito* un hombre de *acción*!

- ... ¡más que maricones!...

Esta noche, quizá por primera vez en su vida, está dándose cuenta de que la fantasía burdelesca no tiene variedad ninguna en el ofrecimiento de la mercadería. Nada más entrar, una o dos se le acercan, casi lo rozan. Miran interrogantes mientras hacen alguna torsión tentadora o llevan sus caderas y piernas algún ritmo de los que escupen los aparatos de radio o tragaperras.

Alguna musita:

- ¡Hago poses!

- ¡Te atiando bien! ¡Te juro que repetirás!

- ¿Eres nuevo?

¡Nuevo! - ¡Si notarán estas zorras! ¡Sólo faltaba!... Él parece ignorar que en este inframundo a donde ha descendido, en esta última hora de su vida, hay también un ritual, que no se aprende en libros. Si así fuera... Y está torpe, embarazado para decirle o contestar a ninguna. Por eso apenas si se detiene dentro.

De que no le han tomado por uno de esos que ahí dentro hacen lentos preludios sibaríticos, entre copas y cigarros, a su places, se convence cuando, al salir de la última tasca, se le mete en la nuca, hasta clavársele por toda la espina dorsal abajo, el tremendo burlón alfilerazo de una de tantas:

- ¡*Zi zerá argún chupalámpara de zacristía!*... ¡Miau!...

Un toro, al sentir el rejón que le rasga la piel, no se pone más furioso que este hombre. Pero su rabia, en estos momentos, en lugar de llevarlo a atacar, lo precipita más fuerte hacia fuera. Ahora va despechado. Suda. Saca del bolso de la chaqueta un pañuelo. Al sacarlo no se da cuenta de que se le ha caído un papel. Se limpia el sudor de la frente y del cuello.

Un taconeo menudo, que se acerca por la callejuela de la derecha, le hace volver la vista. Se acerca una mujer. Como aquí llega algo de luz, se distingue su cuerpo, menudo, fino, muy ceñido por un vestido cortísimo. Esta falta de ropa deja a la vista unas piernas, en las que contornean curvas tentadoras sobre unos tacones muy altos. La chiquilla, - así la podemos llamar, aunque puede ya tener veinte años - virando la cara al paso, con una sonrisa, recoge cercana a su oído la voz baja, bronca, como si temiera ser oída del hombre:

- ¿Dónde trabajas?

- ¡Ahí *mizmo*, a la *güerta*,

- ¿Cuánto?

- *Dozienta* y la cama.

- ¡Vamos!

Las dos figuras se pierden, en unos instantes, por la callejuela oscura. En el fondo de un portal, una débil bombilla roja, tipo farol, frena ahora, como un stop, la curiosidad de los que ya no nos atrevemos a seguir adelante, por temor a que los gonococos estafilocócicos y espiroquetas nos hagan volver proa hacia una farmacia en busca de una carga de antibióticos.

En el suelo ha quedado el papel que se le cayó a ese hombre. Es una cartulina. Una tarjeta de visita. Agachándose, aún se puede leer al resplandor que se le filtra por la ventana de la cercana tasca:

Francisco Javier Seguro Ortega  
Residencia Universitaria San Isidoro  
Los Geranios, 13

Y debajo, a la derecha de la tarjeta, el nombre de la ciudad en la que nos encontramos. Tarjeta a la que nadie más que nosotros hará caso. Y eso, por haberla visto caer a aquel cuyo vivaqueo nos viene intrigando esta noche. Aquí, en este barrio, tampoco importa la identidad de las personas.

¡Los Geranios!... Eso queda a la otra parte de la ciudad. La ciudad, que sigue durmiendo. Pero en el centro, donde están los grandes comercios y los edificios de la burocracia, aún conserva a estas horas un latido luminoso en las grandes avenidas. Es aquí, en su centro, donde parece mirarse a su interior, cuando las sombras le ocultan el paisaje de sierra y verdor que la festonea, hermoheando, como un vestido de perenne gala, su vigorosa figura de ciudad moderna, cuando no la molestan los ruidos. Sólo de vez en cuando por estas arterias, como un leucocito manteniendo su pulso vital, pasa raudo, desapareciendo luego, algún coche. A estas horas no hay nada que ver. Algún noctámbulo, como nosotros, lleva su paso cansino por sus aceras iluminadas. Será mejor esperar a que salga el día, y casi seguro que entonces, acercándonos a Los Geranios, logramos levantar algo el velo, que nos ha ocultado con sus negreras nocturnas, la identidad de ese hombre, que ha comenzado a hacérsenos interesante.

Hacia las diez de la mañana, en un portal pequeño y sombreado de una de las casas alineadas a la vera de una de las callejuelas del barrio alto, dialogan dos costurerillas.

Afuera un sol fuerte, de cielo plano, se ha enseñoreado de tejados y paredes encaladas. Brillan los cristales, tornasolando reflejos, y hasta las menudas hojas de las acacias parecen transformar las redondas copas en bombos enormes, ribeteados de lentejuelas brillantes. Desde la plazoleta cercana, en donde canta una fuente, llegan los gritos de los gitanillos.



Las dos costurerillas cosen sin parar mientras hablan. Léxico rápido, agudo; como si a sus palabras se les hubieran traspasado el meneo nervioso de sus manos y las aristas diminutas de sus agujas.

A veces, como secreteando, su diálogo, disminuyendo en un rápido pianísimo, se convierte en cuchicheo:

- Yo le dije que *decienta*; pero él va y me *zuerta trecienta*.

- ¡Qué *zuerte tienez, chiquiya!*

La costurerilla hizo un mohín volviendo la cara a la pared y como estremeciéndose el junquillo de su cuerpo al rozarlo la corriente de este recuerdo.

- ¡Claro! ¡Como que *penzaba pagá bien, ze aprovecharía er mu bruto!*

- ¡Quiá, *hijha!* ¡No he *vizto* tío *máz educao y má!*... ¡*Zi paresía* que tenía *mieo* de *haserme* daño!... ¡Pero, la *medaya!*... ¡Le *corgaba* – hizo con ambas manos, en una de las cuales tenía la aguja y en la otra el hilo para enhebrar, un como arco desde el cuello hasta casi el regazo, adelantando algo la cabeza – y me daba con *ella* en *loz pechoz*, en el *pezcueso* y en la cara!... ¡No pude *má!* ¡Yo *ze* la *bezé* y *ze* la *gorví pa tra*; ea, a la *ezparda!*...

- ¡*Fantazíaz tuya!*

- ¡Mira: a mí *ezo* de *loz zantoz* me mete mucho *rejumeyo* en *to er* cuerpo! ¡No lo *pueo remediá!*... Y, *ar marchá*, me pidió *miz zeñaz*, que apuntó en un *papé*.

- ¡*Eze güerve!* ¡Digo! ¡Qué *zuerte, Loliya!* ¡Cuando tú ya no tenga *onde meté zu biyete*, me lo *pazaz 'a mí!*...

## QUIZÁ

Y hacia la misma hora, delante del número trece de la calle de Los Geranios, en la acera, dialogan también cinco jóvenes. Jóvenes todos ellos, usando esa relatividad elástica que a tan bella edad conceden los proyectos, pues, fijándonos en sus facciones, se puede adivinar que existen entre ellos escalas de diez, tal vez hasta de quince años. Uno, en mangas de camisa, dos, de traje y otros dos de sotana, con franja roja. Para uno de estos dos clérigos es precisamente para quien ha ido nuestra benévola apreciación de juventud.

Los cinco tienen, en la mano unos y otros debajo del brazo, libros y cuadernos. Que tienen que ser estudiantes universitarios lo suponemos inmediatamente, pues al lado de ellos, sobre un portalón grande, abierto de

par en par y en el frontis de un edificio enorme, largo, de tres pisos, están clavadas unas letras negras de hierro:

## RESIDENCIA UNIVERSITARIA SAN ISIDORO

En una ciudad como ésta, en donde la Universidad del Estado con varias facultades y la de la Iglesia reúnen un fuerte contingente estudiantil, hay varias residencias universitarias. Y no es infrecuente que, en algunas de ellas se hospeden, conjuntamente, estudiantes de los que cursan las disciplinas profanas y los que, de diócesis o congregaciones religiosas, preparan sus grados académicos.

Esta residencia es un edificio de piedra de sillería todo él, de tiempo y líneas renacentistas. Detrás de él asoman por encima del tejado sus copas enormes unos corpulentos castaños de Indias. Son los que sombrean los patios. Y los que, cuando los acomete el viento, palmean con sus ramas largas, en las aturas, el gozo de su nervuda resistencia.

A ambos lados de la puerta principal y en proporciones perfectamente numéricas y simétricas, alargan sus vanos tres filas de ventanas, orladas con anchos bordes salientes de piedra. Las de la fila baja están protegidas con fuertes barrotes de hierro enmohecido. En los costados del edificio se ensambla una pared alta, más bien un muro, de piedra también, que a los pocos metros de su arranque se angula en sendos rectos, llevando sus brazos por detrás de la residencia y cercando los patios y jardines. Sus lomos los tiene casi en su totalidad cubiertos de hiedra perenne.

A estas horas hay movimiento de colmena en torno a esa piquera, que es una puerta grande central. Casi todos salen. En parejas, por grupos o solos. Es la hora en que el río estudiantil, en oleaje rápido y movido de frescas cabezas peinadas, que suben y bajan por las aceras y las calles al vaivén de los pasos, desemboca en las aulas universitarias de la ciudad. Con libros casi todos. Algunos llevan colgadas del brazo o dobladas debajo de él, batas blancas. Son los de Prácticas. Hablan. Se saludan. Se tiran pullas.

Un mocetón algo desgarrado, que camina solo, se revuelve de repente hacia un grupo gárrulo que le sigue. A su lado, en las esquinas de la Residencia, está abandonado y vacío uno de los tachos de la basura, que aún no ha recogido el pinche de la cocina. Lo vuelca boca abajo y encarama de un salto a él su corpulenta humanidad. Abre los brazos en uve, enarbolando en la mano derecha un librote grueso. Al sol brillan los tonos rojos de sus pastas, y las letras de su título, como que se han saltado al vacío, en movimiento brusco: Derecho Procesal y... Ensaya una mirada apocalíptica y, ahuecando la voz, grita estentóreo:

- ¡Atención, camaradas! ¿Qué pide el pueblo?

- ¡Pan y trabajo! - Esta ha sido la voz aflautada y chillona de un estudiantillo de estatura baja, delgadillo, con nuez aguda y prominente en su garganta y tipo de sietemesino.

- ¿Trabajo? ¡En las canteras, ahí mismo, hay todo el que queráis!

- ¿Y el pan?, grazna otro.

- ¡Buscadlo vosotros, que no todo se os va a dar hecho, gandules!

Una andanada de gritos, silbidos y carcajadas corea el remedo mitinesco.

La risa también ha prendido en el grupo de los cinco. Al sedimentárseles de nuevo de sus diafragmas y mientras el “defraudado pueblo” se aleja, el de más edad de los clérigos apostilla:

- ¡Y sin embargo, al pueblo hay que darle pan! ¡De un estómago vacío en calorías, no puede exigirse que suban fuerzas a brazos y cerebros!

- ¡Ya era hora de que los curas comenzaran a hablar así, P. Dalmau!, cortó rápido el que estaba en mangas de camisa.

- ¡No! ¡Esto es muy viejo! Santo Tomás lo dijo: “Prius alendus quam educandus”: antes pan que catecismo.

- Pues si ustedes en Europa se quejan, figúrense nosotros, los americanos! –El otro clérigo, al decir esto, colocó el ritardando de su tono meloso y pausado entre fogoso y brusco de sus compañeros hispanos. Es bastante más joven que el P. Jorge Dalmau. Pequeño, más bien grueso, cara ancha, sin barba, de color moreno verdoso, con pómulos prominentes. Sus ojos se quedan muy pequeños debajo de sus párpados abultados, entre aberturas oblicuas, orladas de largas pestañas. El pelo negro y liso le brilla. Sus labios anchos le tiemblan cuando añade:

- ¡Si vieran ustedes a mis paisanos!...

- ¡Castañeda!: Más mérito tendréis los sacerdotes de allí que nosotros, los de aquí, si tenéis más dificultades para conseguir los logros de vuestros deseos. Pero vosotros y nosotros tenemos que dar una presencia viva de testimonio.

- ¡Como no sea cogiendo ustedes un pico y una pala!... –Estos universitarios, cuando se le dan confianza, no se callaban y decían las cosas descaradamente.

- ¿Y por qué no? ¡Ya lo han comenzado a hacer algunos compañeros en París!

- Pero en España, algunos como usted, P. Dalmau, por si acaso, no contentos con licenciarse en Teología, aún vienen a la Universidad del Estado para doctorarse en Medicina! ¡Ese es un seguro de vida mejor que el de cualquier sindicato obrero!

- ¡Digo! ¡Galeno y cura: Matar y enterrar! ¡Nada; que va usted a montar el ciclo de producción completo!...

Rieron todos la ocurrencia. Hasta el mimo P. Dalmau, que añadió en todo conciliador a otro de los de traje –Pedro Mekerle-, que fue quien le clavó la banderilla picaresca:

- ¡Vamos, Perico! ¡No seas malo! Médicos-curas también pueden ser muy útiles en una pastoral apostólica con ambiciones... Os aseguro, majos, que vosotros, jóvenes aún, vais a ver cambios radicales en la Iglesia. La guerra europea pasada no sólo derribó ciudades viejas. Ha sido símbolo de una era de derribos...

- Pues si hubiese derribado el Vaticano, y las iglesias, en las que no les van a quedar a ustedes más que a nuestras abuelas!...

Aquí, el P. Dalmau, sin inmutarse, todo lo contrario, como aceptando el reto de su interlocutor, se puso recio, recalcando las palabras:

- ¡Pues te digo, que tal vez hubiera sido mejor! Así, quizás, a muchos sacerdotes, al no tener iglesias, les entraría curiosidad por ir a las fábricas, ponerse codo a codo con el obrero. Pudiera ser que fuéramos a decir Misa a vuestras propias casas, con vosotros, con vuestros padres; con vuestras mujeres e hijos, cuando os caséis, ya que parece que os cansa el camino de la iglesia. Más os digo: aunque alguno de vosotros hagáis alarde de anticlericalismo, sabed que en esta hora de reestructuración de la Iglesia, os necesitamos también a vosotros.

- ¿A nosotros?... –Perico abrió unos ojos muy grandes, mirando al Padre y señalando con el pulgar su propio pecho: - ¿Acaso piensa ponernos una sotana?

- ¡Todo lo contrario! ¡Si los que nos la vamos a quitar vamos a ser nosotros!

- Pues sólo faltaba verlos por la calle del brazo de una de esas chavalas, como las de ese grupo que viene a reunirse a veces con usted!...

Ahora intervenían, casi pasándose unos a otros las frases, los tres jóvenes seculares. Viniendo a este campo recién mencionado, su léxico se encontraba a sus anchas.

- ¡Anda, que hay una rubia! ¡Fiiuuu!... –Silbó- Parece sueca!

- ¡No: Norteamericana! Estudia Medicina, como yo. Ellas ya se hallan comprometidas para una obra de resonancias mundiales en el cambio de estructuras de la Iglesia que se avecina.

- ¡Pues si alguna de ellas se fatiga y le estorba, añadió Perico riendo, nos la manda para nosotros!

- ¡Os necesito a todos! Pero insisto: nada de haceros vosotros curas. Más bien vamos a ser nosotros, los curas, los que nos hagamos hombres. Necesitamos bajar de ese olimpo en que nos habéis mitificado. ¡Somos hombres como vosotros!

Los tres estaban ya de completo pitorreo con su compañero de residencia. Así solían acabar casi siempre sus disputas. Y Perico le puso, con su gracejo habitual el estrambote a la que acababan de sostener.

- ¡Hombres como nosotros, pero sin novia y sin mujer!
- ¡Todo pudiera ser, Perico!
- ¿No querrá usted decir?...
- ¿No recibirías tú la comunión de tu padre? ¡No te confesarías con él?...

- ¡Atiza! La comunión..., no digo que no. Aunque desde que dejé el colegio de los Jesuitas hace cinco años, tal vez fuera la primera que volviera a hacerlo. Pero... ¿confesarme con mi padre? ¡Yo?... ¿Yo?... –Y se señalaba a sí mismo con el pulgar y ponía una cara, a la que no le hubiera bastado más que subir el índice para atornillar su sien y decir:

- ¡Este cura está mal de testa!

Aún siguieron un rato más la conversación al mismo ritmo y en las mismas tonalidades conceptuales. Parecía que el sol, que les estaba cayendo encima, les mantenía el ardor de las frases. Se las pasaban éstas los tres indígenas, como teas encendidas, recreándose con el crepitar de sus chisporroteos, sobre las del P. Jorge Dalmau. Porque el P. Oscar Castañeda apenas intervenía. Para su cabeza americana, aquel peloteo de palabras y de gestos en idas y venidas del uno a los otros, le proporcionaba cierto placer estético, como de tolva sonora, hoy diríamos de música sicodélica. Pero su compañero de hábito y Congregación, el P. Jorge Dalmau, no se inmutaba por nada. Respondía y trataba de aclarar conceptos y desbarataba objeciones. Aquella cabeza suya, si es verdad que no tenía que hacer grandes esfuerzos para sujetarle el pelo, pues iba siendo muy ralo el que por arriba le quedaba, se notaba, sin embargo, que estaba bien repleta de proyectos para planificaciones fantásticas sociológicas y eclesiales. A los estudiantes no les extrañaba: Sabían que había estado varios años explicando Teología en un Colegio de Estudios Mayores de su orden. Que había trabajado y trabajaba con grupos apostólicos de universitarios; más de ellas que de ellos, desde luego. Que había recorrido toda Europa aprovechando una corta estancia de capellán entre emigrantes españoles. Que, como había comenzado a estudiar la carrera eclesiástica cuando ya llevaba cuatro cursos de Medicina, ahora había querido acabar ésta, y, aunque ellos no sospechaban lo que tuvo que luchar con sus superiores para que se lo consintieran, le miraban casi como a uno más de ellos. Aunque pensaban la mayor parte, que maldita la falta que le iba a hacer al cura la carrera de médico para decir Misa.

Tenía acceso a los grupos humanos universitarios, porque no se presentaba ante ellos con ese tufo de santurrón inquisidor y savonarolesco, expelido por otros recién salidos de seminarios; antes al contrario, el haber sido vocación tardía, le colocaba en situación de comprender como el mejor las complejas situaciones psicológicas de esas edades estudiantiles por las cuales él también pasó. Aunque le aureolaba después un cierto halo de un si es no es de misticismo en su figura de cara pálida y ovalada,

parecida a la de los santos esos que esculpen o pintan con azucena en la mano. Por eso quizá se le pegaban a la hora de su misa en la iglesia de las jesuitinas algunos congregantes marianos, y más todavía el grupo enfervorizado del femenino sexo, a que antes hicieron alusión nuestros estudiantes.

El irreverente Perico había dicho un día:

- ¡Les hace mear agua bendita!

Desde que entró en su congregación, le pareció que muchas cosas de la vida religiosa tenían que ser cambiadas. Y este afán iconoclasta cobró en él latitudes de océano cuando, acabada la carrera y yendo a Tubinga a ampliar estudios, las aguas de su río se juntaron con las sajonas de varios reformistas insatisfechos. Había que comenzar por los seminarios, encauzando por vías de un humanismo mucho más realista todo lo sacerdotal. Incluso se podía pensar en la posibilidad de comunidades religiosas mixtas. Y, así por el estilo, caían sobre el campo de la Moral otras muchas concepciones no digamos suyas, pero sí adoptadas por él de otros allende las fronteras. Él, sin embargo, también le daba caprichosamente sus giros particulares a esos “progresismos”, como verá en estas páginas quien se interese por ello. Pero, ladino y político, no confiaba a su pluma nada de ello. Se contentaba, por el momento, con tratar de ganar adeptos dentro y fuera de sus conventos, para su causa. Algunos de ellos, de los de dentro, con las llamas encendidas de una juventud entusiasta, ya hablaban sin ambages de estos cambios de estructuras y hasta escribían sobre tan delicados temas.. El P. Jorge Dalmau, creyendo firmemente que para revolucionar con ideas el mundo, era necesaria la palanca fuerte de la ciencia, animó a varios a ampliar estudios en diversas Facultades. Por eso se explicaba que aquí mismo, en esta residencia universitaria, le acompañaran hermanos de hábito, a pesar de no tener convento su orden en esta ciudad.

Uno de sus slogans, crecido en el suelo que, según él, el Papa regara con su “es todo un mundo el que hay que rehacer desde sus cimientos”, era el de “nuevo rostro de la Iglesia”.

Con tales perfiles, no extrañará el filo de alguna arista de la conversación anterior con sus amigos, dos de los cuales, Perico y Juan, al tenerla que interrumpir el P. Dalmau para ir, según dijo, a hablar con Seguro, encaminaron sus pasos a su aula respectiva, doblando por la esquina derecha.

Iban por la acera, junto al muro que cercaba por atrás los jardines de la residencia, charlando. De pronto, tres piedras grandes, a modo de basa y apoyadas en la pared, iban a desviar momentáneamente el sesgo recto de su paso, cuando fijándose en ellas Juan:

- ¿Qué es esto, Perico?

Miraron ambos a la pared y a la hiedra, que la coronaba. Una rama de ésta, desgajada, y unos rasguños hechos como con punta de zapatos debajo del mismo sitio, por encima del cual asomaba uno de sus brazos un manzano, les dieron una inmediata y muda explicación:

- ¡Pues tiempo de fruta no es!

- ¡Algún cabrón, que por la noche se entretuvo demasiado dándole lengua a la novia!

Deshaciendo la basa y dejando separadas las piedras, siguieron sin darle mayor importancia al caso. Ellos, sin embargo, no han sospechado lo que nosotros, pero no andaban tan descaminados.

### **BRUTAL DECISIÓN**

- No te vi esta mañana a la hora de la Misa y pensé que pudieras estar indispuesto.

- ¡No estoy enfermo! ¡Y no me verás en más misas!

- ¿Pero, qué te pasa, Paco?

- ¡Déjame en paz y vete!

El P. Dalmau, acercándose a la silla en donde su amigo, sentado delante de la mesa de su cuarto, teniendo a la derecha una papelería de mimbre abarrotada de papeles rotos, y mientras rasgaba el ambiente el ris-ras de unas cuartillas escritas, que él acababa de rasgar con rabia, tirando los trozos en el mismo sitio de los demás, se inclinó hacia él y le pasó el brazo por encima de los hombros.

- ¡Vamos! ¡Cuéntame, hombre! ¿Qué te han hecho?

- ¡Mira esta carta de Vázquez

- ¿Vázquez? ¿Es posible?

- ¡No; él no! ¡Él sólo me avisa!

El P. Dalmau cogió de encima de una carpeta una cuartilla escrita a máquina, algo angulada por el doblez de en medio, y se puso a leer alto, rápido entre dientes, mientras el compañero seguía rasgando papeles:

“Querido Segurola:

Sé que te voy a dar otro disgusto. Pero nuestra mutua amistad y lo mucho que te aprecio, me hacen comunicarte, en secreto, lo que el “jefe” te comunicará desde Madrid seguramente muy pronto.

Ayer tuvimos consulta con el Prefecto. Nos dijo a los dos consejeros, que le acaban de comunicar que te vienes a encargarte de las clases de Literatura y de Historia de la Filosofía. Veo que te interrumpen los estudios. Tratamos de indagar por qué. Por lo visto ha sentado muy mal a los de arriba el largo artículo, que enviaste a la revista, sobre la reforma y estructuración de los seminarios. Se ve que piensan, que, cortándote las alas y metiéndote de nuevo en la jaula, ya no podrás volar.

No digas que te lo he dicho. Tómallo, repito, como una prueba más del aprecio que te tengo, y para tu gobierno.

Te encomienda

José Vázquez.”

- ¿Y sin haberte dicho nada a ti?

- ¡Nada!

- ¡Vamos a ver, hombre, si todavía lo componemos! ¡Las cosas difíciles, con calma!...

- ¡No te metas y déjame! ¡Qué se habrá creído ese “cabra mocha”! –El provincial era calvo-. ¡Además: ya sabes que, cuando se le mete una cosa en la cabeza, no retrocede!

Segurola no hablaba; echaba chispas.

El compañero, que conocía bien su temperamento impetuoso e irascible, trataba de calmarle. No sólo estaban a punto de derribar la edificación de su amigo, -él conocía bien los métodos expeditivos que se gastaban los superiores- sino la de él mismo. En rigor, Segurola no era más que uno de los vehículos, que él se había escogido para echar a andar sus ideas. Joven de talento, de pluma fácil y conocedor de los ambientes de sus pretendidas reformas, por haber estado siete años de profesor. Además, inquieto y descontentadizo, le pareció siempre un tipo ideal para incordiar.

Con tales aditamentos y conociendo la multiplicidad de ocasiones en que, en centros comunitarios, tienen que rozarse las aristas de criterios humanos, no unívocos ciertamente, a nadie extrañará encontrar en su vida numerosas fricciones chirrionas y discordantes. De la misma o parecida tesitura a ésta, en que le acabamos de ver y escuchar, y que estará produciendo pena, extrañeza, admiración, desprecio o, quizá, hasta regocijo sádico a los que le contemplan a través de este cristal, según las posturas que cada uno de vosotros hayáis adoptado ante los seres de la sociedad, a cuya clase él pertenece.

A unos y a otros les diremos que, como contrapartida, Javier Segurola estaba dotado de una capacidad de trabajo y de tesón a prueba de bomba. Puesto a andar hacia una meta, nadie le había visto jamás quedarse a medio camino.

Por eso, cualquiera sabes ahora el alcance que él –ojos perdidos en el vacío mirando por la ventana a la calle y perfilando su fuerte mentón al contraluz- quiere darle a la última frase, con la que ha cerrado la conversación de tira y afloja con el P. Dalmau:

- ¡He quemado las naves!

“Que se lo habrá creído ese...” Si las paredes de la habitación de Segurola hubieran tenido ayer, al anochecer, un objetivo cinematográfico indiscreto y los repliegues de su alma turbulenta, un magnetófono oculto,



pudiéramos haber obtenido las secuencias más acabadas para un film de tragedia interior.

Estaba escribiendo en sus “*Apuntes*”, cuando el portero de la residencia llamó a su habitación, trayéndole la carta con el sello de urgencia.

Al clac-clac del papel, siguió el golpe. Un fogonazo de magnesia, que se prende súbito delante de los ojos desprevenidos. ¡Bloom!. De los ojos el aletazo de la llama llega con sus puntas hasta ambas sienes. Estallan. Oscuridad. ¿Le daba vueltas la cabeza, o eran las paredes, los libros y la mesa y la cama y el armario lo que cobró vértigo circular en torno a él? ¡Inadmisible! ¿Yo?... ¡Todo se acabó!... ¡Imposible!... Por todo el interior, con estrépito, se derrumba el hombre, estrellándose a sus pies, haciéndose añicos, levantándose una polvareda, que lo envuelve y no le deja respirar. Se ahoga. Y en las arterias de las muñecas y de los parietales, estallidos acelerados. ¿Así, todo mi porvenir?... ¡Trabajo perdido!... ¡Al destierro!... Campanas alocadas de convento haciendo un ruido horrisono en sus oídos; corredores largos, oscuros, como serpientes de orco tenebroso; miradas burlonas celebrando sádicas su fracaso: todo el río barroso, arrastrado y revolviendo en sus impetuosos y raudos torbellinos muebles y enseres – sueños, esperanzas, ambiciones- de su casa anegada, se le mete incontenible por las compuertas derribadas del alma. ¡Como un cualquiera!... ¡Seguir en el ostracismo medieval!... ¡Imposible progreso!... Y la figura del “jefe” como otras, como tantas veces, imponiendo su criterio. Suda. El sudor no es frío, no; si parece que le hierve con aquel calor que les está abrasando. ¿Para eso toda una vida de ilusión?... Como un libro, cogido por el lomo con la mano izquierda, y sobre cuya cubierta de atrás se colocan, apretando levemente, los cuatro dedos de la derecha, mientras el pulgar de ésta, tocando el borde de las hojas con la yema, las hace pasar rápidamente, así pasan en un momento, saltando a su mente, recuerdos de su vida: mamá, seminario, estudios, calificaciones brillantes, premios, profesorado, amigos, proyectos de reforma... ¡Raaás!... ¡Pamplinas; sentimentalismos!... ¡A ver quién ayuda ahora!...

Se tumbó en la cama, boca arriba, con los codos sobre la almohada y los dedos de ambas manos abrochados debajo de la nuca. Los pensamientos son tan rápidos, tan difusos, tan cortantes, que ya no son siquiera pensamientos. Es un sopor. La ventana está abierta. Afuera es de noche y la habitación ha quedado a oscuras. Su alma está más negra aún.

De pronto todos los nervios se le ponen en tensión. Lo lanzan fuera de la cama. Y, al quedar de pie, surge la reacción brutal:

- ¡Me voy a putas!

Tira la sotana arrugada encima de la silla, se pone la chaqueta y sale. Sobre la mesa queda la carta de Vázquez y el cuaderno de sus “*Apuntes*”, en cuya última línea escrita, tiembla la inseguridad de una frase sin

terminar: “...Y cuando consigamos barrer de la Iglesia toda esta bazofia, entonc...”

## II

### APUNTES PARA LA SEMBLANZA DE UNA GENERACIÓN

#### LOS DÍAS VITALES

Las cincuenta y tres primeras hojas de estos “Apuntes”, que había escrito, las he roto y las vuelvo a rehacer. Había comenzado: “Diario de Francisco Javier Segurola Ortuño”. Y no; esto no va a ser el Diario de mi vida. Se haría interminable. Me asquean los “Diarios”. También me comenzó a asquear el mío al releerlo. La mayor parte de sus páginas son paquetes de relleno, obedientes a caídas de hojas de calendario; sin sentido. Lo que cuenta en una vida es la horma o troquel que la configura. Y ese troquel pudiera ser que tuviera molduras insignificantes, que, sin embargo, son las que le dan su verdadera fisonomía. Los días solares no tienen nada que ver con los días vitales, que pueden durar, como los de la Creación, un período indefinido de tiempo o pueden tener, simplemente, instantes de relámpago. La mayor parte de los días que vivimos, no merecería la pena vivirlos; son banales. Mejor sería pasarlos en congeladora para no desgastarse en ellos. Días de los otros, la verdad, yo creo que son contados en la vida de los hombres. Como que algunos se pasan años y años prácticamente muertos. No le sacan a la vida ni tanto así de jugo.

Esto lo empiezo a escribir a mis veintitrés años. Estoy en segundo de Teología. Me gusta leer a Ortega y Gasset. Aunque este aristócrata de la dicción no haya descubierto la pólvora al vestirle a un principio escolástico el traje de fiesta del “Yo soy yo y mi circunstancia”, ha tenido el mérito de hacer que nos fijemos mejor en él; será por eso, por causa de la tela y de las líneas del terno. A esta edad creo –sí; estoy seguro- he comenzado a pensar por mí mismo. Hasta ahora, creo que no lo había hecho. De los de mi curso

tampoco hay quienes piensen por sí mismos: ni los listos, como Vázquez y Ortega, ni los seudos, como el paquidermo Uribesalgo. Y no hemos pensado por nosotros mismos, porque no nos han enseñado a pensar o porque, de haber habido algún profesor que lo hubiera intentado, no le hubieran dejado hacerlo. Quiere esto decir que, si pensar es vivir, -existir, diría Descartes-, yo no he vivido la vida, o porque no me han enseñado o porque no me han dejado. ¡Pobre del que hubiera pensado por sí mismo, si se descubre no es del mismo color del de los que nos mandan! A estas horas ya estaría en su casa. Por eso, yo lo que quiero es una semblanza para un solo contemplador o lector: para mí. Como no va a ser para nadie más, me puedo decir las cosas descarnadamente; con sinceridad. Pero va a aparecer “mi circunstancia”. Voy a tratar de descubrir los denominadores de mi vida. Mi vida que, total, se reduce a doce años con mis padres en el pueblo; seis años cursando Humanidades; un año de noviciado y cuatro de Estudios Mayores. En realidad, casi nada. Pero esta vida mía es, más o menos, el patrón de todos estos de mi tiempo, que estudian conmigo.

¿Soy el primero del cuso? Pienso que sí. Bueno: Vázquez y Ortega han estado toda la carrera a mi altura. Y el primero de ellos, de no haber entrado tan joven y si le hubieran sabido hacer estudiar más, nos hubiera dejado atrás a todos. En el fondo es un chiquillo, pero con un corazón de oro. Si no mete en su ingenuidad algo de mano zurda, va a ser siempre el burro de carga, que puje con lo que no quieren los demás. Ya de niño, antes de irnos al seminario, en el pueblo, recuerdo que era igual. Pienso que en esto ha influido el ambiente familiar en que vivió. Su madre sería una santa, prestándose a hacer favores; pero hacían de ella lo que querían, comenzando por el cura, que le encargaba lo que no quería hacer nadie. A mí nadie me maneja; ni el Prefecto.

Ayer no tuvo más remedio, al fin, que declararme la verdad: El P. Lorenzo será todo lo doctor en Teología y todo lo músico que quiera. Pero que sepa que a los estudiantes no nos pisa. Y menos a mí. No tiene razón para querer salirse con la suya, pretendiendo que yo le saque las castañas del fuego, haciéndome llevar toda la Música del Escolasticado y diciéndole después al Prefecto cosas que no son verdad. Por so, cuando éste acabó, después de una larga discusión conmigo con:

- Pero, entre un Padre Profesor y un Estudiante, ¿qué quieres que yo haga, Hermano Segurola?

- ¡Está bien!, respondí. ¡Si esa es la razón, me callo!

## BAJO EL SIGNO EL TERROR

Nací en... Bueno: En donde naciera, es o de menos. No tiene importancia eso de ser español o húngaro. Si lo que me ha rodeado desde mi niñez, en lugar de estar en España, hubiera estado en Etiopía, tendría el mismo talento que tengo. En realidad, las fronteras son el mayor atraso de la humanidad. Ésta vive la esclavitud de las imposiciones. No hay derecho a que las posibilidades y talentos de los hombres estén condicionados a sus murallas. Y sin embargo, así es la realidad.

A veces me pregunto: ¿no me hubiera gustado nacer en Alemania? Hubiera sido entonces, seguramente, un físico. También un racista. Pero ahora me estaría apretando los dientes de rabia al contemplar mi nación arrasada por el fósforo líquido y los tanques de Rusia y de las Naciones Unidas, y mi raza escarnecida en el magnicidio de Nüremberg. ¿Y si hubiera nacido en Inglaterra?... ¡Uf! ¡Eso, ni hablar! ¡Vivir con las riquezas arrebatadas al mundo con las garras de las águilas del imperio!... Mejor hubiera sido nacer en los Estados Unidos. Entonces tendría probabilidades de ser grande, pero trabajando.

La desgracia es que, si uno nace en una tribu africana, o entre los motilonos, teniendo tal vez más talento que un lord encopetado, no llegue a poseer más que un triste taparrabos.

Pero nací en un pueblo de España, que quiere decir algo así como predestinado para ser sacerdote.

En mi pueblo, los niños todos querían ser curas. Éramos casi todos monaguillos. Y cuando todos los años iba algún reclutador de vocaciones por la escuela se escogía a los dos o tres más listos, que estuvieran en edad, y se los llevaba al seminario.

El año que me llevó a mí, también llevó a Urcola y a Vázquez. Yo era el mayor de los tres. A Urcola lo echaron del seminario en cuarto. En realidad no tenía que haber ido. Era su madre quien tenía la vocación que debiera tener el hijo. Estaba empeñada en tener un hijo cura: Bueno: Ese sarampión lo padecen las madres de casi todos los que hemos entrado de niños en el seminario; digo yo. Pero Urcola se pasó los tres años y medio reñido con los libros y haciendo trastadas. La que le catapultó hasta su pueblo, fue de aúpa.

La capilla, el dormitorio y lo retretes eran el el juniorado los tres lugares, en que el silencio y la compostura tenían que estar, por exigencia de Reglamento, como ungidos con carácter de sagrados. Que lo fuera la capilla, comprendo. Pero, medir con el mismo rasero al dormitorio, y, sobre todo, a los retretes, la verdad, aún sigo sin entenderlo.

Un día, en la pared de uno de los departamentos cerrados de un retrete de usos mayores apareció un dibujo rudimentario, trazado a carboncillo. Pero se distinguían perfectamente en él los contornos de unas enormes y redondas posaderas con sus respectivos cotiledones y algún aditamento no muy conforme con la modestia cristiana. Debajo, -¡éste fue el indicio fatal!- un pie de literatura coprológica, como la de cualquier retrete de estación: “Este es el culo del P. Reyes. Por eso no le cabe en la silla”. El chivatazo le fue dado al rector a la media hora de acabar la clase de latín. Precisamente el Padre Reyes –pequeño y obeso como un hidrópico-, nos había tenido en exposición, durante toda esa clase, una de sus muestras pedagógicas de su amplio repertorio cáustico. Porque Urcola había puesto en el tema de latín, “*hominorum*”, “*facieverunt*” y otras lindezas por el estilo, que hubieran cegado de horror al mismo Cicerón, las estampó en la pizarra nada más llegar a clase. Nosotros, sin saber, sin entender lo que aquello significaba, reíamos a cada barbaridad, cuya grafía iba saliendo de su tiza. Urcola a mi lado, el muy cuitado, reía como yo, aunque no sé si se daba cuenta de aquellos disparates.

Cuando el P. Reyes hubo terminado de escribir media docena de tales palabras, dibujó un monigote pequeño en la parte inferior del encerado y le puso unas orejas de burro tan enormes, que se salían casi del panel negro. Aquí la carcajada nuestra se hizo atronadora. Terminó escribiendo debajo del monigote: “Las orejas de Urcola. Ya no le caben en la clase”.

Entonces todos viraron, más o menos, según el lugar que ocupaban en sus respectivos pupitres, y sesenta ojos se clavaron en Urcola. Las carcajadas hacían más hirientes aún los fillos de las miradas. Urcola cruzó los brazos en el pupitre hacia delante y hundió en ellos la cabeza. Se echó a llorar de vergüenza y de rabia. Yo, lo juro, apenas vi en el encerado el nombre del de mi pueblo, corté la risa. Mi rabia era mayor que la del corrido Urcola.

Nadie dudaba de la procedencia de la homónima y vengativa respuesta. A pesar de ello, el rector, tal vez para echarle más drama al asunto, organizó un verdadero proceso inquisitorial en todo el juniorado. Se descubrió enseguida que, nada más acabar la clase, Urcola, con los ojos aún enrojecidos, había entrado precipitadamente en aquel departamento excusado. Según me dijo Urcola a mí, tuvo que ser el chivato de Díaz el que le acusó, pues fue el que entró en el mismo sitio nada más salir él.

Me contó Urcola –siempre tuvo mucha confianza en mí- que él había sido, efectivamente. Y cuando después me llamó a mí a declarar el rector, mentí diciendo que no sabía nada. Antes de descubrir a un compañero me dejó cortar la lengua. Al fin, Urcola, atosigado, confesó la fechoría.

- ¿Por qué se lo dijiste, animal?

- ¡A ver si me dejaba ya en paz de una vez!

¡En paz! El rector nos reunió a todos los junioreos en el salón. Nos endilgó primero, en tonos lúgubres y como entre gasas de misterio, un sermón sobre la castidad. Después mandó subir a Urcola al estrado, a su lado. Confieso que aquel rato ha sido uno de los peores de mi vida. Tentado estuve varias veces a interrumpirle y gritar: ¡No hay derecho!

-... ¡Esa acción demuestra en ti instintos vengativos perversos! ¡El pecado que has cometido contra el cuarto mandamiento necesita en ti una satisfacción pública de petición de perdón!...

Entre los espacios de silencio que dejaban sus frases, podía oírse en el salón el vuelo de una mosca. Podrá figurarse cómo se oían los sollozos entrecortados del desdichado Urcola. Mirando yo de reojo, vi que Vázquez también se limpiaba las lágrimas con su pañuelo.

- ¡Y lo que ya no tiene catalogación! ¡Has manchado la castidad con esa grosería deshonestas! ¡El juniorado está de luto! ¡La pureza está en él hoy muerta! ¡La asesinaste tú, tú!...

Le miraba apocalíptico y le enfilaba el índice, como apuñalando con él las dos veces el pronombre. Al pobre Urcola se le sentía temblar y estremecerse.

- ¡Y para que sirva de escarmiento a todos, desde este momento quedas excluido y arrojado del juniorado! ¿Qué será, desdichado, de tu salvación eterna?...

A la mañana siguiente, detrás de las puertas de los retretes, los de las aulas, los del dormitorio y los patios, aparecieron pegadas otras tantas estampas de la Inmaculada. La de Murillo. Yo, la verdad, sentí pena de que a la pobre Inmaculada la hubiera el rector colocado –diría mejor, tirado- en un lugar tan sucio. ¿Qué tendría que ver la Inmaculada de Murillo con a grosería de Urcola? Pero, cualquiera decía nada.

Las pequeñas rebeldías ante unas estructuras educacionales - ¿educacionales?...-, que con patrón de justicia catalana perduran aún en la mayor parte de los seminarios, como reminiscencias de aún mayores rigorismos pasados, se pagaban en mis tiempos de juniorado con abstinencias de postres en el comedor, largas arrodilladas en las aulas y recreaciones con encerronas en el oratorio.

¡La cantidad de postres que dejó Vázquez! Listo y vivaracho como ha sido siempre, tuvo el vicio –o la cualidad- de clavar ocurrentes apostillas en los discursazos adormecedores de algunos profesores.

Aún lo recordamos ahora a veces chocarroneándonos: ¡Vázquez, sin postre! ¡Vázquez, a la capilla!...

- ¡Yo lo hacía para haceros reír a los serios como tú y como Uribealgo!

- ¡Ah! Pero, ¿te acuerdas de la vez que estuvo el provincial en las notas?...

- ¡Vaya! ¡Aquella vez, por poco, me echan! ¡Menos mal que se contentó el rector con atizarme un cero en conducta!...

- ¡Si no es por el P. Leonardo!...

- ¡Bueno! ¡Si no es por el P. Leonardo, no sé cuántos estaríamos ahora de profesos!... ¡Por ser demasiado bueno lo quitaron de profesor!

Y fue ya en el curso quinto. Vázquez ha sido siempre muy aficionado a la lectura. Así ha adquirido esa pluma tan galana. Consiguió que el P. Leonardo le dejara el Quijote entero. Los demás teníamos que contentarnos con leer la edición acortada. Se ve que alguien le delató al rector. Éste seguramente temió que las chifladuras de Cardenio, o las persecuciones insidiosas de Altisidora y recados amorosos de Doña Rodríguez, tentado la pudibundez de don Quijote en la alcoba del palacio del duque, pudieran mancillar la ingenuidad del bueno de Vázquez. Y lo peor del caso fue que coincidió el hecho con las notas de los exámenes, a los cuales había venido aquel año el provincial.

En la parte alta del escenario estaba éste. A ambos lados de él, en semicírculo y sentados en sus correspondientes sillas, los demás Padres del claustro profesoral. En el ambón de la derecha, de pie ante el atril, leyendo las notas de todo el alumnado de los seis cursos, el P. Leonardo.

Aquel año, yo no sé si por consigna profesoral o por qué, había gran cantidad de suspensos en todos los cursos. Los alumnos escuchábamos en gran silencio el sonsonete de la voz sonora del P. Leonardo. Nombraba al alumno. Se levantaba éste. La letanía de calificaciones altas y bajas iba desgranándose sobre el ambiente enrarecido del salón.

El silencio se aumentaba y se cargaba de expectación, porque, cuando a alguno le acababan de leer uno o varios suspensos, el provincial, alargando y encogiendo el brazo, llamaba con un gesto imperativo de su mano derecha:

- ¡Pasa adelante!

Si el suspenso era de conducta:

- ¡Ahí: a la izquierda!

Si de estudios:

- ¡Ahí: a la derecha!

Aquello era inusitado. ¿Qué iba a pasar? A medida que se iba incrementando el grupo de suspensos segregado, en el que se apiñaban unos contra otros, cabezas bajas, como escondiéndose, parecía percibirse en medio de él, como un escalofrío que le hacía temblar.

La voz del lector seguía impasible:

Vázquez Fernández, José:

|                           |    |
|---------------------------|----|
| Conducta.....             | 0  |
| Urbanidad.....            | 5  |
| Religión.....             | 10 |
| Preceptiva Literaria..... | 10 |

|                                |    |
|--------------------------------|----|
| Estilística Latina.....        | 10 |
| Versión Latina.....            | 10 |
| Griego.....                    | 10 |
| Redacción Castellana.....      | 10 |
| Historia de la Literatura..... | 10 |
| Álgebra y Geometría.....       | 9  |
| Música.....                    | 10 |
| Puesto.....                    | 1º |

Incontinenti la mano inexorable del provincial:

- ¡Pasa delante! ¡Ahí: A la izquierda!

Yo miré de reojo. Vi cómo Vázquez salía de la mesa y adelantaba, llevando la vergüenza en su cara encendida por en medio del salón. Se colocó en donde se le ordenaba.

Al finalizar la lectura de notas, estalló la tempestad. Aún repercute en mis oídos el fragor de algunas de las frases del provincial:

- ...¿Para eso está la Madre Congregación desangrándose comprándoos libros?... ¡Por ese camino, ni para maestros de vuestros pueblos vais a valer!... ¡Y vosotros! ¡Estáis en donde debéis estar! ¡A la izquierda, como los réprobos!... ¡Qué sacerdocio se le puede augurar a quien así desprecia, con una conducta indigna, una vocación tan excelsa?...

Y si sólo hubiera sido la andanada!... Sabemos que el chico, por su natural de inmadurez, cuando se ve acorralado por la fuerza y no puede huir, se acurruca en el rincón e su impotencia. Con lágrimas o como sea. Pero aguanta la tunda. Lo peor del dragón no eran esta mirada horrible y estas fauces amenazadoras. El mes y medio de vacaciones, desde siempre en el juniorado, lo pasábamos todos sin salir a disfrutarlo con nuestras familias. En ese tiempo entonces, desde los diversos puntos de España, solían venir a ver a los seminaristas algunos familiares. Pero los que éramos de pueblo e hijos de labradores, como en ese tiempo del año nuestros padres y hermanos están en la época peor del año con siegas y trillas, nos pasamos los seis años de Humanidades sin recibir un beso de nuestra madre. A mí vino a verme mi padre una vez, en cuarto, por Navidades. Eran, sin embargo, las vacaciones el gran tiempo del año. Hacíamos excursiones a los montes; nos bañábamos en el río. En las aulas no había clases. Nos dedicábamos entonces preferentemente a las lecturas recreativas. Las aventuras de Salgari y las fantasías de Julio Verne llenaban de vuelos nuestras imaginaciones inquietas. Y en los patios, amplios patios con pistas de anacrónicos marros y frontones, corríamos. La recreación del medio día después de la comida, tenía dos partes: una, de juego de carreras o pelota, según gustos, y otra, la hora última, de juegos de mesa: parchís, damas, ajedrez...



Pues bien: Los que habían sacado en los exámenes suspenso de estudios, tenían prohibición de coger en sus manos, en todas las vacaciones, libros recreativos. Y aunque no hubiera sido más que un triste suspenso de Geografía, había de pasar el que lo sacó, el mes y medio, de excursión mental por cabos, golfos y océanos. Y todos, tanto los suspendidos en estudio como en conducta, en esa hora de juego de mesa, al sonar el silbato del prefecto de disciplina, abandonaban los patios. Aquel agudo y largo pitido diario en la canícula del mediodía bajo las copas de los castaños de Indias y de las acacias, parecía un estoque apuñalando alegrías. Cabezas bajas, silenciosas, sobre cuerpos mohínos y tambaleantes, iniciaban el arrastre de su vergüenza y de su rabia. Los unos, a acodarse sobre los libros, a preparar el aprobado de Septiembre. Los otros, a la capilla: a lavar con sus rezos los días negros de sus travesuras.

¡Una hora diaria! Vázquez pasó un verano fatal. Menos mal que supo echarle filosofía al asunto. En las treinta y tantas horas de castigo, bajo las miradas de las escayolas de los altares, se leyó a san Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús y los Nombres de Cristo de Fray Luis de León. Pero se quedó sin la excursión en autocar a Bilbao, con que fuimos premiados los veinte alumnos con mejor nota media de estudio en las calificaciones de todo el juniorado. Él era el segundo. Y por el nueve de Matemáticas...

Cuando al acabar de regresar gozosos los premiados, íbamos todos por la noche en silencio al dormitorio común, se emparejó conmigo y, cuchicheando, me espetó:

- ¿Qué tal, Segurola?

- ¡Formidable! ¡Vimos el mar! ¿Sabes?

- ¡Si agarro a Cervantes, le chamusco las barbas!

No sé si aquella noche soñaría mi compañero con el Príncipe de los Ingenios, que con su Quijote fue la causa de su suspenso en conducta, origen de su castigo vacacional. Si lo hizo, no hubiera yo querido estar en la piel del Manco de Lepanto. De seguro que todas las hogueras de la Inquisición hubieran sido un hornillo de asar castañas al lado de su pira.

¿Qué me hubiera acontecido a mí, si en el año anterior me agarran levantando el pegote sobre la figura del Buey Apis? Mi curiosidad no la pude aguantar más tiempo. Logré mantener represa cinco meses lo menos, acudiendo a pensamientos ascéticos de esos sobre la mortificación, con los que nos atosigaba en las meditaciones el rector. Hasta que un día:

Resulta que en una página del texto de Historia Universal de Pío Zabala, en todos los libros, había un cuadrado de papel azul, pegado sobre lo que tenía que ser una figura ilustrativa, pues debajo se leía: El Buey Apis.

El día de mi claudicación estaba yo con la lectura de Historia más que aprendida. En algo había que emplear el tiempo. Dicen que, cuando el diablo no tiene que hacer, espanta las moscas con el rabo. El apéndice enredador de mi diablillo interior fue, en aquellos momentos de ocio, la

lengua. Humedecí disimuladamente y con rapidez el apósito azul aquel. Después fui procurando mantener la humedad con el vaho del aliento, teniendo la cabeza acodada, sí, en plan de estudio, pero muy metida encima de la página. Cuando juzgué que la goma de pegar estaría blanda, hurgué suavemente con la uña del meñique izquierdo, teniendo encima cautelosamente la mano derecha abierta, algo cóncava, como pantalla protectora. No fuera algún chivato... Levanté a medias el parche. Rápidamente lo vi todo: El dibujo de un toro entero y verdadero. ¡Sí señor, como los jatos de mi padre! ¿Y para eso tanto faldón? Apliqué, desilusionado, la palma de la mano derecha abierta, siempre en el mismo disimulo, para que el emplasto siguiera cumpliendo su necio oficio velador.

No sé, pero sigo pensando que por ésta y otras muchísimas tonterías por el estilo, se haya creado en muchos de mi generación y en la de las anteriores ese complejo de bragueta, de tan farisaicas posturas y apreciaciones, y de tan funestas consecuencias, según voy experimentando.

## TRAVESURAS

Las travesuras son la salsa de la niñez, de la adolescencia y de no pocos lances de la juventud. Más o menos cargadas de vinagre. Pero salsa, en fin de cuentas, y de la buena.

A pesar de no haber sido yo un chico lo que se puede decir travieso, no dejo de reconocer que suele ser la travesura uno de los exponentes mejores para buscar los indicios orientadores de la vida de los futuros hombres. Las habrá deslavazadas e incoherentes, que a unos padres con ambición, les harán temer por el futuro intelectual de sus hijos. Como las habrá con todas las puntas y punzazos de la malicia que podemos suponer, pero que denotarán al observador perspicaz una disposición con agudeza para introducirse en el complejo enmarañado de las situaciones más difíciles de la vida. Los que de mayores son groseros, seguidlos al paso de perro perdiguero, husmeando en dirección inversa a la trayectoria, por donde han venido dejando el mal olor de sus groserías. Seguramente que los encontraréis en su vida de chicos, maquinando complicaciones de dudosa ortodoxia de limpieza física y moral. Si los superiores, que lamentan plañideros ahora desviaciones hacia vertientes lascivas en las vidas de los súbditos, hubieran tenido a su alcance un *curriculum vitae* detallado de su niñez y adolescencia, verían tal vez, que estos lodos no son más que consecuencia de aquellos polvos.

Por ejemplo, a mí no me extraña nada, lo que hace unos días me ha contado Vázquez de Ciano. Se lo han escrito de su casa. Aún no sé cómo el prefecto le ha dado la carta. Como él no sabe los antecedentes, que mi compañero y yo más aún sabemos del calavera de Ciano, será por eso por lo que la censura conventual no le dio al papel informativo tormento de inquisición. Le cuentan que ha dejado en estado a Lucinda, una prima de Vázquez, de diecisiete años, y que el muy sinvergüenza, acabada la mili, se ha embarcado para el Brasil. Le dice también en la carta su buena y apenada madre, que era un perdido y que llevaba varios años sin cumplir con Pascua.

A mí, repito, todo esto me parece la consecuencia más natural de su niñez y, sobre todo, de su pubertad.

Aún recuerdo que, teniendo yo unos diez años, nos juntó una tarde a seis o siete chicos más pequeños que él. Nos sacaba por lo menos tres años, y él era siempre el líder nuestro. Nos llevó a las eras detrás de una meda de bálago. Allí nos mandó acomodarnos en el suelo y apoyarnos en la paja, para hacernos la revelación de un descubrimiento, que resultó ser fisiológico. Primero tuvo la precaución de asomarse a ambos lados del almiar para cerciorarse de nuestra soledad. Luego, se sentó. Mirándonos a los del corro, esbozó el gozo de una sonrisa maliciosísima. Bajando la voz, nos espetó:

- ¡Yo ya soy hombre! ¡Ya echo leche! ¡Veréis!

Y desabotonándose el pantalón, comenzó a masturbarse.

Vázquez, nada más ver aquello, se levantó rápido y, echando a correr eras abajo, se marchó. Los demás, presos por la curiosidad y las procacidades de nuestro líder, quedamos allí un buen rato, masturbándonos todos. Ninguno, sin embargo, consiguió ser hombre, pues éramos muy niños.

A los pocos días era el Primer Viernes. El maestro y la maestra, como de costumbre, nos llevaron a los niños y niñas por la mañana del día anterior, jueves –por la tarde no había escuela- a la iglesia a confesarnos.

Primero –lo hacía siempre- el señor cura, teniéndonos sentados, nos hizo un examen de conciencia prolijo. Después nos contó un cuanto terrible, espeluznante. El de un tal Pelagio, pastor, que siendo niño hizo un pecado muy feo. Fue a confesarse y se calló al confesor, porque le dio vergüenza.

- Cometió así, niños, un sacrilegio horroroso. Se lo estuvo callando del mismo modo otras muchas confesiones, abusando siempre de la gracia de Dios. Cuando se hizo mozo, no pudiendo ya con los remordimientos que, como garras afiladas le arrancaban a pedazos el alma, se fue al desierto, entre las altas montañas, hacer penitencia. A ver si Dios se lo perdonaba rezando y sacrificándose. Pero niños: ¡Sin confesión, no hay perdón!

Nosotros escuchábamos sin chistar.

Así siguió nuestro párroco pintándonos la fama de santidad, que con su penitencia adquirió Pelagio entre los demás anacoretas de aquellos desiertos. Cómo, al morir, lo enterraron en una iglesia, pensando que pronto podrían venerar su imagen en los altares. Pero a la mañana siguiente, cuando el sacristán abrió la iglesia, su cadáver estaba fuera de la sepultura.

Aquí el silencio fue roto por varios ¡ays! Y estremecimientos rebullentes del grupo de las niñas.

- Lo volvieron a enterrar. Pero esta vez, niños, pensando que era poco tal vez la iglesia, lo metieron debajo del altar. Y al día siguiente, otra vez volvió a aparecer desenterrado.

El miedo aumentaba por momentos expectante en el grupo infantil. Tan denso, que se hubiera podido cortar.

- El abad le preguntó entonces de parte de Dios: ¡Pelagio, dime: ¿En dónde quieres que te enterremos?

Aún parece que siento el escalofrío que corrió todo mi cuerpo de niño. Primero el cura pintó llamas. Llamas crepitantes que, estoy seguro, nos quemaban en la mente a todos, acelerando nuestros pulsos. Luego, imitando con los ojos abiertos desorbitadamente y las manos crispadas al sacrílego vergonzante, dio un grito horrendo, agudo, espeluznante:

- ¡Estoy en el infierno! ¡Tiradme a un muladar! ¡Me condené por callarme en la confesión un pecado! (1)

¡Cualquiera no se confesaba después sin callar lo más mínimo!

El confesonario estaba delante, en el presbiterio a la vera de la sacristía. Íbamos turnándonos: un niño, una niña; los niños arrodillándonos delante y las niñas ente la rejilla, de lado.

Cuando le tocaba a alguno del grupo de marras, después de los primeros bisbiseos, infaliblemente el cura le agarraba con ambas manos por las orejas. Le pegaba nos tirones tan fuertes moviéndole a diestro y siniestro la cabeza, que yo no sé cómo no se quedaba con ambos apéndices en ellas. Las niñas y algunos niños, arrodillados, mirando de reojo desde los bancos, se reían. Nosotros temblábamos, esperando el momento del tormento. Bien sabíamos en nuestro interior el por qué...

Me tocó a mí:

- Me acuso de que hice cosas feas.
- ¿Con quién?
- Yo solo, estando con otros.
- ¿Y quién te enseñó?

Aquí me callé como un muerto.

- ¡Dime quién!\_\_\_\_\_

1 Cuando después, de mayor, he visto en la Cartuja de Granada el cuadro de la conversión de San Bruno, contemplando el semblante del infierno del condenado sorbonense medieval, he adivinado fuentes de la inspiración de los profetas del terror..

N. leyendo mis Apuntes.

Seguí callando. No sé aún lo que es declarar a los cómplices de mis fechorías.

- ¿Te crees que no me lo sé ya? ¡A vosotros y a ese sinvergüenza había que tirarlos al mismo sitio que a Pelagio!

Y vino, ya lo creo, el consabido tirón de orejas.

Ciano estuvo esperando hasta los últimos. A él, yo bien lo vi, le agarró el cura de las orejas nada más arrodillarse. Al fin, antes de darle la absolución, le sacudió un bofetón, que sonó en toda la iglesia. Allá él con su sigilo sacramental, pero los del grupo de sobra nos dábamos cuenta de la causa del flagelo a aquel remedo de hombre.

Si la madre de Vázquez hubiera conocido estas y otras trapacerías de la vida de Ciano, de seguro que en su carta no se lo hubiera contado a su hijo como cosa del otro mundo.

Travesuras mías, que no han dejado de preocuparme cuando ahora, de mayor, pienso en ellas, son algunas, al parecer, sin transcendencia. Pero que, según mis filosofías, pueden ser hitos sintomáticos de mi vida.

¿Por qué a aquel corderito indefenso, que tenía mi padre atado ya en la cocina para matarlo para el día de la fiesta, lo martirizaba yo metiéndole una y otra vez un palillo de dientes por los ojos?... ¿Por qué, el día en que, columpiándonos de una soga atada a una viga del portalón de mi casa, al tirar de un empujón yo a Goyo, y partírsele en la caída a éste una pierna, porque otro chicos dijeron que había sido Pepín, que estaba también a mi lado, yo me callé y dejé que las culpas cargaran sobre el inocente?... ¿por qué me gozaba haciendo aquellas barbaridades con Angelín el hospiciano? No tenía el cuitado inocente más que cinco años. Algunos mayores que él lo desnudábamos y lo metíamos en el río. Yo le agarraba por los pelos y le hundía la cabeza dentro, haciéndole tragar agua a borbollones. Al sacarlo, hipaba el pobre y daba gritos tosiendo agarrándose a mis brazos asustado.

¿Por qué aquel día, en que estando yo sucio y no queriendo lavarme, cuando mi madre me cogió y me pegó un buen chapuzón lavándome ella, apenas logré zafarme de sus manos, lleno de rabia y llorando, cogí con ambas manos un buen puñado de polvo del suelo y lo restregué en mi cara mojada, quedando como un eccehomo?

¿Por qué hacía yo todas estas cosas?

El ocultar mis yerros, aunque para ello no pocas veces haya tenido que echar a andar por vericuetos de líneas curvas, es una cosa que tengo que confesarme con vergüenza en estos “Apuntes”, que nadie más que yo va a leer. Y en cosas a veces tan intrascendentes.

En cierta ocasión acompañé a mi padre al molino de un pueblo cercano, pero distante como cuatro kilómetros. Allí tenían que ir, para la molienda, todos los de mi pueblo. Llevamos el caballo y la mula con sendos sacos de trigo.

A la vuelta, con la harina sobre las cabalgaduras, solían los hombres detenerse a tomar un vaso de vino, y charlar un rato en una venta que había en el camino, junto a un riachuelo. Los rocines y pollinos los solían dejar, entre tanto, atados a las rejas de la venta, o ramoneando sueltos a la vera del río.

Si íbamos chicos, ni que decir tiene que teníamos que quedarnos fuera de la taberna venteril, jugando o aburriéndonos, a la espera de nuestros progenitores. En mi pueblo, como algún chico se aventurase a adentrarse en la taberna, en donde bebían y hablaban de sus cosas los mayores, sabía que se exponía a salir de allí catapultado por un sopapo.

Aquel día estaba yo solo fuera. Sentado en un poyo, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, esperaba a que mi padre saliera y me aburría. Para mí no eran compañía los jamelgos cargados, que también esperaban a sus respectivos amos.

Menos mal que vino a distraer mi aburrimiento la escena inevitable cuando dos ásnidos de diverso sexo sienten su sistema hormonal alterado por la mutua proximidad. El burro del tío Juan, incontinente, se empeñó en hacerle el amor a la burra del tío Serapio. Ésta, con la quilma de harina sobre sus lomos, debió, sin duda, pensar, aunque si como ella pensarán muchas mujeres no les sucedería lo que a Lucinda con Ciano; pero, en fin, digo que se ve que sintió que ya tenía bastante peso encima con el costal y se hacía la remolona a los requerimientos donjuanescos del galanteador. Lo cierto es que, importunado el asno y batiéndose en retirada la pollina, se encontró ésta casi acorralada cabe el pretil tosco de madera del puente del río. Fue entonces cuando yo, desde mi contemplación, pasé a la acción. Acudiendo en ayuda del desairado asno, me levanté y sujeté la burra por el ronzal. Cabeceó ella. Yo le arreé una patada en el anca. Se espantó y describiendo un corcovo, le sacudió una coz tremenda en el hocico a su irresistible pretendiente. En ese mismo momento, yo quise agarrar el saco de harina, con tan mala suerte que, con el impulso de la coceadora y mi torpeza al empujar, se deslizó éste, y sin poder yo contener su peso, di con él en el río. Ella, al sentirse aligerada de su peso, echó a correr al trote camino adelante. El burro la siguió, aguijando cuanto podía. Y yo empecé a gritar asomándome a la puerta de la taberna y mintiendo:

- ¡Tío Serapio! ¡Tío Serapio! ¡Que el burro del tío Juan le ha tirado a su burra la quilma de harina al río!

Salieron al instante casi todos los hombres y allí fue de ver al tío Serapio echándose a correr cuanto podía detrás de ambos animales y barbotando reniegos a topo pulmón:

- So! ¡Sooo! ¡So, burro cabrón! ¡Me has jodio el saco y ahora me quieres joder la burra!...

Sin embargo, aunque estos retazos de mi infancia pudieran parecer presagio de una atmósfera cruzada algún día por aves inquietas y volatineras, que llenaran de vuelos mi vida posterior, tanto íntima como externa, tengo que decir que no fue así. Una vez ingresado en el juniorado, rarísima será la ocasión en que siquiera dos golondrinas mías se atravesen en su vuelo, reflejándose sobre el lago de mis estudios. Aunque corría y jugaba, lo hacía por inercia de máquina de un reglamento estereotipado, que tenía mis pasos marcados, sobre todo los seis años de Humanidades y el del Noviciado, con precisión matemática. Me quedé sin vuelos. Más, a medida que he ido avanzando por mi desierto. Se diría que, al dejar mi pueblo, ingresé en las parcelas, en donde una ley cinegética drástica mataba en mí inmediatamente cualquier travesura, que pudiera lanzarse a los espacios de mi circunstancia vital. Por eso me hice el clásico “empollón”. Estudiar más y más estudiar. De este modo las calificaciones, tanto de estudio como de comportamiento, fueron siempre sobresalientes.

Como siempre fui de los más viejos de mi curso, unido esto a que, entrando ya en plena época de mi desarrollo somático, pegaron mis huesos tales estirones, que nunca los demás pudieron alcanzar mi crecimiento, ocupé durante los seis años el último puesto en filas. Esto nos proporcionaba a los más altos una especie de segunda plataforma de nivel: la de la seriedad obligada. Desde ella contemplábamos las travesuras de los otros. Y fuimos viendo cómo desfilaron, arrojados a sus casas, muchos, a quienes el azogue de sus nervios no les cabía en sus cuerpos, más pequeños que los nuestros.

Aquella fama de serio, así conseguida por la edad y por mi corpulencia, no era difícil mantenerla. No quería ello decir que fuésemos mejores. ¡Qué va! Por ejemplo. Yo, con toda mi pose de catón, nunca he sido mejor que el inquieto de Vázquez. Y no hay derecho que a él estuvieran para echarlo dos veces, que yo sepa. ¡Y todo porque hablaba! ¡Si le sobraba tiempo de estudio, qué iba a hacer! Pero ese ha sido el módulo principal para medir el comportamiento: la facilidad vibratoria de la sinhueso. ¿Por qué no le hacían aprovechar el tiempo, aprendiendo inglés supererogatoriamente, o chino aunque fuera?

En cuarto, sin embargo, después de una temporada de desgana interior, no pude aguantarme más y fui al cuarto del rector a decirle:

- Me encuentro desanimado. ¡Quiero marcharme a mi casa!

- ¿Cómo? —Abrió los ojos con extrañeza— ¡Eso es tentación del demonio! ¡Te portas muy bien! ¡Sacas unas notas como el que mejor del curso! ¡Adelante”!

¡Que me portaba bien!, ¿qué quería que para tener que marcharme, tendría que ponerme a pintarragear retretes, armar camorra en los dormitorios o saltarle un ojo a alguno al perder en algún juego en los patios? Eso no iba con mi modo de ser.

Por otra parte, a mí me retenía allí el miedo a lo que pudiera decirme mi familia. Sé que mi madre se llevaría, entonces y hoy, un gran disgusto si dejara la carrera. Tener un hijo sacerdote, que un día le dé la comunión, es la máxima ilusión de su vida sencilla de labradora. A mi padre, por un lado, no le hubiera disgustado del todo que yo hubiera vuelto. Con la estampa que tenía frizando ya en los diecisiete años, le hubiera servido para trabajar. A mí, la verdad, lo que en mi casa pudieran decirme en uno u otro sentido, no me importaba. No voy a tener una vocación de yugo, como Uribesalgo, al cual la despedida que le hizo su padre al empaquetarlo en el tren para el seminario fue:

- ¡Como te vuelvas “pa” casa, te uño con la burra!

Lo que no me he explicado nunca es que me hayan tenido siempre por bueno, por el hecho de no hacer travesuras.

Y cuando en el noviciado volví a la carga, exponiéndole al maestro mis temores sobre la bondad de mi vocación, también adoptó las posturas del “*vade retro, Satana*” (1). Era y es un santo varón, no lo niego. Pero creo que, para pasar los puentes de las conciencias, es necesario bastante más bagaje que una ascética de rosario y cuatro máximas de cavernicolismo antisicológico medieval. Como aquella, que nos repetía sin cesar. Yo creo, que cuando en las checas rojas metían a uno desnudo en una cámara estrecha, como emparedado, y le tenían recibiendo constantemente sobre su cabeza el tac-tac pausado de una gota de agua, debía de ser algo parecido. La gota atormentadora del año de nuestro noviciado era:

- ¡Perder la vocación es sacar el pasaporte para el infierno!

Naturalmente que fue el argumento con que rebatía las que él me dijo tentaciones. A su responsabilidad dejé mi profesión religiosa. Él arguyó que confiaba en mi espíritu serio. En el fondo, me halaga que me crean bueno.

Y así sigo hasta hoy. El estudio se me ha convertido en pasión. Es lo que aquí me mantiene. Pienso, no sé si estaré equivocado, que este afán por el estudio puede cohonestar un sacerdocio. Al fin y al cabo, no todos los sacerdotes van a ser predicadores o curas de almas. Si no, ¿qué iba a ser del depósito de la Iglesia?

Pero yo no sé lo que es una travesura, como la que me contó Vázquez hicieron hace poco él con otros, teólogos también. Como quien dice, en las mismas narices del prefecto: en la habitación de debajo de éste, para infundir menos sospechas. El ladrón, cuanto más se acerque al policía, que lo cree alejado, tiene menos peligro de ser descubierto. Me gustaría a veces ser como ellos, para quitarle algo de monotonía a mi vida. La verdad es que en estos tiempos, en los que estamos pasando tanta hambre, no me hubiera

---

1

“Apártate, Satanás”. N. A.



desagradado el haberlos podido acompañar a la merendona que ingurgitaron, engañando y saqueando al Hermano cocinero, sin que éste se diese cuenta. Hora que, si les llega a descubrir el prefecto, entonces menuda vergüenza que hubiera pasado yo en su caso.

## COMPLEJOS

La Psicología que estudiamos en nuestros escolasticados es troglodítica. ¡Completamente medrosa y sin vitalidad!

- ¿Entonces?...

¡Asusta a nuestros profesores pronunciar el nombre de Freud! Y hoy el nombre del neurólogo y psicólogo austríaco, con sus posibles yerros y con sus incuestionables aciertos, debe ocupar un puesto principal en esta rama. ¡Desde Santo Tomás hasta hoy ha llovido mucho!

Confieso que la conversación del Hermano Dalmau se me hace siempre interesante. Estos de vocación tardía no sabrán latines y ortografía, como nosotros. Pero traen otro aire renovador. Dinamismo, en fin de cuentas, a este anquilosamiento en que vivimos. Más él, que ha venido con la carrera de Medicina casi terminada. Nos lleva unos años a todos los del curso. Creo que éstos así son la esperanza de un futuro, que tiene necesariamente que cambiar. Y luego, esa exquisitez en modales y el trato. ¡Cómo se nota que proviene de familia aristócrata de ciudad! A nosotros, los que nacimos entre terrones, que hemos pasado la adolescencia y juventud en un encierro impermeable, queramos o no, se nos nota el pelo de la dehesa. Y por la ley elemental de contrastes, más al ponernos junto a ellos. Yo mismo, ¿qué anécdota tengo de mi vida, con ribetes de elegancia, para alguno de los días vitales de mis Apuntes?...

¡No hay duda que un psicoanálisis somero deja patente en los frutos de nuestros seminarios un fondo de represión! Represión de incontables torrentes juveniles, que traen las aguas turbias de complejos sexuales y temores infundados de pecaminosidad.

¿Por qué?

Muchos, por falta de claridad en problemas, que se deben mirar sin ningún escándalo farisaico en épocas de crecimiento somático y psíquico. Y otros muchos también, por lo que entre la generalidad de las familias españolas una como tara ha dejado en el subconsciente de aquellos, de los cuales se nutren nuestros seminarios. Esto es lo que se pudiera encarrilar, en parte, por la teoría de los complejos condicionados.

- ¡Complejos condicionados! ¿Y eso, qué es?

El Hermano Dalmau nos sabe desvelar en ocasiones como éstas, a los asiduos a sus corrillos, panoramas, que todavía tiene uno en la región de los

misterios. Porque los profesores, ateniéndose a los manuales clásicos de latín, ni saben ellos mismos que existen; o porque lo más, dejan la curiosidad de los que tenemos inquietudes de saber, prendida por fuera de la alambrada tupida de las reticencias. Y esto nos está aconteciendo, sobre todo, con la Escritura y con la Teología. Pues, señor: Si como dice el Hermano Dalmau, hay que archivar el concilio de Trento, como pieza de museo, todo lo valiosa y de proporcionadas líneas renacentistas que se quiera, por qué no concederle ese honor, para que lo contemplen con admiración los turistas de la Historia. -¡Si me leyera esto el prefecto, pobre de mí!...- Y luego: esto de tener que estudiar y dar todo en latín, es una rémora para la mayor parte de los alumnos. Aun a los que pasamos por latinistas nos traba. No tanto por su traducción, cuanto porque acorta los horizontes para la expansión de las ideas. El Hermano Dalmau, sin saber latín, con lo que sabe de la calle y estudiando libros en castellano, nos da ciento y raya a todos en cuestiones de actualidad.

No digo nada sobre las perspectivas de orientación, que ha abierto ante mi vista, enseñándome la teoría de los complejos condicionados y aclarándome otros complejos. Así hallo yo ahora pistas para adentrarme en la explicación de muchas cosas de mi vida y de las vidas de los de mi generación. Y, si mucho me apuran, de la de nuestros formadores.

Interesante el hecho experimental, que nos contó de sí mismo.

- En segundo de Filosofía vino a verme al convento una novia que tuve, la segunda, cuando yo cursaba tercero de Medicina. Vino acompañada de una amiga. Ya antes, según me contó, -yo nada sabía- había ido al noviciado queriéndome visitar. Pero el maestro, al indagar que había sido mi novia y por qué venía, no la dejó pasar. Por eso ahora venía acompañada...

- ¡Vendría a recordarle - en el escolasticado, en público, teníamos que tratarnos de usted - alguna aventura amorosa!...

- ¡No! ¡Qué va! ¡Ella era una bendita y yo un beato de comunión diaria! Venía a ver si yo estaba definitivamente decidido a seguir para sacerdote. De seguir yo, ella dice que se va para monja.

Reímos los otros tres del grupo. Prosiguió:

- ¡A lo que iba! Nada más entrar yo en el recibidor y saludar a las dos señoritas visitantes, sentí, qué sé yo... ¡Nada malo, eh!... Pero una sensación... de gusto...

Confieso que yo aquí, no haciendo mayor caso mental a la protesta de él, pensé mal del Hermano Dalmau, a pesar del mucho aprecio que le tengo. A mí me hubiera pasado lo mismo... Pero me equivoqué.

- Pasé al otro recibidor, a solas con mi exnovia, dejando a la amiga esperando. Allí, por el contrario cobré otra vez la normalidad. Aquella sensación anterior cesó por completo.

- ¡Se agarraría usted al rosario!

- ¡Vamos!... ¡No diga tonterías, Hermano Flórez! Al volver de nuevo con mi exnovia a donde nos aguardaba la amiga, el mismo impacto emocional... ¡Yo me sentía! ¿Cómo diría?... ¡A mi gusto!... algo especial, casi insensible, conmovía, más que mi periferia nerviosa y cutánea, mi yo interior... Al estarme ambas despidiendo, la amiga abrió el bolso. Sacó un frasco de perfume. Perfume francés. Richard no sé qué... Se echó unas gotas en las manos, frotándoselas suavemente, y bromeando, me salpicó con otras el pelo a mí, que seguía en el mismo estado indefinible de sensación. ¡Toma, Jorge, de esta agua bendita!...

Al hacer él dos o tres veces el gesto de la aspersión, Vázquez, que seguía la conversación, estirando el cuello, arrimó sus chatas narices a la cabeza del Hermano Dalmau, y aspiró profundamente, como buscando a ver si aún quedaba algún residuo oloroso...

- ¡No me seas guasón! ¡Tunante!... Al poco tiempo tuve la visita de mi mamá. Me acordé del perfume, y no sé por qué, le pregunté qué clase de perfume era. ¡Huy, hijo!... ¡Ese era un perfume chillón por los años veinte; de novia y primeros años de casada, me lo regalaba a mí tu padre!... ¡Exactamente cuando yo era niño sin uso de razón! Aquella sensación la tenía yo almacenada en mi subconsciente. Desde cuando mamá me tenía en sus brazos y me daba el pecho y era yo feliz en ella. A eso se llama complejo condicionado, la teoría del ruso Paulov.

- Según eso, inquirí yo pensativo, me parece que tendrían que hacernos a todos un lavado de cerebro para limpiarnos de muchos complejos, que debemos tener archivados. ¡Y no precisamente aromados con perfume francés!

- ¡Exactamente! ¡Yo no admitiría a ninguno al sacerdocio sin pasar por la prueba del psicoanálisis! ¡Hay otros muchos complejos, que sin entrar por su temporalidad en la categoría de los condicionados, también condicionan la vida y las actividades de los hombres!

Luego vino el verbo superar y su prefijo, a entrar en conjugación en palabras de nuestra conversación.

Me ha dado mucho que pensar todo ello después.

¿Por qué esta actitud de guardia, o lo que sea, que tácita e instintivamente adopto apenas se pone el físico de una mujer delante de mi ángulo visual? ¿No tendré yo desde niño?... Aquello que le oí contar a mi hermano, el mayor... hubo una criada en casa, muy marrana. La tuvo, por lo visto, que despedir mi madre. Ya no quiso desde entonces más criadas. Se desnudaba al parecer, delante de mí. Vete a ver lo que haría la muy zorra...

Y ese misterio en que llevamos envuelto todo lo sexual, ¿no tendrá entroncamiento en las intimidades secretas de tálamos matrimoniales de nuestros progenitores?... Porque para todos nosotros, durante nuestra

lactancia y sin después, en nuestros pueblos, la cama de nuestros padres fue la nuestra...

Incluso el marco psicológico de nuestra piedad y ascética. Aquel cuadro de figuras retorcidas, entre llamas purgadoras, igual que las que quemaban en el fogón, delante del cual se rezó siempre el rosario en la cocina de mi casa, ¿no habrá configurado, juntamente con otros marcos de una catequesis rotundamente negativa, esta visión del infierno que uno tiene?

Para colmo: Un encerramiento antisocial, que es decir tanto como antihumano, durante toda la carrera, con miedo a contactos vitales con lo que pienso ha de ser la vida después, ¿no nos estará condicionando nuestras vidas, que el día de mañana sentirán el cerco acomplejado? Aquello que he leído, me parece, en *La Tía Tula* de Unamuno: “No tenemos alas. No somos ángeles...” Se nos prepara, creo yo, para ángeles en un mundo que necesita hombres para vivir entre hombres.

Esas neurosis obsesivas, que han ido dejando tirados a lo largo de la carrera a muchachos excelentes, como Eguiagaray... ¡Pobre Eguía! Daba pena verlo en la capilla del noviciado: *Deus in adjutorium... Deus... Deus...* Y repetía y repetía, y no acababa nunca de empezar. Se retorció buscando posturas cuando estaba sentado en la oración. A veces tosía y carraspeaba repetidamente cuando estaba leyendo un libro, haciendo visajes raros con los ojos y moviendo a ambos lados la cabeza, rápidamente, como en gestos de negación. Esto lo hacía cuando se pronunciaba la palabra “mujer” o cualquier cosa que pudiera relacionarse con el sexo. Le vino, por lo visto, algo tarde su crisis puberal. Eso era en nuestro tiempo tabú. Aún lo es. Los naturales movimientos carnales, que tenían que multiplicársele con estas obsesiones, lo tenían deshecho. Tuvo que marcharse a casa. Y ahora dicen que ni siquiera va a Misa en su pueblo. Natural: la única solución que habrá encontrado, será echar fuera de sí la fuente de sus tormentos. Pero arrancar las raíces de tantos complejos como tenemos en el suelo del alma, va a resultar difícil. Más todavía, rodeándote una atmósfera de no comprensión. Será como adquirir otra naturaleza. ¡Y sin embargo hay que hacerlo! ¡Paco: Tienes que hacerlo si quieres ser algo en la vida!

(Adosado con un clip a esta última página de los “Apuntes”, hay un fascículo mecanografiado que abulta el cuaderno y le hace perder un tanto la forma, cuando se cierra. En la primera plana, a guisa de portada, lleva unas letras grandes negras, hechas a pincel: PECADO. Y sobre ellas, otro pincel más grueso, pintó un aspa grande, roja, formando con las anteriores letras un título vibrante. Abajo, un lápiz gordo encarnado, con grafía bien distinta a la de Seguro, ha dejado trazos, que a la legua se ve han sido escritos con rabia: *Impublicable. El director de la revista.*

Pero aunque ese director los haya catapultado a su lugar de origen, nadie podrá impedir a nuestra curiosidad adentrarse por sus renglones.

En la segunda página, y agarradas por sendas interrogaciones, van estas dos palabras: ¿PARVEDAD O NULIDAD? Y sigue:

### *Uno de tantos*

Pepe es un muchacho alegre, estudioso, y con ideas de futuro. Uno de tantos del anonimato. Nunca quizá llegue a ocupar un lugar punta en la sociedad. No saldrá su nombre en los periódicos para nada extraordinario, pero tampoco para nada negativo. Y sin embargo, ahí en donde lo tenéis, es todo un prototipo de la gran mayoría de los que, siendo ahora incipientemente jóvenes, el día de mañana formarán dentro de nuestro núcleo general de la sociedad. De la sociedad en toda su amplitud: la del signo material del consumo y la del otro signo, el espiritual -porque Pepe es creyente y practicante -, que cae bajo las orientaciones de la Iglesia.

Pues ahí en donde le tenéis, es el mismo que un día, sin más bagaje que el del sentido común y el de su sinceridad -¡casi nada!...-, está delante de mí. Su conversación -léase, si se quiere, confesión- gira en torno a un tema, preocupante de formadores de juventud: El sexo, lo sensual, lo venéreo.

- Padre: ¿Y Dios va a condenarme a mí al infierno por tocarme la picha?

- No, hijo mío, no te condenará, pero no te la toques.

Santíguate, llámame sinvergüenza, si quieres, o riéte. ¡Vete a saber la cantidad de actitudes que se pueden adoptar al leer esta introducción! Pero, acéptesele o no, este escape de sinceridad juvenil conforma hoy una actitud de creencias, marginales, desde luego, a catequética moral tradicional e torno al llamado sexto mandamiento de la Ley de Dios. Sexto mandamiento de la Ley de Dios según formulación de la moral tradicional, pero no según la tradición literal bíblica.

### *Moral tradicional*

¿No nos encontramos, entonces, ante un problema, para cuya solución habrá que ir por caminos distintos a los de ahora?

Desde luego que, por lealtad a la ley de reconocimientos, entre los postulados intangibles de una Moral tradicional, nadie negará aquel principio, que aparecía colgado en el frontispicio de cualquier tratado sobre el sexto precepto. Nos referimos al de la negación total de la parvedad de la materia. Y así como en otros mandamientos tienen esos manuales sus correspondientes apartados sobre “De parvitate”, en ninguno de los comúnmente admitidos encontraremos un “De parvitate in sexto”. Y entre los tenidos por desórdenes morales “contra naturam”, ahí estaba el

“per se”. Solamente, y por la misma ley de los principios morales, se podía derivar hacia planos más tranquilizadores, eximentes de merecimientos de infierno, cuando las escolásticas facultades volitivas o intelectivas no hubieran entrado en funciones con fuerza de plenitud. Pero dado el complejo de distinciones y definiciones, en las que la Teología Moral, bien abastecida por la Filosofía, fue pródiga, aún entonces, qué acción que, directa o indirectamente rozase lo venéreo, se veía libre del estigma de pecado venial. ¡Pecado, en fin de cuentas! ¡Ofensa de la criatura a su Creador y Padre!...

Permítasenos aquí, a ritmo de paréntesis si se quiere, la afirmación de que, todo ese tinglado encasillador de distingos en una tesitura larga de pecabilidad de más a menos y viceversa, en el fondo, no es más que una flagrante e hipócrita traición a la Ley suprema del Amor a Dios.

Las secuelas de tantas distinciones en los ámbitos de la angustia, que condicionaron infinidad de almas atormentadas y psicológicamente taradas, con trayectorias espirituales completamente antihumanas, serían imposibles de enumerar por infinitas.

### *Moral nueva*

Pero cuando la Teología Moral cobró conciencia de su tórax recio, y por ello, comenzó a dejar de mano módulos psicológicamente infantiles, como los de la obsesión del objeto concreto, volcándose de bruces a beber en las fuentes evangélicas de las que manaban las aguas claras de la Ley Suprema y única del AMOR; cuando se dio cuenta de que la vida hay que tomarla como es y no amañarla con tramas de artificio, tomando del sentido común la regla obvia de que, si ante los mismos hombres, no son los actos aislados, sino las actitudes las que operan con poder de convicción, y de igual modo tendrían que extenderse las cintas métricas al medir todo lo que al hombre religa a Dios; cuando la Psicología y la Estadística entraron en funciones en todos los ámbitos del quehacer moral humano, entonces las valoraciones de los actos tangenciales a los problemas originados por implicaciones de lo venéreo, no diremos que hayan girado en 180° en ángulo en todo, pero sí en bastante.

### *Estadísticas al canto*

Porque las estadísticas hacen pensar. Las de psicólogos y moralistas, sobre todo norteamericanos, tan dados a apoyar los pies en el terreno de lo experimental, católicos y protestantes, son totalmente expresivas. Nos hablan de que un 95%, tal vez más entre los muchachos en épocas de pubertad y adolescencia se masturban. Y un 50% entre las muchachas.

No negaremos, que, si los porcentajes, aunque sin verificaciones de muestreo, pero con otros métodos tan seguros o más que los de las encuestas, nos atrevemos a mantenerlos iguales para el sexo masculino de otros países, como del nuestro, también creemos que hay que reducirlos tal vez mucho al referirlos al otro sexo. Sin ir más lejos, podríamos aducir el dato anecdótico: Salón de una Normal de Magisterio. El profesor de Religión da una lección de moral a las alumnas. Son unas cuatrocientas. Busca la experiencia psicológica del impacto súbito. En el decurso de la charla, que está versando, precisamente, sobre lo que han de ser sus conocimientos para poder servir ellas de orientadoras el día de mañana, a través de su magisterio, en posibles ámbitos de pubertad, aduce el dato estadístico anterior. El enunciado sobre la estadística de la masturbación de los chicos, es dócilmente escuchado y aceptado en absoluto silencio. Diríamos que, hasta natural, aunque hubiera tenido de insólito algún gesto de extrañeza. Pero cuando sonó el 50% referente al sexo femenino, fue, no ya un rumor, sino un verdadero estallido general de repulsa, de no aceptación.

### *Culpabilidad*

Sin negar lo que la relatividad pudiera asignar a diversas latitudes de esas áreas humanas juveniles, ese 95% de los muchachos que se masturban, hace, - ¡ya lo creo que hace! – pensar. ¿Van a estar en pecado mortal ese 95% de muchachos del mundo, por masturbación o ipsación?...

El primero que no lo admite es Pepe; son todos los que, entre ellos, se oponen, con sentido común, que también lo tienen, a pensar sobre sus actos solitarios relacionados con lo venéreo.

Y los que, bajo una fuerza formadora - ¿formadora o deformadora? – tradicional, se mantienen dentro de los cauces por los que ha discurrido y sigue discurriendo el “tabú” del sexo, aherrojados psicológicamente por las cadenas de la culpabilidad, ¿qué proyecciones experimentan en su vida moral?

No lo neguemos: Los mayores les lanzan, o ellos mismos se dan, los calificativos. Son unos sinvergüenzas, unos calaveras, unos deshonestos... Porque de noche en la cama, o en el baile, en el cine, han tenido un momento fugaz de gozo venéreo, una eyaculación de esperma.

### *Proyección sacramentaria*

Y, viniendo a parcelas de catolicismo, si nos atenemos a consecuencias en el pleno de lo sacramentario, ¿por qué dejan de comulgar – y otras prácticas religiosas – los chicos apenas, al abandonar las playas de la niñez, entran en la pubertad?

Los mayores, sacerdotes, padres, - ellos – y profesores, en gesto de tácita convivencia, sabemos de sobra que es por eso, principalmente por eso. Los contemplamos: Se confiesan hoy, comulgan a continuación un día o varios... Luego, lo dejan. Y el mismo pensamiento se nos hiende a todos en la mente. Y sabemos que acertamos.

Muchos de ellos, la mayor parte, con gesto de derrota, abandonan la práctica de los sacramentos.

¿Y no nos queman el alma las interrogaciones que tales actitudes juveniles suscitan ¡Toda la riqueza sacramentaria, con su participación de Cristo, con su comunicación con la Iglesia, con su fuerza para la práctica de la virtud, con su valor pedagógico espiritual, etc., etc.!... Para qué vamos a encerrar entre ganchos de interrogaciones todos esos enunciados del más fuerte bagaje teológico.

### *Hablemos valientemente*

Sí, hay que hacerlo.

Primero, por la razón misma de la valoración de los hechos, en la cual juega un papel importante la ausencia de canon bíblico para aplicárselo al de la masturbación o ipsación. Segundo, porque esas consecuencias, anteriormente enunciadas, nos fuerzan a no poder admitir una situación tal para una juventud, apartada de la necesaria práctica sacramentaria. Tercera... ¡Sí, también esta razón vale! ¿O es que no va a tener fuerza en la valoración de la ley moral, la práctica de quienes, en la Iglesia santa de Dios, ejercen vocación de profetas y maestros, los sacerdotes? Pues ya hay muchos, muchísimos sacerdotes, esparcidos por toda la geografía que, tratando de orillar lo más posible el problema, para que no lo sea, se fijan más en exhortar prácticas de cuño positivo, que en hurgar en fondos de culpabilidad; sacerdotes, muchísimos, entre los cuales se cuentan calificados moralistas de fama mundial, que, si no se atreven a escribirlo, sí, en la práctica, lo dicen a los particulares, afectados por el problema.

¡No pongamos pecado en donde no lo hay! No vamos a decir que haya que masturbarse, sino que el masturbarse, en sí, no es pecado. ¿Por qué iba a serlo?

Los actos de masturbación o ipsación no escapan ni más ni menos, a la valoración moral que sirve para calificar el gusto de comer, el placer del halo del sol, que busca el ancianito en la pared, sustentadora de su decrepitud física, el gozo ante un paisaje bello o ante el perfume de una rosa.



### *Puede haber pecado*

No negamos que, por causa de esos gozos, o de otros, pudiera originarse desorden moral, incidente en el propio fuente o en tercera persona. Y entonces, no por el acto en sí, sino por sus consecuencias, tendrían implicaciones pecaminosas. Y sería entonces, cuando sobre él recaerían prohibitivas las normas que regulan la Ley Suprema de la Caridad, sobre todo cuando, no tanto como acto aislado o emitido a impulso pasajero de descuido o debilidad humana, cuanto por una actitud premeditada y sentida, cobrara fuerzas de arraigo. Por vía de ejemplo, excesivamente claro, si se quiere, y con todas las agravantes de ribetes perogrullescos: si para darnos el placer estético de contemplar un paisaje, colocáramos nuestros asientos o estrado vigía en medio de la carretera, dificultando y desordenando la circulación rodada...

Creemos que la analogía entra avasalladora por todo ese entramado de lo venéreo, dentro del cual no juzgamos que se puedan encontrar obstáculos de sofismas, que impidan discurrir llanamente, hasta llegar al fin del razonamiento.

### *Principios también*

Que en mentes no conformadas para semejantes afirmaciones, sobre todo cuando la fuerza del “tabú” las ha recubierto con durezas de callo, resulta difícil su admisión, lo comprendemos de sobra. ¡También ha costado lo suyo llegar a pergeñarlas! Más: Creo que, para los que somos ya mayores, aún sin ser viejos, y venimos de otras fronteras, quizá tenga la ciencia que esperar a que unos funerales le dejen los caminos patentes. Que por eso nos resultará muy difícil la adhesión a tales comportamientos, sin encontrar apoyos. También los hay. Sin ir más lejos: ¿No es verdad que la mayor parte de las ipsaciones venéreas de los muchachos tienen su realización, mejor diríamos, su gestación, en momentos de sopor, en estados de semisomnolencias? Pensamientos lascivos, de los que uno no es dueño por causa de ese estado, excitaciones de movimientos carnales por causas del todo fisiológicas; etc. No es tan frecuente que, chicos de nuestro nivel religioso medio, se pongan a masturbarse, así porque sí, en pleno estado de lucidez. Los principios de una moral tradicional sobre el pecado, no podrían, ciertamente, colocar aquí peso de imputación plenamente responsable.

Valga pues esta aclaración de intento tranquilizador, admitido, sin embargo, su ámbito restringido dentro del global.

*A comulgar, muchachos*

¡Qué hacer entonces, con chicos o chicas de esos que, sólo por masturbaciones o ipsaciones, se apartan de la comunión?

Por favor: Que no se vaya a la solución simplista, con afanes tranquilizadores de conciencia para el consejero o confesor. ¿Se ha pensado que esas soluciones, de *tipo tranquilizador*, en el fondo, no son más que hojarasca para cubrir el egoísmo? Y ese egoísmo que, por añadidura, llevará las más de las veces el desánimo al penitente o aconsejado, ese egoísmo sí que es pecado.

Además que ese sistema de “tantas masturbaciones, tantas confesiones”, a la corta o a la larga conducen, en la práctica, al mismo efecto del total abandono de los sacramentario. ¡No seamos cándidos y pongamos la sinceridad al servicio de la verdad! Como si no resultara tremendamente gravoso el tener que manifestar cosas tan íntimas a otra persona, por muy confesor que sea, y sobre todo, cuando llevan el marchamo de la repetición...

Por eso, y como conclusión final: Admitida la ausencia de pecabilidad, y aún a aquellos que vienen con el peso psicológico de la culpabilidad por este solo motivo de la masturbación, sobre todo, no como hábito, pues en el fondo hasta la detestan, sino como acto de fragilidad humana, un confesor, que mide en toda su trascendencia el bien que supone para el individuo en particular y para la asamblea eclesial, de que forma parte, su vida de práctica frecuente sacramentaria, tendrá que ser, por lo menos, así de claro: No hagas problema de ello y vete tranquilamente a comulgar sin necesidad de confesarte por ello.

Y si, dentro de sus posibilidades, encontrara el modo de formar en grupos o al individuo en particular, sobre la temática que le ha llevado a él, como confesor, a emitir ese fallo tranquilizante, mejor que mejor. Se lograría de ese modo el que, una masa de conciencias bien formadas orillaran al desván de los objetos inservibles, uno más de lo que, en nuestra moral antigua, ha venido siendo “tabú”.

F.S.O.

P.S.: ¡Funerales, funerales! ¡Que vengan funerales!

## NONOTONÍA

Llevo mucho tiempo sin poner la pluma sobre mis “Apuntes”. Si este medio de hablar conmigo mismo lo hubiera seguido en plan riguroso de mi inicial y roto “Diario”, cuando pensé en ponerme delante de mí este espejo, creo que ya lo hubiera estrellado muchas veces contra el suelo. La vida de un estudiante, que es eso: estudiante, no da variedad como para encontrar cada día de ella efemérides para modelar un héroe de leyenda.

Yo estoy aquí. Como cuando llueve fuera. Las gotas teclean, a veces, en los cristales de las ventanas, pero no pasan dentro. Esos ruidos del mundo de la calle están de lado de allá, fuera del convento. Son la lluvia que tamborilea en los cristales. Son coches que corren; juventud que se divierte, hombres que trabajan en campos y fábricas, políticos y financieros que manejan naciones y negocios de dinero. Son hombres y mujeres que se casan y tienen niños. ¡Niños!... En mi pueblo también se habrán ido casando los chicos de mi tiempo con las niñas de entonces. ¿Mary Sol?... Yo tendría ya algún hijo... A los veinticuatro años... No tengo más que libros delante de mí. Fuera, llueve. Miro por las ventanas del alma. Así no parará nunca de llover. Nosotros estaremos así ¿hasta cuándo? Hasta el periódico te lee el prefecto en común, en la recreación del medio día, tasándote y seleccionando las noticias. Cuando cae esa lluvia, las gotas de mis ventanas son ralas y se deslizan por cristales solitarias, como lágrimas. A otros se diría que no les interesan más que las deportivas. Y entonces sí: Cuando viene un ramalazo de viento de esa lluvia, azota fuerte las ventanas del escolasticazo. ¿Qué me importa a mí si España se clasifica o no para los mundiales de Río Janeiro ganando a Portugal? Yo quisiera otras cosas. Pero no como lluvia, contemplada día a día a través de las ventanas. Había que lanzarse a la calle, con impermeable o paraguas, como fuera. O, aunque uno se mojara; pero lanzarse. Tal vez entonces uno fuera otra gota de esa lluvia...

Fuera, llueve. Siento la lluvia y yo estoy aquí dentro.

En algunas de las horas de esta mi eterna estación de lluvias, la mirada se me marcha desvaída hacia fuera. Es que mi pensamiento no se ocupa de ella, porque se me pone a trabajar dentro. Cava y cava buscando en mi suelo las raíces o razones de mi vida. Estudio para llegar a algo. ¿A qué? ¡Vaya bobada, a estas alturas, cuando ya casi estoy en la cumbre, después de haber estado siempre mirando a la cima! ¡Está claro! Y sin embargo, no debe ser tanto. He vuelto a exponer mis reticencias ahora al prefecto sobre mi aún posible sacerdocio. Han encontrado la respuesta que vengo escuchando desde el juniorado, como un disco de gramófono. ¿Si lo tendrán mis superiores editado exclusivamente para uso de ellos? Apenas le pones tú la aguja que lo punza, lo echan a dar vueltas. ¡Su música siempre

me ha sonado lo mismo! ¡Que soy un hombre serio! ¡Un temperamento áspero, sí! ¡Pero que la orden espera mucho de mí! ¡Lo demás, es tentación! ¡Que si fuera uno que anduviera a patadas con sus votos religiosos, sobre todo con el de la castidad!... Y yo, ¿por qué había de tratar a los votos como si fueran balones; más, sin cancha para percutirles?

Decididamente, Paco: ¡Serás sacerdote! ¡No voy a dejar esta decisión para la víspera de la ordenación! Confían en mí, por algo será. A fin de cuentas, saliendo de entre terrones, ¿a qué altura mayor podía aspirar en la tierra? Y que fuera siga lloviendo.

¿Por qué me pasan a mí estas cosas así?

## ¡ESTE VÁZQUEZ!

Envidio, en buen sentido, a Vázquez. ¡Cómo ha ido enriqueciendo su personalidad, sin perder un ápice, antes enriqueciéndola, de su línea de alegría! Es el dinamismo con fronda. Estudia, se mueve y habla. Y es bueno. Bueno, en el sentido claro de la palabra, no en el gris. Cuántas veces, por no envolver en cáscara de limón la crítica, la doramos con la purpurina falsa, que parece oro. Fulano de tal es bueno, decimos. Y todo el mundo entiende que lo que queremos decir, ni más ni menos, es: Fulano de tal es tonto.

Vázquez, no. Sigue siendo el talento preclaro y vivaz de siempre. Y ahora lo veo llenando de hombría su criterio, cada día más abundantemente. ¿Quién lo diría, en uno que parecía tomarse la vida a broma? Y no es que haya desterrado las bromas de su vida, no. Sino que, entre los rosales rojos de sus alegrías, han ido creciendo otros árboles. Estos, frutales, con fruto sin gusano.

Esto prueba que, a pesar de los pesares, también del lado de acá se puede tallar al hombre. Será difícil quitarle del todo algunas aristas. Pero se puede lograr una buena talla.

A Vázquez., aristas como la de su un tanto de ingenuidad, y creer que todos son como él... Parece mentira, que un hombre tan inteligente no repare, aunque nada más fuera, que tiene que haber, en el modo de ser, diferencias, como las hay en el talento. Bastaría que él, que está a la altura de los que más en el talento, se fijase en los que tiene por debajo de sí. Ya le he dicho muchas veces, que va a tener más de un disgusto en la vida. No sabe decir que no a nadie, y todos abusan de su buena voluntad. Pero, en el fondo, me pregunto a mí mismo, si estos consejos que le doy, por el acercamiento que a él me liga desde chico, no son, a veces, el rechazo de

un muelle, que llevo yo dentro... ¿Al no ser yo capaz de ser como él, no quisiera que él fuera como yo? No sé...

Yo sé que a mi madre nunca se le hubiera ocurrido la finura que a la suya. Y sé también que, en su caso, mi reacción, aunque hubiera sido idéntica en cuanto a la esencia, seguramente hubiera ido acibarada de despecho. Me lo contó con sencillez:

- Seguro: me acaba de escribir mi hermana.
- ¿Qué te cuenta?
- Muchas cosas, como siempre. Dice que por tu casa todos bien.

¡Muchas cosas! A él le escribían muy a menudo, y había ido viviendo, durante toda la carrera, muy unido a su familia. Yo creo que para Vázquez, las cartas de su casa fueron algo así como el hilo eléctrico, por que vinieron más corrientes de electrones y neutrones espirituales a su alma clara, que por las conferencias del rector, maestro y prefecto. Hasta yo mismo tenía que saber, por las cartas de su casa, que en la mía estaban bien. A mí me escribían de tarde en tarde: dos, tres veces al año... Y con el pueblerino encabezamiento infalible del "...estés bien, nosotros bien, a Dios gracias". Después nada: Que si los animales valen o no valen, que si la desgracia de una vaca, que se murió... Los míos siempre fueron labradores toscos. Por eso, no hay quien me quite de la cabeza que, aquello de "...con quien paces"... mejor sería: Quien bien nace, mejor pace. Y Vázquez nació en un hogar modelo.

- Mira: esto pudiera emocionarme. ¡Y no te lo niego que me ha emocionado y que he ido a la capilla a dar gracias a Dios! ¡Pero que, cosas así vayan a decidir la dirección de mi vida, no!

¿Qué es?

- ¡Nada! ¿Te acuerdas de cuando en el juniorado, en quinto, a raíz de la humillación en unos exámenes, tuve aquellas fluctuaciones en mi vocación?

- ¡Me acuerdo! Sí, me lo dijiste!

- Yo escribí en aquella ocasión a mi casa. Para que estuvieran preparados, por si acaso...

- Pero, ya ves: todo pasó y aquí estás hecho todo un reverendo!

- ¡Lo que son esos cauces misteriosos, que Dios tiene para intercomunicaciones! ¡Nosotros los ignoramos la mayor parte de las veces!

- ¡Metafísico estás!, te diría como Babieca a Rocinante. Mejor: ¡Teológico!

- "¡Es que he comido!" Ya sabes que soy de los Quintero.

Reímos los dos.

- ¡Pero, acaba! ¿Qué demonios es eso?

- ¡Nada de demonios! ¡De ángeles! Y perdona la inmodestia, porque se trata de mi madre.

- ¿A ver si te crees que descubro yo ahora a tu madre? ¡Acaba de una vez!

- A mi madre siempre le agradó tomar algo de vino en las comidas. ¡Aquel vino de la cosecha, tan rico! —...La punta de la lengua de Seguro la humedeciendo el labio de arriba-. Yo me acuerdo que en casa nos gustaba mucho a todos. Pues bien, me cuenta mi hermana: Que me lo han tenido callado durante seis años. Me lo dice para animarme más ahora, que ya nos queda poco de carrera. Desde mi crisis vocacional aquella, mi madre hizo a Dios la promesa de privarse de vino por toda su vida, para que yo lo llegara a tomar, convertido en la sangre de Cristo, consagrándolo yo de sacerdote.

Un trémolo emocional adornó sus últimas palabras, disminuyendo su fonética. “Sacerdote” lo pronunció ya en voz baja, sin timbre casi.

Le tendí mi mano sobre el hombro. Él se recobró enseguida:

- ¡Espero llegar a serlo! ¡Pero te aseguro, Paco, que si yo entendiera algún día que no debiera ser sacerdote, no lo sería ni por ese sacrificio de mi madre!

¡Este Vázquez!

Mirándome a mi espejo autobiográfico seis años más tarde, al encontrarlo tan contrahecho y con tantos desconchados, pienso que hubiera podido darle alguna reparación. No tanto en lo que a mi ataño, pues ya sé los trozos de faz que deberían verse en los respectivos huecos en donde, en su claridad, están los chafarrinones ocasionados por la falta de mercurio devolvente de la imagen, cuanto por lo que queda por reflejar de algunos de aquellos, que han ido apareciendo prendidos en la atmósfera de mi circunstancia.

Por ejemplo, y para la semblanza de Vázquez. Prácticamente, está el brochazo, que le voy a dar, aún con la pintura del bote de su tiempo de estudiante, pues acaba de llegar de los tres años que ha estado ampliando estudios. Aquí pego estas nueve páginas, como un estribillo de gozo a su finura. De gozo y de crítica; la verdad.

Al acabar la carrera, a mí me han dejado de profesor en el escolasticado. A Vázquez lo mandaron a graduarse en Teología a Roma.

Ha venido enriquecido de cosmopolitismo. Allí, tanto como de las ciencias, cuyos conocimientos van a ampliar, está visto que los huraños torquemadas españoles, aprenden apertura humana, que no es poco. Y a no darle importancia a las mil y una minucias, que, como pedruscos, nos han ido a nosotros entorpeciendo, y aún nos entorpecen, al paso sereno por la vida. Los contactos humanos con los de otras naciones enseñan mucho.

Una de estas minucias ridículas, que aún tenemos entre nosotros, es lo de fumar. Los pocos fumadores de nuestros conventos tienen que andar siempre a salto de mata, ocultándose de los puritanos superiores. Se diría

que se ha tomado a esa forma de tubito, el cigarro, como uno de los termómetros de la observancia religiosa. ¡Ridículo! ¡Si en la calle se tiene, frecuentemente, como un lazo de camaradería e incentivo saludable para entablar conocimientos!... Y a alguno de los nuestros conozco que, al hombre, le está creando un complejo de inquietante tal de culpabilidad contra la pobreza, que desazona.

Vázquez, en Roma, no es que se haya hecho un fumador empedernido, no. Pero ahora, al volver a colocarlo de profesor también, que es como no tener nunca un ochavo en el bolsillo, conociendo sus amistades de la calle esta su aficioncilla al cigarro, le regalan cajetillas. Cajetillas, que tiene que tener escondidas debajo del jergón de la cama, porque le consta que el rector, más de una vez le ha husmeado los cajones de la mesa de su cuarto.

Estaba yo un día con él en su celda, charlando. La tenía, naturalmente cerrada por dentro. La razón, obvia: Acompañaba la conversación con su inocente cigarrillo.

De pronto, dos golpecillos suaves a la puerta. Yo conocí inmediatamente que era el modo de llamar del rector.

- ¡El rector!, le dije por lo bajo.

Vázquez tiró inmediatamente el cigarro por la ventana.

- ¡Un momento!, gritó.

Y cogió la bata, comenzando a dar bandazos pretendiendo aventar el humo por la ventana. Enseguida que le pareció que del ambiente habían desaparecido las volutas fabricadas por sus pulmones, descorrió el pestillo de la puerta.

Efectivamente, era el rector. Se quedó mirando inquisidor y triunfante. Aspiró lentamente. Moviendo y levantando de lado a lado la cabeza:

- ¿Qué hacen ustedes aquí?

Vázquez tenía salida espontánea para todo:

- ¡Nada, Padre! ¡Estaba quemando salvia!...

El rector volvió a aspirar fuerte:

- Pues no queme más salvia, que huele a tabaco!

Y cerró la puerta.

- ¡Habrás visto; el sabueso!

Nos encontrábamos una tarde paseando y charlando en la azotea tres profesores. Dalmau, que acababa de volver de Tubinga, Vázquez y yo. Vázquez, por supuesto, en aquellas alturas recoletas de la casa, sacó su cajetilla de cigarros. Le ofreció a Dalmau que, aunque medio galeno, no deja de dar de vez en cuando sus chupaditas. Yo no fumo, la verdad, porque no quiero; no me gusta. Pero que los demás hagan lo que les dé la gana.

Cuando más entretenidos estábamos en nuestra conversación, y viniendo pausadamente de frente, por la boca de la escalera de la azotea

aparece ante nosotros la figura negra del rector. Dalmau tiró disimuladamente la colilla de lado del suelo y puso rápidamente sobre ella el pie. Vázquez, haciéndose el impasible, echó las manos a la espalda, teniendo entre sus dedos ocultos el cigarro, que desleía quizá, naturalmente, su columnilla de humo. Detuvimos el paso por causa de la fijeza del pie de Dalmau y seguimos charlando, como si no.

El rector, sin dar las buenas tardes, dio una vuelta por la azotea. Al marchar hacia detrás de nosotros, Vázquez fue haciendo virar el cuerpecillo del delito, que ardía en su mano, hasta delante de él. Al volver el rector, el viraje se lo hizo para tornar a recobrar la posición primera del ocultamiento.

Cuando volvió a desaparecer por las escaleras, barbotó Vázquez:

- ¡Ni que el viejo ese tuviera las narices de Cirano!
- ¡Estamos aviados!, gimoteó taimado Dalmau.
- ¿Aviados de qué?, arguyó airado. ¡Como si fuera un delito!
- ¡Hombre!

Lo peor fue el drama que después le echó el rector a la cosa. Al día siguiente llamó al cuarto, primero, a Dalmau. Mintió éste, naturalmente.

- Estábamos hablando de cosas importantes. Allí no fumaba nadie. ¡Yo nunca fumé en mi vida de pecador en el mundo, no voy a hacerlo ahora!

Me llamó después a mí. Ya, al salir del cuarto del Rector, había venido Dalmau a ponerme en autos sobre su defensa, preocupado. Fui con un gato rabioso en el estómago.

- ¡No vi nada, Padre, de lo que usted dice!
- Pero... ¿Se atreverá a negarme lo que vi yo con mis propios ojos?
- ¿Y si usted dice que lo sabe, por qué me lo pregunta?

Di media vuelta y cerré de un portazo.

Tuvo que oírme, porque lo dije alto

- ¡Como si fuéramos niños!

Vázquez tomó las cosas con la filosofía que él tenía para las ocasiones.

- ¡Nada, Padre, se lo aseguro!

- Pero, ¿se atreverá a mentirme? ¿Aquello que tenía en la mano?

- ¿En la mano -Vázquez, al contármelo, poniendo cara dura, abría y alargaba las manos, lo mismo que había hecho delante del importuno rector-. ¡Los dedos! ¿Qué voy a tener?...

- ¡No, no, no, no, no!... ¡Aquello que tenía en la mano y que echaba humo!

- ¡No sé a qué puede referirse usted!
- ¡Ande, márchese! ¡Y pida a Dios más sinceridad!

Pero el estrambote de la comicada aquella lo redondeó Vázquez a los pocos días.

Se encontraba en su cuarto ante un caballete de construcción doméstica, que él había fabricado, y en donde pasó muchos ratos durante su carrera, y



se lo sigue pasando, entretenido en el arte de la pintura. Los intervalos de estos sus ratos de arte los solía llenar ahora, naturalmente, con besos al consabido cigarrillo. Tenía éste recostado sobre la mesa, en el borde, con el encendido hacia la puerta.

Llamaron. Él juró que por el modo fuerte de llamar, creyó que era yo. ¡Si cambiaría el ritmo y la tonalidad de los golpes el rector, para despistarle!...

- ¡Pasa, majo!, gritó.

Se abrió la puerta y apareció... ¡el rector!

- Te aseguro que me quedé cortado, con el pincel en la mano. Hacía el cigarro, no miré, no. ¡Cualquiera iba delante abriendo todavía la pista con la mirada! ¡Pero allí estaba el condenado delator, en la arista de la mesa, con su cenicilla y su hilillo de humo! ¡Trágame, tierra!, pensé por dentro, mientras por fuera, poniendo una sonrisa de tonto de pueblo sobre mi azoramiento, no fui capaz más que de decir: ¡Usted dirá!... Y no dijo nada por el momento. Se acercó despacio al cigarro, como un gato que ya tiene el ratón medio muerto. Se inclinó hacia él. Olió, aspiró. Luego mirándome a mí y señalando, más bien picando, como una gallina, con el índice, me preguntaba todavía:

- ¿Y esto, qué es?

- ¿Cuál?

- ¡Esto, esto!

Me acerqué. Me incliné tocando casi mi cabeza con la de él. Miré al cigarro abriendo mucho los ojos, como de extrañeza. Luego, levanté la cabeza pausadamente. Y apretando los labios primero, como con gesto de duda e ignorancia, exclamé después con toda naturalidad:

- ¡Pues..., como no lo haya traído usted, no me explico cómo ha podido llegar hasta aquí!

La carcajada que pegamos Dalmau y yo, cerrando la expectación en que nos tenía el relato del ocurrente Vázquez, retorciéndonos por la risa, aún parece que me la estoy escuchando

Luego añadió muy serio:

- ¡Pero os juro que no vuelvo a fumar en mi vida! ¡He agarrado cinco cajetillas que tenía y las he tirado a la cuadra!

- ¡Pues haces mal! ¡Debes seguir fumando!

- ¡No, Paco! ¡No quiero que nadie pierda el sueño por mí, por causa de estas niñadas!

¡Este Vázquez!

## DESPERTAR

¡Se ha casado Mary Sol! La noticia me la ha dado, como todas las que se relacionan con cosas de nuestro pueblo, Vázquez

¡Se ha casado! ¿Y qué? ¿Por qué estoy yo así, como si allá dentro de mí se me hubiera caído de repente, al fondo de un pozo, algo que aún tenía en la mano? Se ha casado, como se habrán ido casando todos los chicos y chicas de nuestro pueblo. ¿Y a mí que me importa? ¡Si ni siquiera sé cómo tiene que ser de mayor Mary Sol! Si desde que marché de mi pueblo, frisando en los trece, no la he vuelto a ver! ¡Si nadie me ha hablado en toda mi carrera de ella!

Pues, a qué negarlo: Mary Sol ha ido siempre conmigo, tácitamente conmigo, como entre gasas vaporosas, casi sin figura. Y ha crecido y se está desarrollando, apenas sin darme yo cuenta, allá detrás, donde en el cerebro están las cosas que uno tiene lejanas. Pero que las tiene. Mary Sol... Bueno: Más que Mary Sol, aquella figura vestal, cuyas claras vaporosidades yo fui creando con los trozos mejores de las mujeres de las novelas que leía, y de aquellas líneas llamativas de las otras, que, raras veces han ido desfilando por la calle o en las iglesias, ante mi vista. Aquellos ojazos, negrazos y grandes, que tenía de niña, han ido cobrando brillos cada vez mayores en su cara de mujer... Y los senos... ¡Oh, sí! Yo la conocí de niña, cuando a penas... Pero al hacerse joven, tuvieron que hermohear su talle, como los “dos gamitos mellizos” de mi lectura de la Biblia... Aquel talle fino de niña... Seguro que sus piernas..., como ésas ¡mucho mejor que ésas, miradas disimuladamente al paso por las aceras!... ¡Esbelta!... Toda ella sin materia por el tacto... La mente no tiene yemas táctiles...

Bueno: ¿Y para qué pienso yo inútilmente todas estas cosas?...

¡Se ha casado! ¡Y con un hombre que le saca catorce años! Un labrador de fuera, rico... ¡Claro: una hija del boticario no se iba a casar con un destripaterrones! ¡Un solterón verde, que se estará aprovechando!... Pero, y esto a mí qué; si yo ni lo conozco... Yo soy joven, de la edad de Mary Sol... Tengo casi terminada una carrera superior... ¡Todos los que se han quedado arando en mi pueblo, a mi lado!... ¡Ese!... ¡Pero yo estoy bobo!, ¿para qué estas tonterías en mi cabeza?... ¡A estudiar!

El día fue uno cualquiera más de los de mi escolasticazo. Se me hacía, sin embargo, imposible concentrar la atención en el significado del texto. Así estuve las dos horas del estudio, leyendo, sin leer, la lección de Moral. Por primera vez en mi vida fui a clase sin saber al lección.

Por la noche, me acosté. Estuve un rato sin lograr dormirme. Daba vueltas en la cama. Como amodorrado en la obscuridad de mi habitación-y con un viejo!... ¡Ahora en la cama con él!... ¡Pero si a ella jamás le habrá

pasado por la imaginación... un fraile!... En definitiva, yo nunca nada malo... Simplemente: que me he dado cuenta de que creció a mi lado y emigró para siempre...

Y, dormido ya, soñé. No hubiera yo necesitado pasar los apuros que pasé cuando, valiéndome de mi condición de bibliotecario, extraje subrepticamente del “infierno” (1) el libro de Freud, para enterarme de sus teorías sobre los sueños.

Esta noche Mary Sol se encendió luminosa, como lámpara fantástica, en la inmanencia de mi sueño. Peces de colores incoherentes pasando y repasando raudos por el interior de la pecera e irisando reflejos maravillosos al rebrillar sus vientres redondos y alargados en los cristales... En mi cabeza (o dentro de mi cabeza) nadaban... Los muslos de Mary Sol... Los pechos de Mary Sol... Los labios de Mary Sol... la besaba. ¿Por qué? ¡Si yo nunca he besado a una mujer! ¡Si yo no sé lo que es eso! Toda ella abrazada y abrasada por mí... Pero era su cuerpo de niña..., que se trasmutaba súbitamente en cuerpo desnudo de mujer... ¿Por qué? ¡Si yo no he visto más mujeres desnudas que las de las pinturas de la Maja de Goya y otras de Rubens en un libro de arte! Iba a ser mía... La iba a poseer... De repente, ya no... Era él...; era de él..., del viejo..., que la manchaba con sus barbas...: que cardaba su piel fina, blanda y rosada con sus pelos de chivo...; resollaba salvaje sobre ella... ¡Que la poseía mientras ella se dejaba!... ¿Y yo qué sé lo que es eso, si nunca?... Yo sólo he visto apareamientos de animales en mi pueblo... ¡Oh, el viejo! ¡No: es un perro!... ¡Igual!... ¡Goza como el Leal!... ¡Me la robó!... ¡No!... ¡Mía!... ¡Mía!... ¡Mía, por qué?... ¡Yo también!... ¿Cómo?... ¡Amor!...

Y en el momento en que la iba a poseer, me desperté sobresaltado. Estaba excitado, sintiendo en todo mi ser los efluvios ardorosos de placer en las leves contracciones de una polución nocturna.

Me quedé semidormido, relajado, en sopor. Ya no soñaba. Pensaba sin pensar. Hilos de pensamientos alargándose en todas direcciones sin dimensión de ámbitos. ¡Mary Sol! Los chicos íbamos al río a bañarnos. En aquellos años de niñez, las pasiones estaban en nosotros tan indefensas, como las de Adán y Eva en su estado de justicia original. Y nos echábamos al agua y corríamos por la hierba de la vera del río completamente desnudos. No conocíamos lo que era un bañador.

Pero aquel día... yo tenía nueve años, me acuerdo... Ciano fue el que dio la voz. Esta noche en el sopor de mi somnolencia, seguida al sueño que me excitó, fueron pasando rápidamente las imágenes infantiles...: ¡Chicos;

---

(1) “*El Infierno*” le llaman en algunos conventos a una estantería de la biblioteca, en donde están bajo llave los libros prohibidos por la censura. N.A.

que están las chavalas nadando escondidas en la poza de abajo!... Caímos por sorpresa... Ellas, cinco, desnudas completamente, se echaron a correr hacia el agua. Ponían su mano derecha delante, agarrando y tapando la vulva, mientras iban chapoteando hacia dentro, hacia donde cubría, huyendo de nosotros.. ¡Mary Sol también! Todas menos Martita, la sobrina del cura, que cogió el vestido y se lo puso delante de su cuerpecito, queriéndolo ocultar y llorando. Ciano y otros dos cayeron sobre ella y la sobaron. Lloraba, mientras las otras, ya dentro del agua, que las cubría casi hasta los hombros, chillaban.

Los demás, mientras, nos desnudábamos. En un santiamén yo ya estaba dentro del agua, al lado de Mary Sol. “¡Déjala, Ciano, brutooo! ¡Ya lo verás con su tío!...” La soltaron y Martita se vistió llorando y se marchó corriendo. Los chicos entonces se fueron echando todos a nadar, haciendo cada cual sus acrobacias acuáticas a la vista de aquellas hembras en miniatura, que tenían ahora protegida su desnudez por las aguas. Yo no nadaba. Estaba de pie al lado de Mary Sol y de otras niñas, que también permanecían inquietas, sin nadar. Reíamos coreando los gritos y pasadas de aquellos alevines nadadores. Yo a Mary Sol no la tocaba. Pero veía su cuerpo fino, achatado dentro del agua como el mío. Parecía que teníamos ambos los pies al lado de nuestras cabezas. Nuestras carnes sonrosadas difuminaban sus líneas, ondulándose como peces dentro del agua.

Así estuvimos un rato. Ya iban saliendo a vestirse los chicos. Entonces grité yo

- ¡Vamos a ver! ¡No hacerles nada, eh! ¡Afuera!

Salieron. Yo iba detrás de Mary Sol. Cuando el agua le iba a dejar de cubrir, volvió a poner la mano delante, protegiendo su pudibundez. Yo la vi por la espalda, enterita, pero sin malicia.

Nos vestimos todos. Los chicos marchamos corriendo. Ellas esperaron y se vinieron detrás, despacio.. Miré desde lejos atrás, volviéndome y me pareció que venían avergonzadas.

Todas estas imágenes han ido acariciando con sus alas, alas pequeñas, como las de los ángeles de la Inmaculada de Murillo, mi frente esta noche después de despertarme. Y más suavidades aún me fueron dando sus plumas.

Una temporada antes de marcharme al juniorado, con casi trece años, quisieron mis padres que me preparara mejor. Por ello, después de la escuela, por la tarde, me tenía que quedar un rato en la clase con el maestro, a quien le pagaban aquel estudio supererogatorio. También se quedaban otros dos chicos, para preparar el ingreso en el Instituto. Y a los pocos minutos, al salir de su respectiva escuela, venía a lo mismo Mary Sol, la única niña del pueblo que en aquel entonces pensaba estudiar. Lo pensaban sus papás, por eso la confiaron al maestro, para que la preparara igualmente para el ingreso en el bachillerato.

Estudiábamos entonces un rato los cuatro. Los otros dos chicos, en una mesa y Mary Sol y yo, detrás en otra.

La verdad, aproveché poco aquella temporada. Cada día que iba pasando, sentía al lado de Mary Sol... ¡Qué sé yo!... ¡Estaba bien a su lado! Recuerdo que los últimos días sobre todo, estaba deseando que acabase la clase para disfrutar de aquel rato posterior. Procuraba, como quien no hace nada, juntar mi pierna de lado a la suya. Y más que estudiar, estaba a gusto, sintiendo aquel calorcillo.

Hasta que uno de esos días últimos, se me fue la mano y, poco a poco, le fui acariciando el muslo. Ella, no sé si por miedo a que lo notara el maestro o porque le daba gusto también, se dejaba acariciar. Levantaba los ojos del libro y se quedaba mirando adelante, como sonriendo. De repente, ¿qué fue lo que me pasó? ¡Sentí debajo de mi vientre que todo se me contraía! Me asusté y dejé de acariciarla.

A los tres días, tenía que marcharme para el juniorado. Tenía ya todo preparado. La víspera mi madre me mandó que fuera a confesarme. Para hacer un viaje tan largo en tren, el primer viaje en tren que iba a hacer en mi vida, convenía ir confesado.

Fui temblando al confesonario.

- ...Me acuso de que sentí en mi cuerpo una cosa muy fea al tocar a una chica.

Y el cura me agarró por las orejas, lo mismo que había hecho dos años antes, cuando lo de Ciano. Mientras me las estiraba, me reñía:

- ¡Cochino! ¡Estás para ser fraile y andas con estas marranadas!

¡Si en lugar de tal salvajada me hubiera explicado lo que yo aquel día necesitaba!: Todo lo inherente a mi despertar fisiológico, recién iniciado...

Cuando yo sea sacerdote, explicaré sin ambages ni fariseísmos a los adolescentes, todo lo concerniente a su despertar fisiológico. De este modo, encontrarán el significado de este fenómeno tan natural en el desenvolvimiento humano. Y, sobre todo, no les será una fuente de angustia espiritual, con posibles traumas psicológicos. Pues de casi nada me servirían aquellos “no te apures; eso no tiene importancia” sin más explicaciones del confesor. Porque el rector, de eso, ni hablar.

Y así se han debatido, entre las tinieblas de la ignorancia, púberes de muchas generaciones, en su carrera ascensional al sacerdocio. Muchos, al no saber superar por sí mismos estas crisis, sufrieron desviaciones irreparables y se perdieron. Y los que gracias a nuestro talento natural, fuimos más o menos trampeando por entre ellas, sabemos a costa de cuántos amargores. Consecuencias, increíbles si no se vieran, las del despertar, después de toda una adolescencia y varios años de juventud de violentas represiones, como para indignar a cualquiera. No contra sus víctimas, sino contra unas estructuras antidiluvianas, que las originan. Porque, ¿quién, por ejemplo, sería capaz de creer el caso del Hermano

Petralanda? Niño finito, de ciudad, como él vino En su casa se ve que su mamá lo tuvo en un fanal. Así creció dentro del juniorado, mimado de todos. Aquí en el escolasticado, al bajar un día a las cuadras con otro compañero y presenciar el parto de una vaca, fue cuando se enteró de que a él no la habían traído de París... O lo que le aconteció al Hermano Ramírez, que no se ha enterado de que la masturbación intencionada era un desorden sexual, hasta que al llegar ahora a Moral... Y así confesó ingenuamente que lo venía él habitualmente haciendo desde su despertar fisiológico, porque le gustaba. Quisiera yo ver cómo desarraiga ahora ese hábito...

Y yo, en este momento, a nuestras cerradas estructuras les cuelgo las responsabilidades de unas cuantas interrogaciones: Dejando a un lado los casos tan extraños como los de Petralanda y Ramírez, en otros, de subida ignorancia también, ¿Hasta qué punto se pueden considerar válidas esas profesiones religiosas? ¿Y el mismo sacerdocio?

Algunos, por valentía propia, y exponiéndonos a que se enterara el prefecto, antes o después, nos desvelamos a nosotros mismos los misterios sexuales. Yo, en primero de Filosofía. Cogí el capítulo quinto de Billouard de su comentario a la Suma de Santo Tomás y la Biología de Pujiula y me enteré de todo. Así no me he tenido que esperar hasta ahora, a la Moral, para esclarecer conceptos tanto biológicos como morales. Los que debieran haber aclarado mi párroco el día del tirón de orejas o mi rector en el juniorado.

## “EL SEGADOR” (AZORÍN)

La primera vez que conocimos personalmente a Don Gabriel Incera Barret, sacerdote secular, (el padre Barriadas, como le llamaba todo el mundo) fue en una conferencia. Al parecer, se autoinvitó él para hablarnos a los estudiantes. Pero ya no volvió después más.

Trajo consigo a dos jovenzuelos obreros, escuálidos y modestamente vestidos, que se colocaron junto a él, sentados también, en el escenario, mientras él peroraba. Nos enteramos después que tres chicas, que le habían acompañado igualmente, tuvieron que quedarse mientras tanto en el recibidor del convento. La ley de la clausura es rigurosa. Más: tres bombones apetitosos, colocados en escaparate delante de ciento sesenta y ocho ojos, (en realidad, ciento sesenta y siete, pues el padre Calleja, asistente también, había perdido un ojo en el frente de batalla), emergiendo curiosos de las reconditeces preservadoras de unos hábitos monacales; ¡eso, ni hablar!

El Padre Barriadas es joven todavía. Estuvo en la guerra de capellán de la legión. Algo de su actual dinamismo apostólico entre la miseria del suburbio había llegado a nosotros, por las escasas noticias, que en algunas ocasiones nos leía el prefecto en el periódico local, durante la recreación.

“... ¡Hoy estoy solo! ¡Los viejos ya no valen más que para les cantemos unos funerales y nos dejen de una vez de estorbar! Por eso he pensado lanzar mi red a la juventud de los seminarios. También los de los religiosos. ¡Romparamos las barreras, que entre el clero secular y regular han levantado los intereses económicos! ¡Todos estamos hechos para los menesterosos: como Cristo!...”

Se inflamaba y se ponía inmediatamente como un alto horno.

“... ¡Hay que mentalizar a la juventud! ¡Madera de héroes hay por toneladas!...”

“... ¡Éstos –señalaba estirando el brazo hacia los dos con cara de asustados, que tenía a su lado- son los hijos del hambre y de la muerte! Sus padres han tenido que esconder, después de la guerra, su miedo a las represalias, en los barracones y cuevas de los suburbios sin ley. No os he podido presentar a las que pueden llegar a ser carne de prostíbulo si la sociedad no les proporciona trabajo decoroso...”

Me acordaba que, cuando niño, en plena guerra civil, venían también a mi pueblo oradores falangistas a dar mítines y se ponían así de energúmenos. Los paletos labradores les escuchaban embobados. Además, en aquellos días en que, todo el que fuera cara al sol, corría el peligro de marchar cara al paredón. Y también hablaban del hambre y de la muerte. Pero de muertes de gloria, con cinco rosas prendidas en el triunfo de los que inmolan sus vidas, por hacer una patria grande y libre, en los frentes de batalla. ¡Que le dijeran eso a la pobre Hortensia, el día que le trajeron en una caja negra el cadáver de su joven esposo, deshecho por un obús, dejándola sola con dos niños!... ¡O a las madres, que no supieron cómo quedaron sus hijos en los campos de los infiernos del odio!... Pintaban cuadros horrorosos del bando rojo enemigo, en el que pasaban tanta hambre nuestros hermanos españoles, que tenían que comer ratas de cloacas. Estuve una temporada en que veía ratas en mi plato, cuando me ponía a comer con mis padres y hermanos. ¿Serán estos dos muchachos hijos de aquellos ratófagos?...

Acabó la guerra, y los que estamos pasando hambre somos todos los españoles. Ahora, ya no me acuerdo de las ratas, cuando tomamos el condumio de alubias o las patatas sin sazón. Las cartillas de racionamiento dan para poco.

“... ¡Obreros sin trabajo! ¡Hay que alentar iniciativas en los hombres de buena voluntad! Tenemos, felizmente, un gobierno animado de esta voluntad, después de la victoria contra el comunismo. Pero que está aherrojado por la maldad de naciones poderosas extrañas. ¡La salvación, en

tales circunstancias, no nos va a venir de afuera! ¡Tenemos que lograrla nosotros mismos!

“¡Hay que dejar bien al descubierto la caridad! ¡Que los que tienen que esconder en las madrigueras del miedo sus vidas, vean que, en esta España vencedora, no crece ya la cicuta del odio!...”

“... ¡La muerte! ¡Qué bonito morir en un convento, empaquetado para la gloria! ¡Pero morir en una chabola, abierta a la intemperie, en la inercia de una tuberculosis, sin medicinas, sin fe y sin Dios!”

“¡Futuros sacerdotes: Vosotros tenéis un lugar en barriadas de suburbios, como la mía! ¡Por qué no venís a poner os a mis órdenes? ¡Os necesitan los engendros del hambre y de la muerte!...”

Se podrán discutir y hasta negar afirmaciones y posturas e este paranoico apocalíptico. Se le podrá, incluso, tener por un candidato a la camisa de fuerza en un sanatorio psiquiátrico. Nadie, sin embargo, podrá negar que está haciendo una obra de resonancias nacionales en un suburbio de lo más miserable de esta ciudad. Ha construido, primero, dos grandes comedores para pobres; un dispensario, seis escuelas. Está ahora levantando una iglesia. Todo por este orden. Primero ha tratado de dar de comer al cuerpo. Después, según nos ha explicado, viene el alma.

La expresión, que más frecuentemente salió de la boca ardorosa del Padre Barriadas durante su rollazo de más de una hora, fue, seguramente, la de “Hay que”...

“...Después de la horrorosa guerra mundial, recientemente acabada, el mundo camina rápidamente hacia nuevas metas. ¡Hay que buscarle su nueva faz! ¡Hay que darle a la Iglesia su verdadero sentido universalista! ¡Hay que meter en una tumba los intereses capitalistas que la dominan! Y si para eso hubiera que cambiar totalmente las estructuras, que se nos han arrumbado por viejas, cantémosle el “*réquiem*” dejándolas en las glorias de su pasado”...

Finalizado el inflamado alegato, puede figurarse que, en un centro de juventud como es el escolasticado, tuvieron que estallar los cartuchos de dinamita. Aunque la mayor parte de ellos, sordos, apagados por el espesor de los matorrales del temor.

- ¡Esto es una fábrica de hacer locos!

Al hablar así Vázquez, parecía demostrar que no estaba en la misma línea del Padre Barriadas.

-Los que han hecho algo en la historia, dime si no han tenido sus trazas de locos. El mismo Cristo...

- ¡No compares!... Si no es que no me crea conceptualmente en una línea renovadora. Lo que condeno es el procedimiento demagógico y utopista. Por lo demás, nosotros aún estamos dentro del cascarón y no sabemos de la misa la media.

- Pronto nos encontraremos en pleno sacrificio, Vázquez.



- Pero me temo que los que vengan a él por esos caminos...

Con el lóbulo del oído pillé la conversación en otro corrillo:

- ¡Y qué garra tiene el fulano!

- ¡Digna de mejor causa!

Dalmau les ponía su epifonema en un tono suave, pero de indudable aceptación a la posición del energúmeno clérigo:

- No sé qué causa mejor en la tierra para un sacerdote! ¡Ir en socorro de las dos miserias más horrorosas: el hambre y la muerte, sin esperanza de nada! Por mi parte os digo, que esto ha sido un acicate para mi esperado sacerdocio.

¡El hambre! ¡La muerte! He aquí dos palabras, que hicieron algo así como ambiente de los de mi generación. Nos criamos entre ellas. Hemos visto muy de cerca sus vuelos negros sobre nuestras cabezas, con las uñas de sus garras amenazadoras. Las dos guerras: la civil y la mundial, llenaron el suelo de escualideces y tumbas, y la atmósfera de complejos de hambre y de muerte. Por eso no nos extrañaba que el Padre Barriadas las tomara como líneas de su discurso.

Día hubo, mejor diría, noche, en que los estudiantes tuvimos que correr una verdadera aventura por causa del hambre. No había nada para comer al día siguiente. El ecónomo compró alubias en un pueblo cercano. Se trataba de poderlas introducir en el convento sin correr el peligro de que los fielatos fiscales, apostados en todos los caminos de acceso a la ciudad se enteraran y nos las requisaran. Fuimos de paseo, como otras tardes. Estuvimos desperdigados bajo los árboles, esperando toda la tarde hasta que vinieran las sombras protectoras de la noche. Ya anochecido, el silbato del prefecto de disciplina nos concentró a todos los estudiantes entre los matorrales, junto al río. Allí estaban dos paisanos con sendas cabalgaduras. Tenían éstas sobre sus lomos dos sacos henchidos, que resultaron ser alubias. A la luz de una linterna fuimos metiendo puñados de alubias en los hondos bolsillos de nuestros hábitos. Luego, el prefecto de disciplina dio la orden en voz misteriosa:

- ¡Y ahora, cada cual, por el camino que pueda, al convento! ¡Cuidado al pasar junto al fielato! Ir naturalmente, como si nada.

Aquello sonó algo así como “sálvese quien pueda”. A la luz de la luna volvimos en pequeños grupos dispersos.

Y es que los frailes, contrariamente a lo que se creen los que nos juzgan ángeles, también tenemos estómagos. Esto se lo diría yo a paisanos, como los de mi pueblo, en un latín macarrónico, para entender el cual, no se necesita la Gramática del Lacio: “Intellectus apretatus, discurrit qui rabiatur”. No necesitaba tampoco el Pare Barriadas desplegar tanta elocuencia para decirnos lo que era el hambre.

A nadie extrañará que, en circunstancias como éstas, hayan sido varios los estudiantes que han tenido que abandonar los estudios con manchas en

sus pulmones, o minados ya éstos por los bacilos de Koch. Los superiores de nuestra orden han habilitado una casa en la sierra y allí confinan a aquellos cuyo desarrollo somático juvenil ha pagado su tributo a la tuberculosis.

Uno de éstos fue el Hermano Romero. Cuatro años tuvo que tener interrumpidos sus estudios. Bastante repuesto, y con grandes ansias de lograr su sacerdocio, volvió al escolasticado. Pero no podía llevar el orden regular... Se levantaba todos los días y asistía a las clases como podía. Tomaba una sobrealimentación, que, unido a una inapetencia de su organismo, alterado constantemente por unas décimas de fiebre, le hacía prolongar enormemente sus comidas. Por eso solía quedarse solo en el refectorio, cuando los demás marchábamos a la recreación del medio día.

El día del Corpus habíamos ido todos los clérigos a la procesión. El Hermano Romero no fue, naturalmente. Volvimos tarde. Ya habían comido los que se quedaron en casa. El Hermano Romero no estaba tampoco en el comedor ya cuando volvimos a comer. Ese día se diría que había comido más de prisa. Nadie sospechaba nada de la tragedia, que en jornada tan gloriosa de custodias eucarísticas tornasoladas, se estaba tácitamente gestando en el escolasticado. Los que comieron a la hora ordinaria pensaron que habría ido a la procesión. Los que fuimos a la procesión, creíamos que habría quedado con los que no fueron, que seguiría el orden común del día.

Por la tarde, el Hermano cocinero fue el que dio la voz de alerta. ¿Dónde estaba el Hermano Romero, que no había venido a comer?

Fuimos Dalmau y yo a su cuarto, creyendo que estaría en la cama. Pero... ¡Extraño! La cama, revuelta, sin hacer. Ropas menores usadas, tiradas por el suelo. Sin decir nada a nadie, nos pusimos a buscar por todas las dependencias del escolasticado. Así más de una hora. Bajamos a la huerta. Allí, tampoco.

No sé por qué, al ver una toalla colgada de un rosal, que se asomaba al estanque grande del agua para el riego, casi lleno, me vinieron luego a la mente las ropas tiradas en la habitación del Hermano Romero.

- ¿Y estas zapatillas?, dijo Dalmau.

Había al lado del brocal del estanque, efectivamente, unas zapatillas negras. Poco más allá, una bata negra...

- ¡Son las del Hermano Romero!

Nos quedamos ambos mirándonos, cortados. El mismo escalofrío súbito en los dos. Instintivamente nos inclinamos sobre el brocal del estanque. El agua remansada estaba negruzca. No se veía el fondo. Cogí de un motón un palo largo de los de mata de fréjol y me puse a picar con él aquí y allá, nerviosamente, rápidamente...

- ¡Aquí hay algo!... ¡Un bulto!... ¡Lo nuevo!...

Dalmau, buen nadador, se despojó del hábito, de la camisa y del pantalón, y se lanzó decidido al agua, buceando en donde yo había dicho. Primero, un brazo, exánime sobre la figura de Dalmau... ¡Un cuerpo desnudo, en calzoncillo solamente!... ¡El Hermano Romero ahogado!...

Quedamos petrificados los dos. Lo icé, ayudando a Dalmau. Él, entendido, lo colocó inmediatamente sobre el suelo.

- ¡Ponte tú debajo! ¡Así, a la larga!

Me tumbé de seguida atravesado en el suelo. Sentía sobre mis pulsos el peso de los dos cuerpos. Oía cómo Dalmau, aplicando su boca a la del Hermano Romero, insuflaba fuertemente... Así, varios minutos...

- ¡Está muerto! ¡Levántate! ¡Tenemos que volverlo a dejar dentro del agua hasta que venga el juez!

Lo hicimos. Confieso que yo temblaba. Dalmau estaba mucho más sereno.

- ¡Vamos! ¡A avisar al prefecto primero!

- Este se sintió esta mañana febricitante; seguro. Vino a refrescarse aquí, y al contacto del agua, sufrió un colapso.

El impacto en todo el escolasticado fue terrible. El prefecto, desencajado, les dio la noticia a los estudiantes, que estaban en torno a una gramola escuchando música. En aquel momento rodaba en el disco una marcha militar alemana de la última guerra. ¡La guerra de la muerte!

- ¡Cierren la gramola! ¡Tenemos en casa un cadáver! ¡El Hermano Romero está ahogado en el estanque!

Morir joven y cuando ya está casi en la orilla de la ribera anhelada... ¡Y de qué manera tan extraña se acaba! En estos días se me han levantado dentro de mí todos esos espectros negros, que yo creía soterrados ya bajo una juventud vigorosa y plenamente dedicada al estudio. Pero se ve que los tengo dentro y es imposible matarlos. Están sólo dormidos, como las serpientes. Los trae uno desde niño. Se le metieron por las ventanas de su inocencia en aquellos funerales lúgubres de mi pueblo. Los hundieron más profundamente los profetas de una escatología aterradora, durante los años de formación. Y ahora, la verdad, yo tengo miedo a la muerte.

Y es que la muerte impresiona a cualquiera. Ya pueden los místicos colgarle las guirnaldas de lirismos que quieran. La muerte es la muerte. Yo nunca la vi tan de cerca. Como Vázquez.

Él nos la contaba después. Le llamó el prefecto a la enfermería, cuando el médico estaba haciendo la autopsia al cadáver del hermano Romero. Vio aquel cráneo abierto... Tuvo que echar aserrín en el suelo para empapar el acur y la sangre manados. También, dentro de la caja, pues, ya amortajado, seguía destilando. En la meditación común de la noche, estando todo el escolasticado en la capilla, de rodillas, orando en el silencio imponente por la impresión del entierro, un golpe seco sobre el suelo - ¡Plom! -, seguido de un escalofriante revuelo colectivo. Era Vázquez, que

había rodado por el suelo, desmayado. No se rió nadie como otras veces, no.

- ¡La sangre, la herida en la cabeza, los ojos abiertos sin pestañear, la caja, el aserrín empapado recogido con la paleta!... ¡Me daba todo vueltas en la cabeza! No sé lo que me pasó, que perdí el conocimiento.

## **¡MI MORAL SOY YO!**

El apunte biográfico de este día vital, que propongo pergeñar, no sé cómo hacerlo. Pero como no a va a ser más que para mí solo, los riesgos no serán comprometedores. Aunque, pienso, que si me meto por las vías de la lógica, traqueteando en este furgón de mi vida, las consecuencias, a largo plazo, pudieran ser interesantes. Dándole a esta palabra, “interesantes”, una amplitud de significados, que no sabría en este momento expresar, pero que tendrían que llegar hasta el choque con otros pareceres obstaculizadores, con descarrilamientos desastrosos de mi ser total.

¿Desastrosos, por qué?

Desde luego, si me coloco –de hecho, colocados por necesidad e imposición estamos ahora todos – en el cauce encajonado del ritmo tradicional, pretender dar un paso distinto al que han ido dando desde tiempo inmemorial los demás, tenidos por “buenos”, sería abocarse a la destrucción. Destrucción de la propia fama; de la vida ya aceptada bajo una regla religiosa; de una doctrina filosófica y teológica muy perfilada con buriles de siglos. Supondría, en estricta lógica, un viraje de noventa grados. No, por tanto, en dirección contraria a la que viene, sino en otra dirección.

¿Y si esta otra dirección fuera la verdadera? ¿Por qué ha de ser la única la que traemos? El dicho vulgar de “por muchos caminos de va a Roma”, cobra aquí su verdadero sentido tropológico. Y tropo, no sólo en muchos caminos”, sino también en “Roma”, como expresión de la verdad.

Como yo, estoy seguro, piensan muchos, no sólo en los conventos de mi orden, sino fuera. Lo que pasa es que está ese mazo del Derecho Canónico, y de los que lo tienen agarrado por el mango que, en cuanto ven que te sales del carril, ¡zas!, suspensión y excomuniación al canto. Y entonces, o va uno al desastre total, o vive fingiendo. Y esto todo es una hipocresía. Se vive en la hipocresía y de la hipocresía.

Yo mismo soy un hipócrita. Todo el mundo, comenzando por mis superiores, me tiene por serio, sensato, hombre de confianza... y la arquitectura de mi fachada exterior, tales blasones pregona. Pero los espejos de mis dependencias interiores, que yo sólo habito, porque son mías, me muestran otras facciones íntimas. En el fondo, admiro, por

ejemplo, a Vázquez, exteriorizando a la primera y exageradamente, hasta parecer mentira, cualquier sentimiento de su alma clara, que a mí callándome veinte verdades.

Este continente mío me ha granjeado el aprecio de mis superiores. Por eso me han ido distinguiendo siempre con oficios de cierta responsabilidad. Este que tengo, entre los bibliotecarios del escolasticado, me ha servido para dar vuelos a un sinnúmero de sospechas, que no manifiesto a nadie, y para acrecentar mis inquietudes de saber. En clase, a lo largo de mis estudios mayores, me ha parecido apreciar más de una vez en algún profesor de los graduados en el extranjero, ciertas reticencias... Como cuando uno va a decir una cosa y, de repente, se muerde el labio para no decirla. También, por lo visto, el intelecto tiene sus labios. ¿Por qué no lo explican todo? Si de verdad la ciencia que nos leen tiene caudales de riqueza y no nos los brindan, nos están estafando. Son unos estafadores.

El Padre García Recalde es el talento más fenomenal que he conocido en mi vida. No sólo domina su especialidad de Escritura, sino que en Filosofía y Teología le puede dar vueltas a los profesores que nos las explican. Su vasta erudición le lleva a saber de todo. Su habitación es un complemento de la biblioteca. Pero en ella tiene esos libros “vitandos”, que Roma señala con su “índice” como prohibidos o peligrosos. Él tiene permiso para leerlos. Otros, los menos, están en el “infierno” de la biblioteca. Pero siempre que llegan libros de esos, como hay que inscribirlos en el fichero de la biblioteca, y catalogarlos, y ese oficio lo tengo yo, me los entrega:

- Hermano Seguro: Puede hacerme el favor... ¡Tráigamelo luego!...

Cuando me dice “tráigamelo luego”, ya sé que suele tratarse de uno de los “vitandos”. Yo acostumbro entonces, sin que nadie me vea, aprovechar para echarles una ojeada. Así conozco expresiones como “la muerte de Dios”, que ni por asomo hemos oído en clase. Bonhoeffer y los teólogos de la muerte de Dios son enteramente desconocidos en nuestro escolasticado. Y no digo para enseñarnos lo que puedan tener de bueno, que mucho, naturalmente, tendrán, pero ni para rebatirlos. Me he enterado de la teoría del “mito” en la Biblia. Una vez, que yo recuerde, he oído al Padre García Recalde el nombre de Bultman. Pero lo dijo como de pasada. Yo estuve por preguntarle quién era y qué decía ese señor. Pero me callé, no fuera a sospechar... Yo no sé si lo habré entendido bien, porque, ya digo, he tenido que hojear, más que leer. Pero lo que he entrevisto por mis ojeadas fraudulentas, me está ayudando a mí a tomar posiciones ante pasajes misteriosos de la Sagrada Escritura, cuya trabazón en su texto “mitificado” la encuentro insostenible. De esta manera, resulta más fácil creer.

A Freud, lo leí, lo que pude, en Filosofía. Tiene algún libro en el “infierno”. Y como de ahí soy yo quien tiene la llave...

Me hubiera gustado mucho poder leer despacio a Sartre. Pero los libros que vienen de él, aunque no sean de Escritura ni de Teología, son del “traígamelo luego”. Debe ser tenido entre los peligrosos. ¿Sabrá el prefecto lo que dice, para prohibirlo? Pienso que no. Si en lugar de citarnos tanto Kempis, le oyéramos nombres de éstos, no lo tendríamos por antediluviano. Pienso que con Sartre yo haría pareja. Frases tuyas como ésta: “El hacer es revelador del ser”... Bueno: digo yo, que debiera ser. Por eso no sé lo que dirá Sartre ante la fenomenología aparente, pero creo que, lo que afirmé arriba sobre la hipocresía, me lo firmaría él, si es lógico. También he apuntado aquella otra frase tuya: “Es engañoso hablar de una naturaleza inmutable del hombre, con independencia de su pertenencia a una y otra nación, época o clase social”. Claro que, en mi rápida ojeada, creí entender que se refería a la Literatura. Y entonces los mitos de Don Quijote y Hamlet, etc., no sé cómo quedarían en esta evolución sartriana... Digo yo que en eso: en mitos.

Pero también juzgo que se puede aplicar eso mismo a mi campo. Total, que es todo un lío y que no hay quien lo entienda. Por eso voy a tratar de entenderme a mí mismo, y los demás que se las arreglen. Yo no sé si andaría peregrinando así, como yo ahora, el fraile o quien fuera, que dijo: En filosofía se pierde la razón; en Teología, la fe, y en Moral, la conciencia. Pienso que sus ribetes de razón tiene que tener la frasezuela. No es que en Filosofía se pierda la razón, pero que comienzas a dudar de todo... Y en Teología, apenas te pones a colgar interrogaciones de las tremendas afirmaciones, que Dios derriba sobre el hombre, no encuentras más respuesta que: ¡Misterio! ¡Hay que creer!... En lo que no estoy de acuerdo es que en Moral se pierda la conciencia. Yo diría más bien que se halla. Lo que salva al hombre, en definitiva, no es la Filosofía o la Teología, sino la Moral. Pero, ¿qué Moral?

¿Quién de nosotros sabe, por ejemplo, si Lutero, ante Dios, viendo como veía, la corrupción, que en su tiempo pudría por dentro a la Iglesia, no originó el caos de la Reforma, con una sanísima y sincera voluntad? Y entonces, su Moral, tan contraria a la norma de una objetividad estereotipada por una línea fija, fue subjetivamente buena ante Dios. Porque si, por ejemplo, el sufrimiento por una causa espiritual es obra de ascesis hacia Dios, el revolucionario agustino alemán lo llevó estigmatizado en su vida tan hondo, como el que más de los canonizados por nosotros. Y en ese caso, en el libro de las apreciaciones de Dios, habría que inscribir a San Martín Lutero. Y así habría que ir aplicando el patrón comprensivo del perdón a otros muchos, a quienes el anatema implacable condenó al calabozo eterno de la herejía, no sólo por sus tesis, sino por las consecuencias lógicas morales de esas tesis. Pues al hombre no se le aplaude o condena tanto el pensamiento, cuanto el reflejo de éste en su vida

y ante los hombres: es decir, su moral. Que en el ojo del pensamiento, ¿quién se atrevería a decir que no existe un daltonismo casi masivo?

Otra dijo esto mismo de un modo más bello, por lo cadencioso. Más o menos, así:

*“En este mundo traidor,  
nada es verdad, ni es mentira.  
Todo es según color  
del cristal con que se mira.”*

¿Qué lentes tengo yo para mirar mi existencia actual y mi porvenir? Sigo adelante y ya estoy al borde de la ribera en que haré una singladura definitiva en mi vida actual. Lo decidí en horas de opción vocacional. Pero no es porque piense siempre como parecen pensar los demás de mí. Aunque, vete a saber: tal vez somos todos daltónicos. Daltónico el rector del juniorado; daltónico, el maestro del noviciado; daltónico el prefecto; daltónico yo... Deteniéndome, sí sé que no hago nada. ¡Adelante!

Al llegar aquí, releo las ocho páginas últimas, que acabo de escribir de un tirón. Las dejé sin subtítulo. No sabía casi lo que iba a decir. Pero siempre, como te pongas a autorretratarte sin miedo a hipocresías ni coacciones extrañas, te sale al fin lo que llevas dentro. Por eso, ya le he encontrado epígrafe: ¡Mi Moral, soy yo!

## **CAMINO DE DIOS**

El sol llegó a su cenit y a cielo pleno, sobre una juventud en primavera dejó caer su claridad vertical traspasándola de divinidad.

Se me caen de las manos esos libros dulzarrones, esmaltados de suspiros sensibleros, colocados como flores artificiales sobre alfombras muelles de las páginas de un *curriculum vitae*, adobado de emoción, que algunos de los aspirantes al sacerdocio, o después de su unción exhibieron para pasto y solaz de los gustos y miradas necias de un beaterio indocto. Sueños con la nieve, entretejiendo albas sacerdotales; cintas de seda, “naufragios de vida” -no sé por qué-, pintarrajeadas más por la buena voluntad que por el arte de una hermana monja; siembra de espigas en el huerto de unos papás, para las primeras hostias consagradas en la primera Misa, como si a Cristo, eternamente bello, se le pudiera someter a un estreno de modas para desfile; estampitas con listas de ofrendas de oraciones y sacrificios.

Al sacerdocio se va o no se va. Pero si se va, se va como hombres, no con los chupetes de utópicos sueños infantiles.

Entre los de mi curso, que yo conozco más íntimamente, Vázquez ha venido como un hombre. Yo, también. Aunque los dos de muy diversas maneras tal vez. En la opción vocacional de él, a pesar de que le emocionó, no decidió en el peso de la balanza el sacrificio de su santa madre. Yo he prescindido siempre de sensiblerías y he tenido valor –tal vez ha sido lo único para lo que he tenido valor, tratándose de sacar hacia fuera intimidades mías- de apuntalar mi responsabilidad con el consejo de mis superiores, que son, según doctrina, los que en definitiva me admiten.

Las rutas, ni paralelas ni divergentes, sino distintas, la de Vázquez y la mía, quedaban tal vez mejor reflejadas en los versos, que ambos hicimos para estrenar nuestro sacerdocio. El profesor de oratoria, en lugar de darnos de redacción un exordio o una peroración, nos sugirió que hiciéramos una poesía.

En realidad, Vázquez ya la tenía hecha, según me ha confesado, de mucho tiempo antes. Le quedaba sólo por medir la última estrofa, que no le salía. Hoy le ha salido redonda. Es una letrilla, que lleva su ritmo y cadencia con aliento tan lírico, como el que impulsara hacia la subida al Monte Carmelo a San Juan de la Cruz

## CAMINO DE DIOS

*Camino de Dios andaba  
la dulce esperanza mía.  
Camino de Dios... Quedaba  
un hálito de agonía  
en su cansada porfía.  
Camino de Dios andaba...*

*Noche baja, en que su pena,  
transida de cementerio,  
se perfilaba en la almena.  
Jirones de su salterio  
roce de vida arrancaba.  
Camino de Dios andaba...*

*- Estrellas, ¿vuestros temblores  
estremecieron su frente?  
¿Vino a acariciaros, flores?  
A su inquietud impaciente  
el silencio replicaba.  
Camino de Dios andaba.*



*Y en el cáliz de una rosa,  
con olor sacramental,  
lo encontró mi alma gozosa  
en un alba virginal.  
Sonrisas de vida daba...  
Camino de Dios andaba...*

La mía era breve: Dardo:

### **CITA**

*Aquella estrella  
-¿Sabes?-  
me mira todas las noches  
al acostarme.*

*Debe tener un secreto  
que comunicarme.*

*¡Ah! Sí:  
Cuando mi vida sea noche  
vendrá en mi cielo a colgarse.  
Nos queremos los dos tanto...  
¡Qué gozo de eternidades!*

No son estos “Apuntes” para hacer críticas literarias. Mas si la de Vázquez parece fuego alado, la mía parece nieve que vuela, pero nieve. En realidad, si la Vázquez va directa a Dios, mi flecha lo mismo puede ir a Dios, que a una estrella sin luz de metáfora, que a Mary Sol. . . . .

.....  
.....

### III

#### ANA

Juan, como otras noches, como casi todas las noches, subió a su piso, el quinto, medio borracho. Resoplando sordamente - berrido o eructo de vahos etílicos -, sacó del horno de la cocina la cena, conservada aún calentita: dos “bistecs” y una tortilla francesa, que su mujer, Ana, le había dejado cuidadosamente preparada antes de marcharse ella a la cama a dormir.

En la mesa de la ordenada y limpia cocina, todo él a punto, estaba el servicio: un plato de porcelana limpio, con los correspondientes cuchillo y tenedor. Delante, en una cestilla de plástico, media barra de pan, cubierta con una servilleta limpia. Al lado del plato otra servilleta doblada y limpia también.

De pie, con los dedos negrigrasientos de su mano derecha, de los que emergían los apéndices de una uñas duras, largas y más negras aún, despedazó un trozo de pan de la barra. Éste se hizo detrás de su carrillo un bulto grande, que se movía al ritmo de sus mandíbulas potentes, mientras él se derribaba, más bien que se sentaba, en una banqueta de madera. Miró luego adelante; después se revolvió rápido, mirando de lado hacia el fogón. En el viraje, la luz de la bombilla brilló en sus ojos enrojecidos y acuosos.

Blasfemó con la boca atascada, expeliendo, con la fuerza del resoplido. migajas emulsionadas de saliva.

- ¡El vinooo!..., gritó. ¿Dónde está el vino? ¡Me cago en...!

Mientras su andanada coprónica manchaba con estrépito a Dios, la coreó el estruendo de otro golpe, con que resonó sobre la portezuela baja del armario-vasar la banqueta despedida por un puntapié de su bota dura.

- ¡El vino!...

Una voz débil, delicada, lenta, femenina, que llegó entre languideces de somnolencia desde una habitación contigua al pasillo, con sordina de puerta cerrada, musitó:

- ¡Ahí... abajo!... ¡...arma... rio!...

- ¡Dónde!... ¡Levántate, puta!

En dos zancadas llegó Juan al dormitorio. La puerta de éste, empujada por sus manazas, estrelló su bofetón en la oscuridad. La luz que se filtró difusa desde al cocina, dibujó sobre el embozo blanco de la cama las facciones finas y delicadas de una carita blanca -¿ángel?-, que rebulló

levemente entre la orla de una cabellera negra, mientras el perfil alargado en forma de cadera y pierna movía suavemente la ropa de la cama.

Juan tiró las ropas, aventándolas furioso, hasta el comodín, que detrás del catre dibujaba en su espejo, entre penumbras, la violenta escena. Ana se estremeció mirándolo despavorida, con un suspiro contenido. Las manos de su marido la agarraron por el camisón, desgarrándolo de un tirón.

- ¡Me cago en la leche que mamaste!

Su cabeza rebotó, entre el revuelo de la cabellera, contra el suelo. Lanzó la pobre un grito. Todo su cuerpo tembló en el suelo, al recibir sobre su vientre el impacto brutal del puntapié del energúmeno esposo. Poniéndose de rodillas, levantando las manos abrochadas, aún tuvo fuerzas en medio de su llanto para suplicar:

- ¡Juan! ¡Por la Virgen Santísima!

- ¡Qué Virgen ni qué mierda! ¿Dónde está el vino?

Un bofetón la volvía a hacer rodar por el suelo. Quiso incorporarse, pero de nuevo la mano fuerte y negra del ebrio la cruzaba la cara. El único refugio de aquella tempestad lo encontró en la huida. Alcanzó como pudo las zapatillas y la bata. Corriendo, se abalanzó a la puerta de la escalera. Juan la siguió tambaleándose. Pero ya ella, cogida la llave, no corría, volaba escaleras abajo, alejándose del alcance de la brutal flagelación. Llorando, con sólo la bata encima del desgarrado camisón, se adentró en la noche de la ciudad, iluminada apenas por escasas bombillas en aquel sector de altas construcciones recientes.

En la plazoleta solitaria, entre árboles bajos, un surtidor pequeño vertía sobre su taza redonda el monótono cantar susurrante. Se diría que era la respiración de la plaza, que dormía así, canturreando. Ana se lavó allí las narices ensangrentadas y la cara llorosa. El pómulo izquierdo le dolía mucho. También por todo el vientre le seguía el dolor de la patada salvaje. Se arregazó, como pudo, en torno a la cintura, el camisón, para que no se le notara por debajo de la bata. Luego, apretando el brazo izquierdo a guisa de medio cinturón debajo de los senos, y agarrando con la mano derecha las dos puntas del cuello de la bata, como queriendo proteger su boca del relente, echó a andar acera adelante.

¿A dónde iría la desdichada?

Hacía frío. Sin medias y sin ropa apenas, pronto comenzó a tiritar. Al cruzar el reflejo de la luz que salía de un club nocturno, se asomó un hombre, llamándola con un suave silbido de lasciva invitación. No hizo caso y siguió un rato andando, andando, arrastrando su desconsuelo y soledad en medio de la noche. Delante de una puerta ancha, entreabierta, que dejaba ver dentro un zaguán, iluminado, se detuvo. Miró hacia arriba, al dintel: CLÍNICA DE URGENCIA. Entró.

- ¡Es una verdadera tragedia! ¡No es usted la única! No se puede usted figurar, señora, las esposas, más bien jóvenes, que vienen como usted a la clínica de urgencia, golpeadas por sus maridos.

El practicante de turno le iba haciendo la cura en el pómulo abierto y examinando hematomas del cuerpo.

- ¡Parece mentira! ¡Con lo jóvenes y bonitas que son ustedes, que haya salvajes!...

Ana aún tuvo una sonrisa de agradecimiento al piropo, Fue como un crisantemo otoñal en la tumba de su pena.

- Si no tiene usted inconveniente, le agradecería que me diese, firmado, el certificado de la cura.

- ¿Inconveniente? ¡Ninguno!

- ¡Pero, por favor, que no pongan ni en él, ni en un periódico, que fue mi marido! Si no vengo aquí, al haberme escapado de casa, podía denunciarme.

- ¡Comprendido!

- ¡Muchísimas gracias!

- ¡Va a pasar usted mucho frío!

- ¡Y qué le vamos a hacer!

Salió de la clínica. Anduvo más, sin rumbo. Ahora estaba junto a una iglesia. A la mano izquierda y detrás de una verja alta de hierro, un edificio, con muchas ventanas cerradas. Hacía emerger su gran mole entre la luz difusa de las lámparas de la avenida cercana. Se acercó a un bastión de la iglesia. Como protegiéndose algo con la sombra del cono de una tuya, se acurrucó en el rincón con el que hacía ángulo el bastión y la pared de la iglesia. Allí se sentó sobre los talones, hecha un ovillo. Sintiendo sobre su costado el frío del muro, se puso a rezar.

¿Cuánto tiempo estuvo así, rezando y llorando?

Las estrellas comenzaron a palidecer poco a poco, hasta irse borrando ente las claridades difusas, que empezaron a esparcirse por el cielo. Era el preludio del amanecer.

El chirrido agudo de unos goznes vino a sacar a Ana del abismo hondo de su pena. Eran los que apoyaban las puertas de la iglesia del convento. El Hermano Sacristán la abría para devotos madrugadores. Ana se levantó. Sobre el plano vertical del pabellón, los vanos de algunas ventanas se iban abriendo iluminados.

Se dirigió a la puerta de la iglesia. Deteniéndose en el atrio, como no atreviéndose a entrar, se miró a sí misma, hacia abajo. En bata y sin medias... Echando una mirada rápida a los lados, al no ver a nadie, penetró. En un rincón oscuro de la iglesia, cercano a la puerta, se quedó y s arrodilló en un banco. Allí se tapó la cara con ambas manos y se deshizo en llanto.. No se dio cuenta de algunas personas, que intermitentemente fueron entrando, ni del sacerdote, que en el altar comenzó a farfullar los

latines de la Misa, ni de que otros dos Padres se metieron en sendos confesonarios. Eso que uno de ellos estaba detrás, bien cerca de ella. Hacia el fin de la Misa, se levantó decidida y hacia este confesonario se fue. Miró primero por delante para ver si había dentro confesor. Al mismo tiempo sus ojos leyeron en el frontis, sobre la abertura: P. VÁZQUEZ. Estuvo un rato arrodillada delante de la rejilla. Alguna beata curiosa volvió la cabeza desde los bancos de delante. Era que, de vez en cuando, algunos sollozos, que no podía apagar del todo la celosía del tribunal de la penitencia, metían su flecha de distracción a través del ámbito casi vacío del templo.

Se levantó del confesonario al mismo tiempo que el Padre Vázquez salía de él.

- ¡Váyase, señora, por la puerta de la residencia! ¡Ahora mismo voy yo para allá! Sale usted por la puerta de la iglesia y, a mano derecha, la primera puerta.

El Padre Vázquez desapareció rápido por una puerta estrecha, hacia el convento.

- ¡Ahora mismo le trae el Hermano algo caliente! ¡Está usted aterida!

- ¡Gracias, Padre! ¡No se moleste!

- ¡No es molestia! ¡Es una obligación de caridad! ¡Pobrecilla! ¿Y esa herida de la cara, le duele?

Ana esbozó una sonrisa de agradecimiento sobre los cristales de sus lágrimas.

- ¡Ya va pasando!

- ¿Y ahora, al volver a casa?... ¿Quiere que le acompañe yo, por si acaso?

- ¡Sólo faltaba! ¡Entonces me mata! ¡No puede ver a los curas! ¡Además, Padre, que cuando le pasa la borrachera, y no es así!

- ¿Y dice usted que esto se lo hace frecuentemente?

- Al principio, no. Llevamos nueve años casados y ya tengo veintiocho. Él me saca cuatro. ¡Como Dios no nos ha dado hijos!... Si tuviéramos niños, yo creo que él vendría pronto por las noches a cenar después del trabajo en el taller y no se emborracharía.

- ¡Sí, los niños! ¡Tiene usted razón! ¡Esa sería la solución!

- ¡Yo no tengo la culpa! El médico me dice que estoy perfectamente. Pero él no se quiere examinar.

Ana, sentada, recogía de vez en cuando la bata, que se le descomponía y cubría pudorosa con ella sus rodillas. Tomó aquel vaso de leche caliente, con una copa de coñac, como con rubor.

- ¡Esto la entonará! ¡Como para haber cogido una pulmonía!

La respuesta de Ana, mirando candorosa al Padre Vázquez a los ojos, fue una sonrisa adornada con un suspiro.

- ¡No tema en volver por aquí a contarme, señora! ¡Ojalá no se vuelva a repetir la causa de su dolor!

Ana volvió a sonreír. A sonreír y a sollozar.

- ¡Gracias, Padre!... ¡Muchas gracias!... ¡Si todos los hombre fueran como usted!...

Cogió con ambas manos la mano derecha del Padre Vázquez. Éste sintió aquellos dedos finos, como de terciopelo, apretando los suyos. A continuación, la consolada dejaba un beso apretado, fuerte, en el dorso de la mano del sacerdote. Él sintió también la humedad de una lágrima, que rodó por ella. Mientras acompañaba a Ana del recibidor a la puerta de salida, siguió sintiendo aquella humedad fría en la mano. No la limpió. Si no se evaporara, valdría su cristal para colocarlo en un joyero.

Ana no fue directamente a su casa. Esperó, no lejos, a que la hora de la ida al trabajo hubiera alejado de ella a Juan. Después, sí, subió las escaleras del quinto piso y entró.

A media mañana, en la sala común del convento, tres frailes hojean los periódicos del día.

El Padre Dalmau estaba embelesado en las noticias del local. Leyó en voz alta: “Clínica de urgencia. Servicio nocturno. Ana Domínguez Matute, asistida de trauma en pómulo y diversas contusiones causadas por agresión, según confesión de ella misma”.

El Padre Seguro apostilló:

- ¡Alguna zorra nocturna! ¡Si estuviera durmiendo decentemente en su casa!

- ¿Crees?

- ¡Vázquez!: ¡No seas ingenuo! ¿Qué va a ser, si no, a esas horas?

El Padre Vázquez hizo un nohín con la cara delante de sus compañeros, como diciendo por fuera: Me habré equivocado. Pero por dentro pensaba: ¡Qué equivocados los juicios de los hombres! ¡Lástima que tengan que quedar tantas verdades, unas por obligación de sigilo y otras por prudencia, ocultas entre los repliegues impermeables de la confesión!

Esto lo iba aprendiendo ahora. No hacía mucho que había venido de Roma y estaba de profesor, con sus dos compañeros de curso, en el escscolasticado. Pero a él, aunque la obediencia le amarraba a las clases, las ilusiones y apetencias de su sacerdocio joven las tenía enfiladas en dirección a la pastoral de acción. Por eso era asiduo al confesonario y predicaba cuanto podía. Tenía cualidades oratorias sobresalientes. Y en la ciudad corría la fama de su nombre por ello. Él mismo, bromeando con sus compañeros de tarea docente decía, que le gustaba más la “cátedra del Espíritu Santo que la cátedra de la iniquidad”.

Todo ello, unido a aquel trato afable y cordial, que brotaba a chorros de su temperamento exuberante, le proporcionó una serie de contactos espirituales y humanos, con los que su talento vivo comenzó a almacenar

enseñanzas para su experiencia. Consecución de experiencia al de los decididos y lanzados que, si es verdad que les aporta un acerbo pingüe de riqueza de todo orden humano, también los aboca a situaciones de compromiso, cuando no de dramatismo. Los otros, los huraños, los de espíritu egoísta y encogidos, que se cierran en su hermetismo egocentrista, no tienen complicaciones, pero se pasan la vida sin pena ni gloria. Y no pocas veces, impidiendo la marcha de los trabajadores, que temen herir las susceptibilidades egoístas de los otros.

El Padre Vázquez, impulsivo, tuvo no pocos choques con los perezosos de paso lento, desde los primeros años de su ministerio sacerdotal. Y no siempre fue por la incompreensión de los que tenían horizontes vitales estrechos, sino -¡Ay! ¡También en los conventos se almacena la pelusa!...- por la envidia, que clavaba otras veces su áspid en los logros espirituales y conquistas.

Pero él tenía la cualidad de saber olvidar pronto. Difícilmente amanecía con el despecho, que cualquier disgusto le hubiera ocasionado el día anterior. Y cuando había que colocar cualquier chiste, a él le gustaba la policromía de los colores chillones.

Por so confiaban en él no sólo los de fuera, sino los de dentro del convento. Seguro la hacía, más que por los lazos de unión desde la niñez en el pueblo, porque era la única persona en la que encontraban aguantes sus dobleces calculadoras. Siendo de psicologías tan dispares, se comprende que riñeran – más bien disputaran – con mucha frecuencia. Pero nunca llegaba la sangre al río. Vázquez había aprendido a llevar el temperamento atrabiliario y las murrias de su compañero, con una filosofía admirable.

- ¡Eres un cabezón! ¿Qué más te dará ir a Salamanca, en donde tenemos convento, que a otra ciudad, en donde no lo tenemos. Una vez que has conseguido que, al fin, te dejen ir a ampliar estudios y a licenciarte, pliégate, hombre, pliégate.

- ¡No me da la gana! ¡Si tan niño lo creen a uno, yo pido ir con Dalmau, para que me arrulle! ¡Él puede ir por la sola razón de que ahí hizo los otros cuatro años de Medicina! ¡A mí, si no me dejan ir al extranjero, que no me priven de esta posibilidad de adquirir contactos humanos y científicos en residencias universitarias, ajenas al tufo de nuestros conventos!

- ¡Dale!

- ¡Además: Salamanca está ya trasnochada! ¿Quieren que también los formadores sigamos en el ostracismo tradicional? ¿No le dejan el provincial de Centroamérica a Castañeda y es un chiquillo recién salido?... ¡En la orden tiene que haber igualdad! Que se habrá creído el privin!

- ¡Anda! ¡Que te den!... ¡Pero déjame a mí entonces, que tú eres capaz que vas al Padre Provincial, te da una venada de las tuyas y lo echas todo por tierra!...

- ¡Me basto yo!

- ¡Que me dejes, te digo, abedul! ¡Si te conoceré yo! Y verás cómo con miel se consigue mejor que con hiel...

En esta disputa, sulfurados los dos, los encontró el Padre Dalmau. Posó sobre ellos su académica sonrisita:

- ¡Siempre riñendo y siempre amigos! ¡No sé cómo os las arregláis!

Y el Padre Vázquez lo arregló.

Causó extrañeza ese paso desusado en la tesitura tradicional de toda la provincia, cuando una circular del provincial anunció que los Padres Segurola y Dalmau iban a una residencia universitaria, por no tener allí la orden convento. El Padre Dalmau, a finalizar la carrera de Medicina, interrumpida al seguir su vocación religiosa. Podría así prestar buenos servicios a la orden. El Padre Segurola, ampliar estudios filosóficos en la Facultad del Estado. Se daba este paso inusitado en plan de experiencia. Añadía –parecía una excusa tímida a innovación tal-, que los superiores de la hermana provincia centroamericana, también unían a los dos españoles al joven Padre Óscar Castañeda, recién ordenado sacerdote.

No faltó quien dio su glosa interpretativa a lo que parecía abrir estos nuevos horizontes. Segurola, según ella, no era más que una comparsa para que Dalmau no peligrara solo. Y los dos, los ángeles de la guarda del lampiño y moreno americanito.

En sus “Apuntes”, reseñando “días vitales” de esta época, escribía Segurola párrafos como estos

## **PREPARANDO LA BATALLA**

¡Por fin lo he conseguido! No sé por qué, al finalizar la carrera, no me mandaron luego a estudiar, habiendo sido yo casi siempre el primero del curso. Aunque bien pensado, ahora estoy mejor preparado. Tuvo que ser porque necesitaron entonces un profesor de Filosofía. Pero seguir así, machacando a texto manido, no podía ser ya. En el fondo, me da rabia que haya tenido que ser Vázquez, con su habilidad, el que, en definitiva, haya logrado que mi deseo se haya visto redondeado. Si puedo ir a graduarme por el Estado, en gran parte a él se lo debo.

A ver si así oxigeno los pulmones de mi espíritu con aires nuevos. Estas estrechuras formadoras hieden a podridas. Cuáles pueden ser las nuevas, no lo sé. Pero hay que buscarlas. Hay que hacer en los seminarios nuestros algo análogo a lo que, con su intrepidez, el Padre Barriadas está



consiguiendo contra viento y marea. Creo que, con los que vamos saliendo ahora, se puede conseguir.

No me asustan estos brotes de rebelión, que han ido apareciendo en el escolasticado estos cuatro años de mi docencia.. Lo que me asusta es que por ello les hayan despedido a jóvenes excelentes y de empuje. En realidad, siendo sincero conmigo mismo, yo he sido el principal causante de estas actitudes. Pero que ellos tengan un poco de paciencia y aguante, como los tuve yo, ¡caray!, y que sepan tragar saliva. Me hubieran podido servir de magnífico baluarte a corto plazo. Desde luego, otro que no fuera de mi temple, con los disgustos que me he estado llevando y moniciones que se han ido estrellando contra mi testa en estos cuatro cursos, ya hubiera mandado todo a paseo. ¡Pero yo, no! ¡Aunque digan que la paciencia tiene un límite!

Voy a ir perfilando el programa de la nueva estructuración. Necesito para ello contactos con los de afuera. Al fin y al cabo nosotros, las órdenes religiosas, no tenemos razón de ser en la Iglesia, más que cuanto servimos para climatizar algún sector de la atmósfera del mundo. Y el mundo está ahí, en la calle. Si quiero saber lo que es la calle, tengo que salir del caparazón conventual; salir a la calle. Y en los juniorados y escolasticados tenemos que formar, no para que canten cerrados en coro, sino para lanzarlos después, bien equipados, a la calle. Aprendamos el estilo y lenguaje de los de fuera, para que, al darles la doctrina de que nos nutrimos dentro, nuestro diálogo con ellos nos resulte inteligible.

Dalmau, vocación tardía, tiene ese aire que a nosotros nos falta. Es baza segura. ¡Lástima que no se más decidido! Si Vázquez no se estuviera lanzando cada vez más al ministerio de la acción pastoral... Acabará por dejar el profesorado y dedicarse por entero a la predicación. Él sí que podía ser pieza cardinal. Con su simpatía, sería el cauce mejor para hacer llegar las sugerencias hasta los de arriba. Porque, a pesar de su aparente tradicionalismo, no se asusta de nada. Ni le ha extrañado el artículo que me ha rechazado el director de la revista.

## **“LOS OPTIMISTAS”**

El Padre Vázquez, efectivamente, dirigía sus pasos por otros derroteros distintos a aquellos, por los cuales su compañero enfilaba su yo hacia su paraíso nietzscheano.

Cuando se quedó sin los Padres Dalmau y Seguro, casi se alegró, pues aunque no dejaba de reconocer que, en el fondo, sus ansias reformadoras eran una exigencia de los tiempos, la ortodoxia de los modos y

procedimientos preconizados por ellos, sobre todo por el de su pueblo, no le convencía. Él creía más bien que, no durmiéndose y trabajando con optimismo, las cosas vendrían por su cauce normal y encajarían a su debido tiempo sin roces mayores, ni estridencias.

Como joven jovial, pronto se fueron viniendo a las ramas frondosas de su acción los vuelos alegres de la juventud. Chicos y chicas. Pidió permiso a los superiores, a fin de poder usar el salón de juntas de cofradías, para las reuniones de un club juvenil, que formó. Hasta le puso nombre: “LOS OPTIMISTAS”.

Sus dificultades tuvo par alcanzar los permisos. El rector, recién nombrado, hombre cauteloso y pausado en el andar y en el hablar, dijo que eso había que decírselo al provincial, por ser cosa insólita. El provincial marcó con normas estrictas los límites, dentro de los cuales se podría permitir, y con tal de que fuera con fines absolutamente sobrenaturales.

El caso fue que el Padre Vázquez, un día, mejor, una tarde ya de anoche, con un grupo de chicos y chicas, bien catequizados por él para el caso, abordó, como quien no hace nada, al Padre Rector.

- Padre rector: estos jóvenes me piden que les dé una conferencia. Yo no la tengo preparada. Se me ha ocurrido que usted... Ya les he dicho, que es usted un especialista en ejercicios espirituales a jóvenes.

- Cuando queráis, hijos, cuando queráis.

- Ahora mismo..., ahora mismo!, gritaron a coro una docena de voces

La catequesis del Padre Vázquez comenzaba a hacer sonar sus estribillos.

- ¡Ahora, hijos míos, la iglesia está ocupada!

- ¿Y no tiene usted por ahí, en ese convento tan grande, algún salón? ¡A nosotros nos da igual! –Esta versión le había tocado en el sorteo de intervenciones a un muchacho alto, de pelo rubio y rizado. Luis se llamaba-

- ¡No!... Las cosas santas, en la iglesia.

Una jovencita, de naricilla chata y respingona, pero de mirada vivaracha, no le dejó casi terminar, como si ya tuviese sabida de memoria la frase de la apostilla a la objeción. Otro que no fuese el bienintencionado Padre Rector y que estuviese más acostumbrado a leer entre líneas el lenguaje de las actitudes, hubiera adivinado enseguida que exageraba, y hasta mentía la traviesa. Puso para ello su cabeza pequeña algo de lado:

- El caso está, Padre, en que casi todos los que aquí estamos, son estas las únicas horas en que podemos venir para una cosa tan santa. Unos trabajan; otros estudian...

- Bueno, bueno: Entonces, por una vez. ¡Padre Vázquez: pásemelos al salón de cofradías!

Al entrar en el salón, el Padre Vázquez se frotaba las manos.

El Padre Rector, cerciorado primero de que estaban en bancos separados chicos y chicas, rezó un avemaría y les habló de la pureza y de

los peligros que a esta *angelical* virtud acechan en la juventud. Aguantaron ellos sin carraspear los tres cuartos de hora de piísimo rollo.

Al acabar, rodearon joviales al Padre Rector. Lo hicieron mecánicamente, como obedeciendo a algo prefijado. Le daban las gracias en todas las gamas de la escala musical y mentían, exagerando lo bien que había estado y lo mucho que les había gustado.

La menudilla anfitriona de antes, creyó entonces llegado el momento de su segunda entrada por el foro:

- ¡Padre!: Y una cosa tan estupenda, ¿por qué no nos la repite muchas veces? ¡Con lo necesitadas que están nuestras almas de un manjar tan sabroso!

- ¡Hija mía: tengo muchas ocupaciones!

- ¡Si usted no puede, nos contentamos con que nos mande otro fraile de tantos como tiene en su convento. ¡Aunque no lo haga tan bien como usted!

El Padre Rector picó en el anzuelo. No hay mejor carnaza para los humanos, por muy ascetas que parezcan, que la adulación. Aquello le pareció, comprobado por él mismo, según lo exigido por el Padre Provincial, muy sobrenatural. Y el fraile a quien encargó, que lo hacía, por supuesto, mucho mejor que él, fue el Padre Vázquez.

Al medio año ya no cabían casi en el salón. Charlaban, bromeaban, cantaban y algunas veces el Padre Vázquez, procurando no hacerse pesado, les daba alguna conferencia breve.

Esto ocasionó algunos ruidos, que penetrando hasta el convento, hirieron los tímpanos de algunos frailes. El Padre García, anciano de ochenta años, que andaba a pasitos, se le quejaba un día al Padre Vázquez, con su voz gangosa de nariz:

- ¡No dejan ni rezar! ¡Van a terminar hasta por organizar baile!

- ¡Ojalá pudiéramos, Padre! ¡Digo! ¡Y le invitaríamos a usted a romper con al primera pieza! Lo anunciábamos por el periódico: “El Padre García, de ochenta años, vive su juventud de espíritu. Mañana va a bailar con la chica más guapa en el salón de “Los Optimistas”. La entrada cien pesetas. ¡Nos hacíamos ricos!

El Padre García hizo por enderezar su cuello torcido, sacó una mirada furibunda de debajo de su matorral de cejas blancas, con que le fulminó colérico:

- ¡Calle, blasfemo!...

- ¡Perdone, Padre! ¡No pretendía ofender! ¡Era sólo una broma!

De momento, la pista de otra clase de baile, a que les lanzó el Padre Vázquez, fue el suburbio del Padre Barriadas, para que éste les tocara los ritmos de la miseria y del hambre. No es que comulgara con todas las ideas del cura suburbial, pero la obra en sí era buena. Y allí encontrarían estos músculos juveniles campo para sus ansias de acción. Lo que necesitaban aquellos grupos de bienintencionados jóvenes era el entramado de una

organización. Como la que les dio el Padre Vázquez a sus inquietudes y cuyas riendas él mismo llevaba, sin depender como tal de Don Gabriel Incera.

Al ritmo de su club, seguía el Padre Vázquez el de sus clases y el de su otro ministerio. En este último seguimos viendo frecuentemente a Ana. Desde que encontró consuelo en su amabilidad, no deja de venir a solicitar sus consejos y algunas veces, a enjugar delante de él lágrimas, que la brutalidad de Juan le arranca de sus ojos, no con tanta frecuencia como antes, al saber ella capear mejor el temporal con las directrices del Padre Vázquez.

- Padre: Tengo una cosa que decirle. Pero... no me atrevo... ¡me da vergüenza!...

- ¿Por qué, Ana? ¿No tienes confianza? -Ahora, quitada la dificultad de las fórmulas sociales del primer encuentro, ya la tutea.

- ¡No! ¡Tengo mucha confianza en usted! -Y Ana hacía entre la garganta algo así como un suspiro- ¡Pero, es que esto! ¡Me parece que es un pecado muy gordo y no me atrevo!

- ¡Si es un pecado, en el confesonario, que es allí donde se perdonan!

- ¡Bueno!, musitó ella con gesto de resignada. Lo que no puedo remediar es un asco a mi marido, que cada vez me crece más. ¡Ya no requiero como antes!

- ¿Este es el pecado?

- ¡No, es mucho más grande!

Una temporada más tarde, en el confesonario, sintiéndose muy consolada después de uno de los consabidos disgustos ocasionados por otra borrachera del marido, le habla así, terminada una confesión:

- ¿Es pecado enamorarse de un sacerdote?

- ¡Sí!

- Pero, ¿no desando nada malo?

- ¿Y te parece poco mal faltar al amor, que por esencia de matrimonio, mutuamente se juraron los esposos ante el altar, un día? Es un pecado de injusticia, aunque no sea contra la castidad. Algo así como la mitad de un adulterio.

- ¡Qué horror! ¡Entonces yo..., yo debo de estar condenada!

- ¡Nadie está condenado mientras está en vías de perdón!

- ¡Hay pecados que es imposible desarraigar!... ¡No tengo perdón!...

Además, que yo ahora me he dado cuenta de que a mi marido lo odio... ¡Lo odio!... Cuando usa del matrimonio, no es como antes: ¡Me da asco! ¡Y pienso entonces en otra persona!... -Ana hablaba fatigada. Se le notaba que el corazón le latía fuertemente.

## ROSE MARY

Al Padre Vázquez esta revelación le turbó y le desasosegó por un momento. Pero, apenas salía del confesonario, como tenía tantas cosas en qué pensar y en qué estar ocupado, se le fue disipando la obsesión. Más, porque aquellos días andaba preocupado, muy preocupado, con el drama de otra joven, que la neurasténica de Rose Mary le había traído al club juvenil.

Rose Mary tenía cosas desconcertantes. Empezando por su nombre, todo en ella eran rarezas. Se llamaba, en realidad, María Rosa, pero ella, por darle a todo lo que con ella se relacionaba un tinte exótico de nórdico o sajón, por no sé qué ilusiones forjadas en su mente velada a propósito de su cabello rubio natural, había invertido sus dos nombres de pila y cambiándoles la fonética, *Goos Meguí*, decía ella muy guturalmente. En realidad, a parte de su cabellera rubia, ningún vikingo le hubiera encontrado otras reliquias de su pretendido linaje... Pequeña, delgadita más bien, con un busto demasiado prominente, que ella elevaba cuanto podía con apuntalamientos interiores, figurándose tal vez que con ello levantaba también su hermosura. En la cara no le favorecía nada la nariz, porque, aunque rectilínea, si se le miraba de perfil, se le veía mucho más larga de lo que es normal en los modelos de belleza. Tenía veinte años y fue de las que desde el primer día vinieron al club.

La verdad era, que ella era muy asidua a la iglesia del convento. No es que fuera practicante frecuente de sacramentos. Pero hablaba de sus directores espirituales, que había ido teniendo desde niña. El que la oyera hablar, casi podía ir haciendo un elenco de todos los Padres jóvenes que, año tras año, habían ido desfilando por la iglesia. Todos habían sido sus directores espirituales. Y seguro que, con alguno, ni se había confesado siquiera. Ahora decía a los del grupo, que su director espiritual era el Padre Vázquez. Venía en muchas ocasiones a hacerle perder el tiempo en el recibidor. Cambiaba, por menos de nada, el rumbo de la conversación, marchándose por los cerros de Úbeda, o aventándola a las más inverosímiles regiones de la improcedencia con un arrebató de genio o de pasión. El Padre Vázquez, procurando guardar las formas, ya no sabía a veces qué hacer para que lo dejase en paz. Pero, como también los neurasténicos son personas...

- ¡Tienes que divertirte con los chicos, Rose Mary! ¡Pensar en un novio!

- ¡A mí no me gustan los hombres! Los únicos decentes son los sacerdotes. ¡Los otros son todos unos cerdos!

- Bueno: todos no, mujer.

- ¡Todos, Padre, todos!, decía dando saltitos nerviosos en la silla.

- ¡Todos menos tu papá y el mío!

- ¡Bueno, claro! -Y echando la cabeza para atrás, reía.

Cuando le daban las venadas, se ponía inaguantable.

Estaba otro día hablando alegre de lo que le habían hecho en el suburbio. De repente, se le demudó el rostro. Se quedó con la mirada en el vacío y moviendo un poco la cabeza a los lados, susurró:

- ¡Padre: hoy estoy muy triste!

- ¿Por qué?

- ¡No sé! -Fijó los ojos en su interlocutor- Pero tengo ganas de algo... ¡Qué sé yo!... -Erguía el busto sobre la silla, apretándose con la mano el vientre, entornando al mismo tiempo los ojos y temblándole ligeramente los párpados y las pestañas- ¡Hay días que no sé lo que tengo! ¡Hoy es uno de ellos!

- ¿Te sientes mal? -El Padre Vázquez preguntó preocupado.

- ¡No!, -dijo en voz opaca, sin timbre. Silencio breve: -¡Yo no sé... por qué... en días como hoy... quiero tanto a los sacerdotes"... ¡Padre!... ¡Bésemee!... -Y se inclinó ardorosa hacia delante, automáticamente.

Automáticamente también el Padre Vázquez se retiró.

- ¡Rose Mary! ¡Cálmate, mujer! ¡No! ¿Qué sacarías con un beso mío?

- ¡Bésemeee!... -Respiraba fatigosa, anhelante, retorciendo lentamente el busto.

- ¡No!... ¡Yo te aprecio bien!... ¡No como quieren otros hombres!... ¡Sosiégate, mujer!...

Rose Mary de repente e tapó la cara y los ojos con ambas manos. Se estremeció... Sollozó.

- ¡Cálmate!

- ¡Qué tonta soy! ¿Verdad?... Olvídelo, padre Vázquez. ¡Yo no venía a esto! ¡Es que hay días que no me agunto!

- ¿A qué venías?

- A hablarle de una amiga. Necesita que usted la ayude.

- ¿Más que a ti?

- ¡Más que a mí! Se la enviaré cualquier día. Está pasando una crisis horrorosa. A ver si la puedo hacer venir al club. ¡Ayúdela! Se llama Maribel.

Después de escenas como éstas, los nervios del Padre Vázquez, no es que estuvieran como cuerdas de violín, pero vamos. Iba aprendiendo, por experiencia, lo que era ese misterio de la mujer que, cuando abre su corazón al sol de la confianza, se entrega todo al calor del amor. Para ella entonces no cuenta eso que llaman pecado. Pensaba el Padre Vázquez que, tal vez, ni pecasen entregándose por amor. Desde luego: Por Rose Mary apostaba en su interior por una falta total de responsabilidad en sus arrebatos. Aquel su afán de sacerdotes, no para nada malo, sólo para ser querida por los únicos del mundo que ella se figuraba decentes. Lo

incomprensible es que aún haya hombres que se aprovechen de la debilidad de estas mujeres. Por otra parte, ¿qué hacer con Rose Mary? ¿Mandarla a paseo? ¿Y si caía entontes en manos de cualquier desaprensivo? Era una enferma, que había de cuidar y comprender. En su interior seguía bulléndole este misterio, que es la mujer. Y Rose Mary aún era apóstol en medio de su pasión. Le enviaba a una amiga, que tenía más necesidad de curación que ella. ¿Cómo sería su mal?

## MARIBEL

Maribel estaba esperando en el recibidor tres días después.

- Servidora soy Maribel. ¿Es usted el Padre Vázquez?

- ¡El mismo! Ya me dio tu nombre Rose Mary.

El Padre Vázquez se encontró a primera vista delante de una joven de estatura mediana y de unas proporciones somáticas adaptadas perfectamente a cánones de belleza normal en la mujer joven, que hace volver instintivamente la vista hacia ella cuando pasa. Vestía delicadamente, falda plisada encarnada a cuadros grandes de varias líneas negras y blusa blanca, de manga larga y adorno fruncido por delante bajo el cuello, Su talle se hacía junco sobre unos zapatos negros brillantes de tacón muy alto.

- ¡Siéntate!

Al adaptar su figura delicada al ángulo bajo de la butaca del tresillo, sus piernas iguales, en las que brilló la arista delantera larga de las medias de nylon, le quedaron muy juntas, ligeramente inclinadas hacia el mismo lado. Con ambas manos agarraba por el asa un bolso blanco de plástico, apoyado sobre el regazo. La claridad de la ventana se tornasoló en su cabello negro, muy negro, ondulado, casi en caracolillos y brillante. Entonces fue cuando la palidez de su cara, con las dos leves variantes de carmín natural en ambas mejillas, resaltó límpida sobre aquella orla negra ribeteada, mientras una puntita de luz viva se quedaba prendida un instante en el cristal de sus zarcillos. Unos ojos muy negros se quedaron mirando al Padre Vázquez. Parecía fija la mirada, pero se le movía con titileo de estrella detrás del párpado de un modo muy antinatural. Seguramente la mente vivaz del Padre Vázquez le sugirió inmediatamente la idea de que varios accidentes fisicosomáticos de la que traía, según Rose Mary, una crisis horrorosa, iban determinados por el adverbio cuantitativo *muy*. A ver si ahora era verdad que el mismo adverbio se metía también a determinar su psiquismo.

Cruzaron entre sí algunas frases de las intrascendentes en cualquier encuentro primero. Después el Padre Vázquez, fue entrando, como quien no hace nada en materia.

- ..., porque tú eres muy joven todavía

- ¡No, Padre! ¡Soy vieja, muy vieja!... ¡Diecinueve años!

El Padre Vázquez soltó una carcajada fresca.

- ¡Dime, abuelita!: ¿Cuántos nietos tienes?

Maribel no reía. Al contrario, estaba seria. Antes y después de cada frase que pronunciaba, al ir a hablar, le temblaba el labio inferior y como que se le contraía hacia el lado izquierdo.

- ¡No crea! ¡Bastantes, a pesar de mis años! Y la pena es que a muchos ya los tengo enterrados, con mucho dolor, dentro de mi corazón.

- ¿Con dolor, dices?

- ¡Sí! De ilusiones de mi juventud, me nacieron deseos de poder ser feliz con algo. De ellos me vinieron los desengaños, que se han ido cayendo a ese sepulcro: Un noviciado con monjas; dos chicos, que sucesivamente tuve que dejar. Y ahora... ¡Un lío, Padre, es todo un lío!...

- ¿Qué estudias? Porque tú, estudias. ¡Se ve enseguida!

- ¡Estudíé! Hora sólo leo. Me gusta mucho leer novelas. Actualmente vivo y estoy de señorita de jardín infantil en un colegio de religiosas. Tengo que ganarme la vida.

El Padre Vázquez dejó que hablara ella. Su natural talento sabía no adelantar preguntas, que pudieran cerrar las compuertas a la desconfianza. Más bien hacía, en una o dos palabras, el resumen de lo que ella iba diciendo, como dándose por enterado y reafirmando sus aseveraciones. Se percató, sin embargo, inmediatamente, de que cargaba las tintas de la exageración en sus desdichas y hasta que, algunos lances de los por ella referidos, no iban por los senderos llanos de la veracidad. Como cuando contó una aventura amorosa con uno de los chicos, tan subido de tonos sexuales y sádicos, que veía a al legua había llegado a su mente, fabricada a través de alguna lectura folletinesca, porque, además, mezclaba en ella algunas incongruencias, de las que se veía no se percataba su fluctuante lógica. Estuvo entonces por cortarla y decirle: ¡Eso no es verdad! Pero el exabrupto lo hubiera echado todo por tierra. Aquella era, evidentemente, una enferma que sufría. Las que ella decía causas de su dolor, no existirían, pero el dolor era verdad.

Lo otro: Que se había quedado huérfana de padre antes de nacer y de madre a los nueve años; que tenía una hermana mayor, a la que odiaba, porque ella era la que tenía la culpa de todas sus desgracias; que había estado de novicia, marchándose ella porque aquella vida le parecía lo más antinatural, podía ser verdad o no. Pero que todo ello formaba el entramado de una tragedia interior, era cierto.



El Padre Vázquez, con una pierna sobre la otra, mudándolas alternativamente cuando le cansaba el peso, tenía el brazo izquierdo cruzado sobre el pecho, y con la mano derecha se cogía la barbilla, mientras escuchaba moviendo de vez en cuando la cabeza en lentos gestos afirmativos, como dándole la razón en todo. Esto, se veía, animaba a la narradora, que fue desahogándose, magníficamente llevada por el arte del “*counseling*” de aquel a quien acababa de conocer.

- Y lo peor, es la situación actual en que me encuentro. ¡Estoy sin remedio!

El Padre, como si hubiera estado distraído, cogió el áloe recién mostrado, por la punta de la rama:

- ¡Comprendo! ¡Una situación difícil! ¡Hay casos en la vida de algunas personas! ¡Sufren tanto las pobres! ¡Parecen imposibles de remediar!...

- ¡Quiero morirme, Padre, quiero morir! ¡Y morir feliz! ¡Bastante desdichada he sido en la vida!

Aquí bajó la voz para referirle el secreto: Estaba ingiriendo pastillas de morfina. ¡Quería morir feliz! Una amiga de ella había muerto hacía diecisiete días por tomar demasiada morfina. Bueno, ella y un muchacho, mancebo de farmacia, que era quien se las proporcionaba secretamente, porque se había enamorado de ellas dos.

- ¿Y que se siente cuando se toma la morfina?

Aquí Maribel irguió el cuello, levantó el talle, cerró primero los ojos y luego los entreabrió y empezó a balancear un tanto los hombros, mientras su cara hacía por transfigurarse, al mismo tiempo que movía la cabeza de lado a lado. Detrás del temblor del labio, su dentadura blanca y muy igual, entreabierta, dejaba pasar una respiración sibilante al rozar la lengua, que la degustaba. Ya no dudó lo más mínimo el Padre Vázquez de que aquella lección la había aprendido en el cine o en algún novelucho de quiosco. Ella, entre tanto, iba diciendo musical, lejana:

- ¡Un placer... Un bienestar... Una sensación!... ¡Debe ser muy bonito morir!...

- Tienes que traerme a mí alguna pastilla de ésas, a ver a qué sabe.

- ¡No, Padre, no! ¡Ustedes son felices!

- ¡Nunca las he visto; me gustaría ver cómo son!

Maribel sonrió. Hizo un guiño rápido con los ojos, con gesto de picaruela:

- ¡Lo que me las quiere quitar! ¡Ya sé que lo hace por mi bien!

- ¡Sólo verlas!

- ¡Ya! Bueno... ¡No! Las tiraré, Padre: se lo prometo! ¡Ya sé que no hago bien!

Hablaron un rato más. De las amigas que tenía. De Rose Mary. Del club. El Padre le dijo que, desde aquel momento, quedaba admitida en el

club. Que podía venir con Rose Mary. Al despedirse, cogió la mano del Padre e hizo sólo ademán de besarla. Tenía carmín en los labios.

El Padre Vázquez dialogaba después consigo mismo. Se admiraba de lo fáciles que son las mujeres para la confianza. Como encuentren comprensión, se vuelcan con todo lo que son. Mentía. ¿Mentía? Ella tenía seguramente todo aquel mundo de tragedia. Se lo había fabricado y lo tenía en su interior; se le movía, le oía hablar, la traía, la llevaba. Lo veía, y el que habla de lo que ve y lo describe como lo ve, no miente. Nosotros vemos nuestra circunstancia; para ella la circunstancia se había convertido en estancia. Para el caso, si la razón última del sufrimiento de los seres racionales está en el alma, qué importa que el fuego que la atormenta se lo lleve a través de los sentidos exteriores, que desde más adentro, del entendimiento. Lo que hay que tratar de hacer es apagar la gehena atormentadora, esté donde esté. Él haría lo que pudiera con el agua abundante de sus “Optimistas”

¡Morfina! ¡Tenía que ser mentira; era mentira, podía ser cualquier alcaloide excitante, pero podía ser verdad! Y se fue derecho al colegio de las monjas a la hora en que Maribel le dijo que estaba ocupada con los niños. Llamó a la Madre Superiora. Efectivamente, Maribel trabajaba allí y allí tenía la residencia. Le explicó brevemente, que su visita era motivada por un secreto profesional grave, no de confesión. Se sentía obligado en conciencia, por si acaso... No le dijo, desde luego, que Maribel ingiriera morfina. Sólo, que decía tenerla, que podía ser una ligereza irresponsable, que, si se descubría, podría traerles complicaciones a ellas, las monjas, dadas las disposiciones legales sobre los opiáceos estupefacientes. A Maribel, ni hablarle. Era enferma y había que tener caridad y comprensión con ella.

La Madre Superiora subió a la habitación de Maribel. Vino después de un ratillo.

- ¡No he encontrado nada, Padre! Miraré más detenidamente después.

Después no halló nada. Así se lo comunicó por teléfono al día siguiente. Le añadió, que era muy embustera. Pero comprendió.

- ¿Qué tal, Maribel?

- ¡Bien! ¡No me disgustó!

- ¡Es maravilloso!

- ¡No tanto, Rose Mary! ¡Me pareció algo ingenuo! No sé si con tantas como van al club, alguna no irá a reírse de él.

- ¡No creas! Parece, pero después... Ya verás cuando lo trates muchas veces. ¿Volverás?

- ¡Se lo prometí!

## ¡UN HIJO!

Ana, arrodillada en el confesonario, lloraba.

- ¡Tienes que comer! ¡Cuida tu salud! No va a ser sólo rezar!

- ¡Gracias, Padre! ¡Si fuera así Juan! ¡Él nunca me manda cuidarme!  
¡Usted es la única persona que no me desprecia y que se preocupa por mí, a pesar de lo mucho que vengo a molestarle!

- ¡No es molestia; es obligación!

Ana pareció no escuchar la frase que el Padre le decía en voz baja. Ella, en mismo tono, pero como hablando sólo consigo misma, exclamaba, oyéndola perfectamente el Padre Vázquez:

- ¡Cómo no le voy a querer! ¡Si es tan bueno conmigo...! ¿Cómo es usted tan bueno conmigo?...

- Porque me lo manda la ley de Dios y veo a Dios en tu alma.

- ¡Padre!... -Ana hizo una pausa. Se iluminó: ¡Un hijo!... ¡Quiero un hijo!...

- ¡Ana!...

-¡Un hijo!... ¡Un hijo de usted!...

- ¡Que te van a oír! ¡Sosiégate!

- ¡Esta tarde... a las cuatro... Estoy sola en casa... ¡Le espero!... ¡Venga!... ¡Quiero un hijo!...

El Padre Vázquez pasó la mañana muy nervioso, esimismado, sin lograr concentrar la atención ni en los libros ni en nada. Se le cayó el libro al suelo al entrar en clase; al lavarse las manos para ir al comedor, dejó el grifo del lavabo de su habitación abierto, y cuando salieron a la recreación, corría el agua por el pasillo, saliendo por debajo de la puerta, después de tener inundado el piso de su celda. No lo podía negar, aunque hacía esfuerzos por apartarla: Tenía presa la tentación en su alma; en su alma y en su carne. Ella estaba enamorada, locamente enamorada de él... ¡Sería tan fácil!... Casada, sin peligro de ninguna clase... Él no sabía nada de aquello más que por los libros... Y confesonario... Aquella era la ocasión... Se enojaba consigo mismo, cuando se encontraba de repente, sin querer, distraído en estas alucinaciones. ¡Necio! Dignidad... Hombria... Sacerdocio... ¿y Dios?... Aprovecharse de la debilidad de una mujer, que llevaría toda la vida... ¡Ni hablar! Él amaba: amaba a todas aquellas mujeres, que tenían confianza en él y depositaban en él los secretos del alma, que no se dicen a nadie; ni siquiera a un esposo amante en deliquios del amor... Pero amaba de otra manera. Amaba tanto, que le parecía imposible poder hacer sufrir a nadie a causa del aquel amor. Y Ana llevaría

el estigma de su traición para ser atormentada por ella toda la vida..., porque era piadosa..., y pasado el momento de locura, volvería a Dios.

A las cuatro de la tarde, instintivamente, se encerró en la capilla y se puso a rezar el oficio divino. A ratos, se encontraba pronunciando maquinalmente el sonsonete del latín de los salmos. ¡A estas horas!... Esperando... Sobre la cama... ¡Qué cama, si él no sabía cómo era la cama de Ana!... Volvía a su salterio... ¡Sí! La cama aquella, de donde la arrancó el salvaje de Juan..., el que tiene la culpa de todo esto... Cuerpo desnudo... ¡No!

Se revolvió nervioso en el asiento el banco. Cerró el breviario de un golpe. Aquí estoy peor... Salió rápido de la capilla y subió de dos en dos las escaleras. Fue al cuarto del Padre García Recalde. A charlar de lo que fuera, de Escrituras, de Música, de deportes... Algo de su nerviosismo debió dejar traslucir, que le Padre García Recalde se lo notó.

- Es que debo tener algo de fiebre. -Se pasó la mano por la frente-. Algo de frío tal vez.

- ¿Quiere una aspirina?

- ¡Venga!

Y la tomó, por seguir la corriente. Hubiera fumado también, no uno, sino muchos cigarros, pero...

Por la noche, estaba sereno. Sentía contento en su interior. Recobrada la calma, lo único negativo que le quedaba dentro era un resquemor y enojo contra sí mismo, por haberse turbado de aquella manera. Desde luego, pensaba: Aquello también era estar en el mundo y con el mundo. No tenía mucha razón Segurola... De lo que le quedaba la duda era de si, de haber recibido durante la carrera otra formación de mucha más apertura hacia problemas de la vida y del amor, ahora pasaría por aquella crisis de su tremenda tentación. Tal vez no. Oía a Segurola y a Dalmau, que le estaban gritando: ¡Rotundamente no! Bueno, pero... Y se mordía de lado el dedo índice: Pero: ¿y si eso era porque, en esa época de apertura, su ardor juvenil ya le hubiera lanzado a todas las experiencias, que ahora tentaban, con bocas de monstruos sarcásticas muy abiertas, su curiosidad? Entonces hubiera sido peor. De lo que no dudaba era de que él tenía carne, carne ardiente; que había mujeres que lo amaban, le amaban hasta perder la razón por él; de que él también amaba y de que existía el amor. Y tampoco dudaba de que él estaba aún íntegro, como un hombre, con su sacerdocio, en medio de la tempestad. ¡En medio de todo, aquello era grande y bello! ¡Merecía la pena vivir para gustar los triunfos del verdadero amor, que se forja en el fuego de pasión y sacrificios, pero sin desintegrar la reciedumbre de su autenticidad! Autenticidad era también no aprovecharse de la debilidad para derribar del pedestal de su dignidad a la persona amada.

Una de las cosas que más indignaban al Padre Vázquez, era el que ellos, los de la calle, los que dicen que aman, no supieran conjugar así, en su Gramática espiritual, el verbo amar. Y más aún, que no comprendieran que hay estos mundos maravillosos detrás del telón de la carne y del goce. Todavía subía de grado su arrebato interior, que alguna vez se traducía al exterior, cuando sentía en la mejilla de su hombría el bofetón plebeyo de la gañanería ignorante que, por eso mismo, por ignorante, lleva su osadía hasta la grosería del insulto.

Esos casos los tenía para sí, para su pensamiento, cerrados con la misma llave con que guardaba los del sigilo, dentro de puertas de hierro.

¡Pero se necesitaba! El mozo que tenía arrodillado delante, estaría arrepentido, puesto que lo declaraba en confesión. Ir a prostíbulos... era lo normal. El Padre Vázquez quería ayudarle, echado mano de recursos psicológicos:

- ¿Cuántos años tienes?

- ¡Treinta, Padre!

- ¡Los mismos que yo! Y mira. Yo soy hombre como tú y me contengo, y no voy a mujeres.

El mozo levantó la mirada con gesto displicente y le espetó:

- ¡Usted, porque no puede!

El Padre Vázquez le agarró fuertemente con ambas manos por las solapas de la chaqueta. Lo apretó contra la puerta del confesonario. Le metió los ojos encima de la nuca:

- ¡Mejor que tú, y sin pagar!

Notó que el solterón aquel se había asustado y trató de recomponerse inmediatamente. El recuerdo súbito del cura del pueblo tirándoles a Ciano y a otros, de las orejas... Pero aún con los latidos del corazón muy acelerados, añadió enseguida soltándole:

- ¡Perdona, joven! ¡No me lo tomes en cuenta! En penitencia, reza por mí un Padrenuestro, para que otra vez que vengas, te trate mejor.

Y le dio la absolución.

Pero comprendió desde entonces para toda su vida, que esta clase de argumentos, llamados por la Retórica, que él estudió, *ad hominem*, no servían para el confesonario, ni para el púlpito. Y se juró a sí mismo no volverlos a usar más. Primero, porque no iban según la caridad. Segundo, porque tenía tufo de pedantería. Y tercero, porque no convencían a nadie. A ver a qué hombre iba él a convencer de que, hallándose solicitado y citado por una mujer bonita, precisamente por amor, no se aprovechaba de ella.

## LA PUÑALADA

Suburbios, coronas de espinas de las grandes urbes. El manido tropo, con su idea bíblica asociada, amplía los círculos de su significado a ámbitos de mucha más extensión, infinita más, que la de una cabeza individual punzada: Hasta donde llega el concepto de la dignidad humana en todos los órdenes de la vida, social, psicológica, económica. Y para aquellos, a los cuales una ventana teológica les sirve para poder contemplar desde la alta y segura morada de sus problemas resueltos, otros mundos de valores espirituales, también a la sobrenatural.

Las ciudades-miseria de Buenos Aires, algunas de ellas cercadas por esos muros de vergüenza, con que el mundo del confort parece querer detener sus infectos miasmas. Las fabelas brasileñas. Las barracas y chabolas de los hacinamientos, con suelos húmedos por yacija, de las grandes ciudades europeas.

¡Espinass! Coronas grandes. Aunque esta palabra parece más bien, llevar nuestros conceptos ascendiendo por escalinatas de suntuosos palacios, hasta los tronos, en los que brillan oros reales, o los podios de los triunfadores, orlados de laureles. También nos asocia a cementerios. Pero, aún sobre tumbas, las coronas tienen flores. Yo no sé por qué ironía los hombres sacaron, de entre las columnas del léxico, palabra de tan espléndido significado, para denominar señales de tanto escarnio. Habrá sido, tal vez, para paliar las acusaciones, con que esos índices punzantes pudieran atormentar su culpa. Porque, esas espinas en la cabeza del Mártir del Gólgota, acusan. Y porque esos pingajos de humanidad, con cuerpos como los nuestros, con fuego en el corazón igual que el nuestro, con derecho a los bienes de la tierra, exactamente igual que el que tenemos los que, al nacer, no nos escogimos nuestro lecho, sino que nos fue dado, acusan. Acusan de injusticia, de burguesía, de espíritu de butaca, de desidia ante la miseria.... Acusan de tantas cosas. Por eso, tal vez, les hemos laureado sonrientes, -¿hipócritas?-, dorando el insulto con ese oropel falso. Así parece que ya les hemos dado algo. Por lo menos una palabra bonita y exuberante.

Si fuésemos sinceros, puestos escoger tropos, diríamos las “espinas”, sí. Porque les punza a ellos y porque tienen que punzarnos a nosotros. Pero también sacaríamos del léxico todo aquello otro que tuviera significados de cosa baja, abominable, sucia, famélica. Y eso no sería más que para lo que se ve por fuera, que para la expresión de la tragedia de dentro, la de los valores humanos y espirituales de la persona, de la familia, de la sociedad... ¡Eso hay que ir allí a vivirlo! A vivirlo con ellos y como ellos. Algo es sí, no lo voy a negar, y mucho, ir a dormir debajo de un puente con los gitanos. El Padre Barriadas durmió una semana entera así. Pero esos

nómadas saben muy bien, que ese cura, si coge una pulmonía, tiene allá, de la otra parte del cerco, una habitación confortable, con calefacción y medicinas, que si hoy pasa hambre con ellos, el día que no aguante más, puede marcharse a comer, bien aderezados, esos tasajos enormes, que se ven en la ciudad, detrás de los cristales de los restaurantes. ¡Ellos, no! Esto lo sabe de sobra don Gabriel Incera. Por eso, su aspiración sería el que estos lugares se cuevas y chabolas, fabricadas con latones de bidones de brea, pudieran transformarse en casas, como las otras; que este barro pútrido, por el que pululan ratas y en donde se ponen negros los pies descalzos, dejara lugar al asfalto y al cemento, para que por él taconearan zapatos. ¡Vaya si sabrían taconear estas mujeres! ¡Con más garbo aún que las del otro lado! Que estos hombres, mujeres y niños fueran y tuvieran dentro de la sociedad, lo mismo que nosotros somos y tenemos.

Por eso trabaja él allí. Por eso remueve Roma con Santiago para hacer que los de allí miremos hacia allí, más: vayamos hasta allí.

Nosotros, al verle actuar, cura sin sotana más que a la hora de decir Misa -cuando la dice...- y vivaquear por esas calles sin forma, le tenemos por un loco. ¡Es un loco! Y así parece que nos desembarazamos de algo para lo cual nosotros no nos sentimos con heroísmo. Y en realidad, algo o mucho de loco se necesita tener para vivir como vive el padre Barriadas. El que no enfoque su figura bajo este ángulo, no comprenderá apenas nada de lo que hace o dice. Le sonarán a dislates enormes muchas de sus afirmaciones, impropias de un sacerdote, o pronunciadas por un derrotado resentido.

- ¡Yo dispensaba al obispo de su celibato y lo casaba con una de estas mujeres! ¡A ver cómo sacaba sus hijos adelante!

- ¡No vengáis, muchachos, a la catequesis de aquí con esos trajes, ni vosotras con esos empernejamientos! ¡Si no tenéis ropa, id a los basureros de la ciudad a cogerla!

- ¡Tira ese rosario a la mierda! ¡Sólo faltaba que esos tíos te vieran con él! ¡Tráeles, niña, cincuenta chuscos de pan, que les harán más que las cincuenta avemarías!

La gente del suburbio le quiere. Hay muchos, sin embargo, que no; sólo por eso, porque es cura.

- ¡No! ¡Si aquí le tenían que ver a uno viviendo decentemente casado con una mujer, para empezar a comprender que se puede ser hombre y decente!

El obispo le ha tenido que dejar por imposible. Por lo menos, eso se sabe que le ha dicho. Y dicen que en alguna ocasión lo tuvo que suspender *a divinis*. A él le daba igual. El obispo era otro burgués más. El Padre Barriadas decía que, para colocar ladrillos y buscar trabajo a los del suburbio, no necesitaba decir Misa. Y cuando la dice, lo hace en una iglesia funcional, que finalmente había levantado a su modo, más bien un salón de

ladrillo y en el que también echa cine. Y tenía catequesis. Y un buen grupo de personas, algún hombre y, sobre todo mujeres, que hasta comulgaban alguna vez. Tenía en un armario en la sacristía tres vestidos de novia, de tres tamaños diferentes, con los que se casaban y se sacaban las fotografías de la boda aquellas chiquitas morenas de cabellera azabache...

Y tenía más. Tenía un sacerdote, que también le ayudaba. Buen sacerdote... Estaba suspenso. Había reñido con el obispo por no sé que cuestión, al parecer no casta, con una mujer. Al Padre Barriadas no le importaba que hubiera dormido o que siguiera durmiendo con una mujer. Si a este cura lo arrojaban de la sociedad, porque no había lugar en ella para un cura con una mujer, que viniese también al suburbio, en donde la ley perdía sus huellas. Si él lo arrojaba también, a dónde iba a ir. Mientras viviera con él y durmiera en su misma habitación, no estaría con la causa que motivó sus castigos.

Y tenía un grupo de jóvenes de la ciudad, “Los Optimistas”, que, encauzados por el Padre Vázquez, solían venir los domingos a ayudarle y a traer su alegría a aquel infierno de penalidades. Algunos de ellos, sin nada de maña desde luego, hasta colocaron con él ladrillos en las paredes de la iglesia nueva. Y sobre todo, traían de la ciudad dinero de sus colectas y funciones benéficas.

Con Rose Mary, que ya es de las asiduas, ha empezado a venir al suburbio Maribel. Don Gabriel les ha encargado últimamente a ellas la vigilancia de los enfermos y que le tengan al tanto de cómo van.

A Maribel le resulta aquello difícil, muy difícil. Pero esta temporada, desde que habla con el Padre Vázquez, qué sé yo, le ha dado algo así como lo que el Padre Vázquez llama graciosamente “un ataque de conversión”. Y se entrega de un modo extraño a los mayores heroísmos. Va a comulgar todos los días a la iglesia del convento y las personas asiduas a los cultos se edifican al ver a aquella joven, de presencia llamativa, nueva en aquellas liturgias, que se pone en el primer banco, y se queda un rato de rodillas después de comulgar, inmóvil, con la cabeza baja y las manos cruzadas sobre el pecho. Esa postura no la había aprendido seguramente en sus novelas. Pero como las monjas tenían en la pared de su habitación un cuadro de la Inmaculada, que tenía así las manos...

El Padre Vázquez no confía ni un pelo en aquellos arrebatos de fervor. Ya ha visto de sobra que es una histérica. Y no le pone coto de un modo tajante, no fuera a ser que le dé el arrebato por la parte contraria y entonces... Le aconseja, simplemente, que se divierta y se distraiga.

- ¡Padre, cuando tantos pobres sufren en el suburbio, me parecería un crimen divertirme!

- ¡Maribel: No conviene que la cuerda esté demasiado tirante! ¡Se puede romper!

Un día la cuerda se rompió. Se tenía que romper.



Salía Maribel con Rose Mary de una chabola no lejana a la iglesia del suburbio, en la que una ancianita pobre, arrugadita, estaba acabando sus días. Le habían llevado leche. Tenían que pasar por junto a un puesto, que hacía algo así como de tasca en plena calle. En torno a una mesa, desportillada, bajo un toldillo de uralita, seis o siete hombres “de negra mirada gatuna”, estaban sentados en banquetas en torno a ella delante de unos vasos de vino.

Al pasar las dos, un silbo salió desde el grupo hombril, como arrancado por el ventalle de sus figuras gráciles. No hicieron ellas caso.

- ¡Zeñorita!: ¿No hay una *mirá* de *limozna* de *ezoz* ‘ojo’?

Quisieron entonces acelerar el paso. Pero uno de ellos joven, se les plantó delante. Se asustaron. Antes de que pudiera impedirlo, Maribel se sintió entra unos brazos, que la apretaban. Una boca le metía sus babas por la boca. Maribel dio un grito agudísimo, aterrada. Rose Mary echó a correr, gritando también. En aquel preciso momento asomaban por la esquina dos del club, Luis y Carlos. Ver la escena y abalanzarse en socorro de la conocida amiga, fue todo uno.

Maribel después sólo recordaba, confusamente, el brillo de una faca y sangre. ¡Eso sí: sangre roja y caliente! Se desmayó. Cuando volvió en sí, estaba en la iglesia, sobre un banco. A su lado Rose Mary. Lloraron entonces las dos. Enseguida le contó que a Luis lo habían llevado al dispensario. Estaban curándole. Tenía una cortada muy grande en el muslo.

Acabada la cura de Luis, se llegó a la iglesia el Padre Barriadas. Venía ardiendo, malhumorado.

- ¡Si hay que dejarse besar, como si hay que dejarse...! ¡Por un beso que le den a una, no se va a hundir el mundo! ¡En el suburbio no valen esas otras leyes!

Cualquiera se está figurando ya que Maribel no volvió más al campo de la miseria. Aquel filo de faca, que vio brillar delante de sus ojos, cortó todos sus fervores.

Unos días hacía que el Padre Vázquez no la veía tampoco por la iglesia. Preguntó por teléfono al colegio y le dijeron que se había marchado, con todas sus cosas, a una ciudad del norte. No le extrañó.

No andaba precisamente él aquella temporada muy brillante de optimismo, porque en su espíritu recibió otra puñalada muchos más sangrienta y dolorosa que la que le dieron a Luis.

Según les había dado a conocer el Padre Rector, a Segurola parecía que le iban a cortar los superiores sus estudios y reintegrar al escolasticado. Él, hurtando una carta a la censura superior, se lo avisó en secreto.

La respuesta de Segurola le llegó en manos de la misma censura. Se la trajo abierta el Padre Rector a su cuarto. Antes de entregársela, le hizo una

severa amonestación, por la deducción que él hacía de que había escrito infringiendo aquel punto de la regla.

- Pues sí, Padre: Se la escribí en secreto, porque creí que debía hacerlo así.

- ¡Ahí le viene la contestación! ¡Usted verá! ¡Los suberbios acaban siempre en la tentación!

Y le entregó la carta.

“Querido Vázquez:

Gracias por tu aviso. Fue mejor así. Aunque de todas formas, al recibir después el del provincial, hubiera hecho lo mismo que he hecho.

Unos días después de la tuya me ha llagado la del provincial, confirmándome lo que me decías.

¡No! ¡No me veréis por aquí! No te preocupes por mí. ¡No existo!

Escribí al provincial pidiendo la dispensa de los votos. Si me la dan, bien; si no, me da lo mismo. Estoy viviendo ya fuera de la residencia, ganándome la vida por mí mismo. ¡No aguanto más la opresión! ¡Voy a vivir otra vida, a la que tengo derecho por hombre!

Tu amigo

Paco”

Dos meses más tarde, una carta del Padre Provincial anunciaba, escuetamente, que el Padre Segurolo se había salido de la orden, de una manera muy vergonzosa.

## IV

## LA CADENA DE CAÍN

- ¿No *zerá ezto castigo del Zeñó?*

- Lola: El Dios de ellos sí, es terrible y castiga. Pro el Dios nuestro. el verdadero Dios, que ha matado al de ellos, no castiga así. ¡Son los hombres!

- ¡No *digaz ezo, Javié*, de que *Dio* ha matado a *Dio*, que me *zuená mu mal* y me *azustaz!* -Lola tapaba los oídos con las palmas de sus manos al decir esto-

- ¡Totuela! -Y la besó cariñosamente-. Mientras no encuentre otra cosa, trabajaré aunque sea de barrendero; me arrastraré hasta de sacristán. ¡Pero he de sacarte adelante! ¡Ese hijo nuestro, que llevas dentro, ha de encontrar una cuna bien preparada cuando llegue!

- ¡*Zólo ziento zi la criaturiya ze me desgrasia* en mi vientre! ¡*Disen* que *loz diguzto* en *ezte* tiempo *zon mu malos!*

Javier Segurola Ortuño ha estado dando clases casi medio año. Vino a esta ciudad grande, en que ahora le vemos en compañía de su mujer, una señora menudilla y fina, mucho más joven que él, la cual ahora se encuentra en estado avanzado de gravidez. Van a tener su primer hijo.

Consiguió colocarse como profesor de Gramática y Geografía en un colegio de religiosos de enseñanza, que tiene más de mil alumnos. Se presentó al Hermano Director solicitando la caridad de una colocación. Aunque fuera para barrer los pasillos del colegio. Así lo admitieron de momento, al presentarse acompañado de su señora, recién casados, como él decía. Iban a tener un hijo y estaban sin trabajo. Su solicitud la armó secretamente sobre una trabazón de bien ensamblada lógica. Aunque dejó un alambre por soldar, que fue la causante de que se le viniera por tierra todo el edificio de sus mentiras. Era de un pueblo de Castilla. Había estudiado varios años para fraile Pero sintiéndose sin vocación para sacerdote, dejó los libros y se marchó antes de ir al noviciado. El trabajo del campo no le gustaba. Por eso, gracias a sus conocimientos humanísticos, pudo estar varios años de escribiente, ayudante del secretario del ayuntamiento y a eso se debía el tener las manos tan finas. Enseñaba sus manos, en las cuales, no había señales de mancera. Aquello daba poco dinero. Fue a la ciudad en la cual, en el convento, estaban ya de sacerdotes antiguos compañeros de estudios de él. Allí le dieron, de momento, colocación en el convento. Pero a él se le hacía psicológicamente muy violento estar viendo vivir como “rajas” a los que habían sido niños como él, mientras él estaba empleado en oficios humildes de limpieza. En este

tiempo conoció a la que ahora es su mujer, que era una costurera salida del suburbio del célebre Padre Barriadas. Se enamoró de ella y el mismo don Gabriel Incera los había casado en la iglesia del suburbio. Y para confirmar lo de su matrimonio, Javier metía la mano en el bolso interior de la chaqueta y sacaba un papel escrito a máquina. Era, efectivamente, el certificado de su boda con María de los Dolores Montoya Heredia.

- ¡Mírelo usted, Hermano! Firmado por don Gabriel Incera Barret, Padre Barriadas.

Y debajo tenía estampado el sello: Parroquia de San José Obrero, con el nombre de la ciudad.

El Hermano director repasó con la vista el escrito.

- ¡Efectivamente! ¡El celeberrimo Padre Barriadas, conocido en España entera por su labor entre los pobres del suburbio! ¡Así que lo conocen ustedes!

- ¡Vaya! ¡Si es el que nos casó, como usted ve! ¡Es fenomenal!

Ante aquella evidencia del papel, al crédulo Director ni le pudo pasar por la mente que Javier Segurola Ortuño, a quien tenía delante, hubiese valido para jefe de un *trust* de falsificaciones. Le podía, efectivamente, describir lo que era el suburbio del Padre Barriadas, porque lo conocía al dedillo. Pero lo que no le explicaba nunca sería que él, cuando estuvo en el convento que citó, y no barriendo pasillos ante sus antiguos compañeros, sino de tan sacerdote como ellos, en alguna ocasión, valiéndose del desorden que en sus cosas tenía el Padre Barriadas, le había cogido el sello suyo para avalar la solicitud de colocación de un chico. Y que, previendo que en otras ocasiones pudiera necesitarlo para algo semejante, untó con la tinta del tampón otras cuartillas en blanco, que guardó. Una firma es después fácil de falsificar.

Ella, Lola, su mujer, era una buena costurera. Si se la quisieran admitir también en la costurería del colegio... Y de costurera la admitieron.

Los primeros días estuvo, efectivamente, gracias a la caridad de aquellos religiosos, barriendo y limpiando el polvo. Pronto vieron sin embargo, que no era tan hábil para menesteres de aquellos; que no había duda de que él no había trabajado en su vida con herramientas manuales. Él aventuró que se comprometía mejor a dar clases. Lo examinó el hermano Director y le pareció que de Gramática y Geografía conservaba un formación excelente desde los años del, según él, abandonado juniorado. Y lo elevó a la categoría de profesor.

Pero llegó lo que tenía que llegar. El alambre suelto.

Hubo que solicitar papeles para tener las cosas en regla. Se necesitaba el carnet de identidad. No iba él a presentar al Hermano Director el suyo, no caducado aún, con su verdadero nombre: Francisco Javier Segurola Ortuño. Religioso.

Como la mentira la tenía él siempre hábil a mano, alguien, ya cuando estaba en el convento, dijo a sus espaldas en cierta ocasión, que la única verdad que decía era el “*Domine non sum dignus*” de la Misa...- dijo que lo acababa de extraviar y que ya había ido a la policía a rehacerlo. De momento le valió.

Con Lola le vemos en un piso humilde, lejos del colegio en donde trabaja. Lo alquilaron barato. Cuando llegaron, traían muy poco dinero. Algunos ahorrillos que Lola tenía, y no precisamente hechos a base de la costura que ella hiciera, sino de las costuras que a ella le hacían algunos, no precisamente sastres, aunque no negamos que alguno de los que iban por la noche con ella a la cama lo fuera. Con ese dinero compraron una mesa sencilla, dos sillas y cocina de petróleo, con los utensilios más indispensables. La primera noche que pasaron en el piso, aún no tuvieron la cama sencilla que ahora tienen y cohabitaron en una silla.

Javier se desvivía por darle gusto a Lola. Aquellos desvelos, manifestados de manera especial con ella al sacarla del arroyo para hacerla una mujer digna, ahora ya esposa de un profesor de la capital aquella, y lo que se ha movido para buscar trabajo, le han servido para enamorarse locamente más de ella.

Puso sus reparos al principio después de ir varias noches con ella. En una, cuando ella le besaba la medalla y se la ocultaba detrás “a la *ezpada*”, como le decía a su amiga de profesión, le confesó que era un cura desesperado. Como que se asustó tanto, que quiso interrumpir el momento y le dijo que se marchase y que no volviera más.

- ¡No te asustes! Si ahora el Papa va a permitir pronto casarse a los curas,

- ¿Y tú, digo, *uzté ze cazaría?*

- ¡Inmediatamente! ¡Pero contigo! ¡Eres la única mujer que he conocido! ¡Me gustas mucho y no pienso conocer a otra jamás!

Razón tenía Lolilla al decir que aquel no era como los demás. Por eso de enamoró de él. Por eso le siguió. Además: Si era verdad, como él aseguraba, que pronto el Papa les iba a permitir a los curas casarse... Aquella ocasión no convenía perderla. Ahora está tan enamorada que, aunque el Papa no les permita casarse, seguiría con él toda la vida. ¡Faltaba más: Con un niño que va a tener, como una mujer decente cualquiera! ¡También ella tiene derecho a ser feliz! Aunque, como ella dice muchas veces a su Javier, sería mucho mejor poder estar casados. De este modo evitarían tantos sustos como pasan, al tener que andar con tantas reticencias, huyendo de aquella sociedad de la cual sacan ellos el dinero para su sustento. Esa sociedad, que en España está de tal manera emparejada con las leyes de la Iglesia, que ni la tranquilidad de un matrimonio civil les concede, con el cual podrían presentarse con la frente alta, como cualquier ciudadano en Francia, en Inglaterra, en tantas

naciones, a solicitar los bienes y emolumentos inherentes al vivir legalmente unidos.

Ella ahora ya no trabaja en el colegio. Está sólo para atender el piso y esperar la felicidad suprema de su maternidad. Llega para ir viviendo con lo que gana Javier. Y los religiosos aquellos son tan buenos, que le pagan a Javier los puntos por su mujer, establecidos por la Ley, aunque no sea un profesor titulado.

Ha ido pasando el tiempo y el Hermano Secretario ha vuelto a insistir varias veces a don Javier, como todo el mundo le llama en el colegio, en que hay que poner los papeles en regla. Puede venir la Inspección... Él responde que no se apura; que para él los religiosos le son de plena confianza; que los conoce bien y no tiene la menor duda de que son buenos... Va dando largas al asunto hasta que un día, al pedirle el Hermano el carnet, tiene que hacer la comedia de sacar la cartera, tentarse los bolsos...

- ¡Lo habré vuelto a perder?... ¡No! ¡No es posible! ¡Creo que seguramente lo dejé en casa! ¡Sí, seguro! ¡En la otra chaqueta!

Las moratorias y otras nuevas excusas del mismo tipo que la anterior, escaman al Hermano Director y al Secretario. Sin decir por el momento nada a don Javier, pusieron el asunto en manos de la policía, de cuya eficacia, aunque no del resultado infalible de sus pesquisas, la única manera de escapar sería poniendo frontera por medio. Al mes vino un comisario del colegio con el resultado. ¡No iba a saber de Gramática el fulano! ¡Hubiera podido darles clase de Filosofía a los mismos profesores! Se enteraron de que lo que tenían en el colegio era, no más ni menos, un fraile amancebado con una prostituta, llamado Francisco Javier Segurola Ortuño.

Le despidieron fulminantemente.

Por eso aquella noche, cuando él se lo comunicó a Lola, ella lo tomó como un castigo del cielo. Él, para facilitarle a Lola el que aquellos espectros de las cosas religiosas no la atormenten más en aquella angustia, antes de ir a acostarse, se arrancó de un tirón la medalla y la tiró al retrete.

Ahora había que buscar trabajo.

Fue a una iglesia, sí. Una de las parroquias más grandes y más ricas de la capital. Allí, de entrada, dijo al párroco parte de la verdad. Que era fraile, sí. Que se había marchado del convento pidiendo la dispensa de los votos. Que entendía de cosas de la iglesia, porque había sido su oficio toda la vida. Se calló que era un sacerdote y que vivía amancebado con una mujer. El párroco fue caritativo con él. Le encargó la limpieza de la iglesia, abrirla por las mañanas a primera hora y cerrar por las noches las puertas del templo. También su vigilancia el tiempo que durante el día permaneciese abierto.

Su tragedia interior aumentó entonces. ¡En una iglesia, ayudando misas, quitando el polvo a las imágenes de los santos! ¡Como si a un rey, que está

en el trono, lo ahorcan con su mismo manto real, convertido a tiras en soga, o a un judío avaro le hicieran explotar su estómago, obligándole a tragar sus caudales de monedas de oro! Él tenía que aguantar todo aquello y digerir a solas su rabia, alejado todo el día de Lola. Cuántas veces estuvo por estrellar contra el suelo, cuando las limpiaba, aquellas imágenes de escayola de los altares. ¡Santos; vírgenes!... Ya les quisiera él ver en su lugar, a ver cómo hubieran digerido entonces la píldora de la santidad; en lugar de Lolilla, antes de levantarla del fango, sin otros recursos para ganar la vida. ¡Si santidad era dar a los pobres un vaso de agua, el darle a una puta amor, y vida decente, y un hijo, ¿qué era entonces? En las horas negras de su rabia llevó a más su sádica venganza. Fue como un machacar su furor contra lo que le había levantado, a pesar de sus indecisiones vocacionales, varias veces expuesta durante la carrera, a la altura de la cual se sentía caído tan estrepitosamente. ¡Dios! Aquel Dios, que así aparecía en los hombres, que a él lo proscribían de la sociedad, le resultaba ridículo. Unos cuantos días le rondó la idea sacrílega su mente desesperada. Una noche la puso en práctica por fin. Cerró las puertas de la iglesia. Estaba solo. ¡A ver si ahora los santos bajan de los altares a defender a su Dios! Mientras avanzaba por en medio de la iglesia después de cerrarla, los iba mirando retador, extáticos en sus retablos. Cogió la llave del sagrario. ¡Tantas veces había abierto él antes sagrarios!... Sacó el copón. Fue con él a la sacristía y lo vació entero, arrojando por el retrete las hostias consagradas. ¡Si es Dios, que se defienda! Tiró de la cadenilla de la cisterna para que desaparecieran bien de la taza todas las pequeñas obleas redondas. Luego cogió otras tantas, más o menos, sin consagrar y las metió en el copón. ¡A ver si a éstas les sacan mañana las beatas distinto gusto que a su Dios! ¡A ver! Y al volverlo a meter en el sagrario con estos pensamientos, Satán sacrílego rió en su boca. A la mañana siguiente, llevando él la bandeja, las beatas comulgaban aquellas hostias, en las mismas actitudes de su fariseísmo piadoso de todos los días. ¡Se ve que no tienen sabor distinto al de su Dios! Era un goce cruel el que le iba enhebrando en su mente toda esta sarta de pensamientos blasfemos. De ello nada le contó a Lola.

A solas después, quiso hacerse como una pregunta: ¿Remordimientos?... Esbozó una sonrisa expeliendo un poco de aire por la nariz. Eso se tiene cuando no pesa sobre la vida una tragedia como la que pesa sobre la de él. Eso lo sentían algunos frailes, que tenían todos sus problemas humanos asegurados. Y las beatas, ratas de sacristía, que iban a hacer perder el tiempo con sus estupideces en los confesonarios. ¿A que no tenían remordimientos los ladrones del suburbio del Padre Barriadas, cuando robaban algo, con lo que lograban quitar el hambre por unas horas, ni las prostitutas del barrio alto de San Miguel, cuyo oficio era ése? No se tienen remordimientos cuando no queda tiempo para otra cosa. Todo era cuestión de complejos condicionados a una falsa concepción pietista. Él la

estaba definitivamente superando y por eso ahora podía arrojar hostias consagradas por un retrete y quedarse tranquilo. Ahora lo que le importaba era vivir; hacer que fuera su Lola feliz y que el hijo encontrara un hogar abundante cuando naciera. La calidad de los medios para lograrlo era lo de menos.

Y así se sintió en la necesidad de robar.

Antes, quiso, sin embargo, por mero sentido humano y por no exponerse al riesgo que ello suponía, arreglarlo, como dirían los píos, decentemente. Le pidió al párroco aumento de sueldo. Con lo que le daba, no le llegaba.

- Javier: Creo que con lo que te pago, no te puedes quejar. Para una persona sola, creo que puede perfectamente cubrir sus necesidades.

¡Para una persona sola! Estuvo por escupírselo a la cara: ¡Si somos dos! ¡Dos y otro más, que está llegando! Pero se aguantó, porque en aquella sociedad hipócrita había que vivir de hipocresía. Una noche descerrajó las alcancías de la iglesia, cuyas llaves tenía el párroco y robó todo el dinero de la semana, que tenían dentro. Tuvo buen cuidado, nada más abrir por la mañana la iglesia, de ir corriendo, con semblante demudado, a llamar al señor cura párroco, para anunciarle que, por la noche, los ladrones... Pero en el convento no le habían enseñado a robar y era la primera vez que lo hacía, queriendo imitar a los profesionales. Se portó en ello como un verdadero neófito. En su tiempo no vio nunca cine durante toda su carrera. Hoy, cualquier chiquillo que robara como él, aleccionado por lo que ve en el cine o en la televisión, hubiera, que sé yo, cualquier cosa: roto los cristales de una ventana de la sacristía, limando los barrotes; cogido unos guantes de goma para sus manos... Él no hizo nada de eso y sus huellas digitales quedaron en las portezuelas de todos los cepillos descerrajados. A media mañana, la policía, sin necesidad de sospechas mayores, le cogió a él. Y no pasó a la cárcel porque, no habiendo gastado aún nada del dinero robado, pudo devolverlo por entero, y porque el párroco intercedió por él, cuando viendo inmediatamente la tragedia que se le venía encima, le pidió clemencia, diciéndole parte de la verdad, adobada con la mentira. Él no era fraile, ni nunca lo había sido. Sólo que vivía amancebado con una mujer, con la cual podía casarse, que estaba para dar a luz cualquier día y que si ahora la dejaba sola... El párroco le dio quinientas pesetas de limosna, pero lo despidió.

¡Quinientas pesetas! ¡Se las hubiera tirado a la cara! Pero por Lola y por el hijo sacaría, aunque fuera con los dientes, quinientas pesetas de una letrina. Lo pensó y no le dio asco.

¿A dónde iría ahora?

Tres días más tarde Lola dio a luz un hermoso niño. Se sintió padre y aquel gozo fue un sol radiante, desconocido, sobre el cementerio de su tragedia. Aquello no lo sintió ni el día de su ordenación sacerdotal.



Entonces se convenció más de que se había equivocado haciéndose sacerdote. ¡Tenía razón cuando expuso sus dudas! ¡Él había nacido para ser padre! Este gozo estuvo también por encima de todo el dolor, que a él le desgarraba el alma, cuando tenía en sus brazos a Lola mientras gritaba entre los estertores y convulsiones de su parto. Como él no entendía absolutamente nada de aquello, cuando la hora del trance llegó, avisó a dos mujeres vecinas que, solícitas, se prestaron a ayudarles en aquella difícil coyuntura.. Para ellas, que no sabían nada de la identidad de los vecinos, Lola era la mujer de un pobre obrero, al que veían algunas veces marchar muy de mañana a su trabajo y que ahora no tenía, naturalmente, para llevar a su mujer a dar a luz a una clínica.

Aquellos primeros días de su paternidad fueron para Javier y para Lola lo que no se puede escribir con palabras de léxico humano. La felicidad se degusta más cuando más desgraciado es uno. Un vaso de agua sin ganas, sin necesidad, se arrima a los labios y se tira. ¡Pero un arroyo de agua en un oasis, cuando uno viene perdido por un desierto, arrastrándose ya casi sin vida, y con el cual se encuentra de repente! Se abalanza el deshidratado sobre él y no bebe, engulle, como si quisiera de un trago trasvasar a su sangre el manantial antero. Así ellos dos, ante el oasis de aquella carita, carne de su carne y fruto de sus ardientes cariños, dejaban de pensar en sus penalidades.

Pero había que seguir adelante.

A Javier le vino la idea salvadora. Estaba seguro de que aquella puerta no se le cerraría. Dio un beso a Lola, otro al niño y se marchó de mañana a la capilla protestante evangélica. Al Pastor, sí; le dijo toda la verdad. Que había sido sacerdote católico; que se salió del convento; que estaba amancebado con una prostituta, a la cual había sacado de entre las garras explotadoras de los hombres; que acababa de tener un hijo de ella y que estaba sin trabajo.

El Pastor, un tipo alto, rubio entrecano, como de cincuenta años, en una castellano muy defectuoso, con prosodia sajona, comenzó diciéndole:

- ¡Hermano: Confíe a Dios!

- ¡Lo que vengo a confiar es en usted! ¡Ayúdeme!

- ¡*Non faltapa* más!

Y el Pastor le ayudó con una buena limosna e hizo más: le proporcionó trabajo. Como Javier dominaba muy bien el francés y bastante el inglés...

- *Have you got any Money?*

- *No. I have not got any, (1)*

le propuso el oficio de traductor de una serie de libros y folletos. Eran, principalmente, de tipo teológico. Se lo habían encargado a él, pero estaba

1

- ¿Tiene usted algún dinero?

- No, no tengo dinero. (N.A)

atareado y su español no era como para prometer éxitos de lectores. La secta estaba bien avalada por dólares. Pero no le hizo ni la más leve alusión de tipo proselitista, aprovechándose de su necesidad. Javier no negaría que, en aquel aprieto, hubiera dado su nombre a una secta evangélica, aunque ni el Pastor, ni mucho menos él, hubieran creído que olierá hecho de corazón.

- *Come here. You must come and see me often.*

- *Thank you.* (1)

Y Francisco Javier Segurola Ortuño, con su primer nombre borrado y su primer apellido disminuido y deseuserizado, se convirtió en traductor de libros protestantes.. Al fin encontró una colocación que se amoldaba a su formación científica y, sobre todo, que le hacía mirar con firmeza el porvenir en vistas a ulteriores proyectos vitales. En esta ocupación podía, además, estar el día entero al lado de Lola y de su hijo. Se ciscó en los frailes de su antigua orden, -ellos no sabían nunca de esta alegría de ser padre-; en los del colegio de enseñanza y en el párroco, que lo arrojó de la iglesia.

Ahora vería si él era capaz de abrirse camino en la vida sin necesidad de ellos.

En esta situación, y con otros trabajillos, también de corresponsalías de libros, que a su oficio e traductor de le fueron agregando, y sobre todo, con unas clases particulares que se ha agenciado vemos después a Javier Segura, en su piso, sentado a la mesa de sus papeles, ante el Padre Vázquez, su compañero de siempre.

Vázquez, al encontrarse, le ha dado un abrazo apretado, largo. A Lola le ha dado la mano, y al niño lo ha cogido en brazos y le ha dado unos cuantos besos.

- Paco, lo primeo: Por favor, no me tomes por inquisidor. ¡No vengo a reñirte! ¡Vengo a verte, a hablar contigo! ¡Soy tu amigo de siempre y ahora te quiero más que nunca.

- ¡Es que de otra manera perderías el tiempo!

Estas han sido las primeras palabras que se han cruzado cuando han quedado solos los dos.

Después Vázquez ha llevado la conversación por temas intrascendentes, y como evitando siempre levantar, con alguna frase el apósito protocolario, que deje al descubierto la herida dolorosa, Pero resulta imposible, por mucho cuidado que se tenga, no rozarlo, por lo menos por fuera, acusando el espíritu inmediatamente su escozor. Porque la herida está allí debajo, muy abierta todavía, no sólo por lo reciente, sino

1

- Venga aquí. Debe venir a verme frecuentemente.

- Gracias. (N.A.)

porque el corte ha interesado las fibras más íntimas del alma. Más nos atrevemos a decir, sin echárnoslas de terapeutas psicológicos: Hay traumas espirituales, que no cristalizan ya nunca y lo mejor, para que su dolor sea menos, será el procurar tocarlos lo menos posible. De esto ya va entendiendo el Padre Vázquez, y su compañero, el hoy Javier Segura, sabe también, con su talento natural, hacer el papel de lesionado sin solución de curación.

- Traduzco del inglés libros teológicos protestantes. Su doctrina, como la vuestra, me trae sin cuidado. Mi trabajo es subsistir, como el del obrero obediente al aparejador: a él tampoco le importa el mérito arquitectónico resultante de su esfuerzo físico.

- Comprendo. Trabajar con afán de algo, en fin de cuentas, es el acicate que nos mueve a todos, esperando siempre la victoria de nuestros sudores.

- ¡No sé! ¡Yo fracasé una vez! Tú lo sabes muy bien... No fue culpa mía... Aquí, por lo menos, nadie podrá poner trabas a mi obra.

Vázquez se quedó callado. No porque no supiera qué respuesta meter en su turno de conversación, sino porque comprendía que, cualquier opinión divergente a la de su interlocutor, por cortesía y caridad, le tocaba a sí mismo llevar las de perder.

Javier, después de una pausa, prosiguió:

- ¡Un hijo! Esta satisfacción espiritual no está fundamentada en meras entidades de razón, como esas otras patrañas de la fe, cuyos soportes son lo que no es: lo que llamáis misterios. A un hijo lo haces con amor, lo ves, lo besas... ¡Eso es tuyo!

- ¿Entonces?...

- ¡No creo, no! ¡No creo en nada! ¡Y me pesa de haber creído algún tiempo!

- ¿Ni siquiera en tu familia?

- ¡Mi familia! -Lo dijo con desdén-, ¡Ahora he recobrado toda mi libertad!

- ¡Están muertos de pena!...

- ¡Pues diles que no piensen en mí! ¡Que no existo!

- Nuestra existencia no depende de nosotros. Nos la han dado. A ti te la dieron tus padres, como tú se la has dado a este hijo tuyo. ¡Prueba tú a dejar de pensar en él!

Aquí el que calló fue Javier. Vázquez, comprendiendo que, a pesar del reto bravucón al misterio de la familia hecho por su compañero, este toque le daba escozor, levantó inmediatamente su tacto, para que no le doliera:

- Cuida mucho tu salud, Paco. Te encuentras muy desmejorado. Los disgustos han influido sin duda, Pero ahora, no sólo por ti: ¡Por Lola, por tu hijo!

- ¡Si, es verdad! ¡Qué culpa tienen ellos! ¡Pero la ley!...

- ¡Es dura, verdad!

- ¡Es injusta! ¿Por qué no me puedo yo casar por lo civil? ¿Por qué la Iglesia, tan Madre como propala ser, no nos deja a nosotros, a los sacerdotes que vivimos con una mujer, legalizar nuestra situación? ¿Darle a mi hijo mi apellido? ¡Si es mío, si lo hice yo!

Vázquez, mirando de lado con tristeza y como para sí mismo, sólo ha respondido dos palabras, que se pierden más en su interior que en la atmósfera de la habitación:

- Tienes arzón.

-¡Sólo nosotros somos los únicos, que no podemos esperar durante la vida un cariño maternal suyo! ¡Estamos condenados! ¡Ja... ja! ¡Condenados! ¿Por qué voy a estar yo condenado, si lo único que quiero es ser como los demás casados? ¡Si fuera que le pidiéramos seguir de sacerdote y casado, que aún así!... ¡No creo que pueda pensar de un modo tan cruel vuestro Dios!...

- ¡El nuestro y el tuyo, Paco!

- ¡El mío es comprensivo y perdonador!

- ¡Ahora lo has dicho! ¡Entonces es que crees en Él!... ¡Rézale!

- ¡Rezar? ¿Para qué?... Lola sí reza; reza todas las noches.

- ¡Y tú también tienes que rezar! No te digo que reces esas oraciones de antes. Comprendo que te resulte imposible. ¡Piensa en Él, hombre, piensa en Él, que eso es rezar! ¡Piensa que es capaz de perdonar!...

Javier movió la cabeza:

- ¡No puedo!...

Un silencio dramático metió su cuña de abismo inmenso, infinito, entre los dos: entre el sacerdote y el exsacerdote, que no quisiera creer en nada, pero que... en algo creía, a pesar de lo que dijera. Vázquez vio brillar dos lágrimas que no llegaron a rodar por la cara de Javier; se quedaron, como dos hojas de cuchillo, sobre el filete inferior de sus dos párpados.

Desvió de nuevo la conversación, porque otra vez, sin querer, estaba hurgando en plena herida y brotaba sangre. Sangre negra con pus.

Aquel día el Padre Vázquez se quedó a comer con sus amigos. Hizo más. Con siete meses, aún tenían el niño sin bautizar. Javier decía, que la Iglesia no le robaba a él aquel hijo dejándoselo sin su apellido. Vázquez aquí volvió a ser el del tiempo de su carrera: el amigo que siempre está junto y siempre está riñendo. El niño no tenía la culpa, aunque la ley, como decía Javier, fuera mala. Al fin, todo se arregló. Lola, llevando en brazos a su hijo, fue con el Padre Vázquez a la iglesia parroquial más cercana. Javier no quiso ir. Había jurado que no volvería a poner los pies en una iglesia, hasta que no le permitieran casarse en ella con Lola como todos los demás. Llevaron el papel de marras, con la firma falsificada del Padre Barriadas y el sello, en que se hablaba de su supuesta boda. El Padre Vázquez veía que aquello era una mentira; pero no era mentira que el niño fuese hijo de Javier. Como pudiera, no pensaba utilizarlo. Y no lo utilizó.

Estaba solo el sacristán a aquellas horas de la tarde. El Padre le explicó que era un amigo de la familia; que había venido a verlos; que el niño llevaba meses sin bautizar, que el papá no había podido venir; que él tenía que marcharse luego y había venido, precisamente, a bautizar al niño. Mientras se ponía el roquete y la estola, le preguntaba al sacristán cuánto era el estipendio del bautismo. Le alargó, por adelantado, un billete de cien pesetas, diciéndole que todos lo que sobraba de las quince, para él. El mismo propinado sacristán hizo las preguntas del padrino. Al finalizar el rito sacramental, como quien no hace nada, pidió el libro de Bautismos para poner él la firma del sacerdote bautizante. No sólo estampó la firma, sino que rellenó, en los espacios libres, la partida de bautismo entera:

FRANCISCO JAVIER

Legítimo

Francisco Javier Segurola Ortuño  
Heredia, etc.

María de los Dolores Montoya

No sería legítimo según las leyes de los hombres, pero era legítimo según la ley natural del amor. El niño no tenía la culpa de las leyes; no iba él a llevar por toda la vida ese estigma maldito. El Padre Vázquez no temió hacer estas epiqueyas y aún añadió para sí: Que todos mis pecados sean como éste.

Al despedirse le decía Javier:

- Pepe: Yo no he sido lo que debiera. Pero si todos hubieran sido conmigo como tú y el Pastor protestante, seguramente no hubiera sido lo soy.

- ¡Sí! Siempre he pensado: Cuando uno cae de un quinto piso y se mata, desdichado de él. Pero, ¡ay de los que le fueron empujando, hasta ponerlo el borde del vano por el cual cayó!

Se abrazaron.

- Y... ¡no vuelvas! ¡Será mejor para ti! Podría traer complicaciones de los tuyos. Ya sabes lo que nos decía el Maestro del noviciado: Nosotros, “*tamquam ethnici et publican*”...

- ¡No, Paco! ¡Aunque tuviera que renunciar a esta sotana por hacer caridad!... No dejes de contestar a mis cartas... ¡Te seguiré hasta la muerte! ¡Si algún día te pusieras enfermo y me necesitas, llámame! ¡Vendré desde el fin del mundo! ¡Adiós!

## ORGÍAS DE SANTIDAD

Hospital, en algunas naciones, ha venido a ser algo así como línea fronteriza del dolor y de la muerte de los pobres. Dentro de sus límites geográficos humanos es confinada la miseria de los abandonados, de los desheredados y de los que no pueden. En España también los ricos mueren, como en todas partes, pero sus muertes las dora exteriormente el confort de clínicas costosas, o de atenciones bien remuneradas en sus confortables mansiones. A ningún rico se le arroja –ni se deja arrojar él- a un hospital.

El suburbio del Padre Barriadas era una geografía de menesterosos. Obreros pobres, gitanos, vagos, maleantes y prostitutas... Y todos sujetos, naturalmente, a los posibles zarpazos de la enfermedad, esa ave agorera del dolor, que en donde más carroña de miseria encuentra, más clava allí sus garras y despiltrafa con su pico corvo.

Entre los proyectos benéficos de don Gabriel Incera, fue el hospital tanto como el primero. Pero tuvo que ir dejando paso a otros y contentarse con el botiquín de un dispensario de urgencia. Para una escuela, para una capilla, se puede requisar personal de más o menos categoría profesional que, mal que bien, lleve las cosas adelante. Y los frutos para vivos sanos siempre son más rentables de estimación que los de vivos enfermos, con los cuales, los desvelos filántropos o caritativos se quedan, en fin de cuentas, a la larga o a la corta, enterrados con las mismas paletadas de tierra que acaban cubriendo sus cadáveres en los cementerios. Por eso, aunque se encontrase alguna enfermera o monja de caridad sacrificada para poner inyecciones o vendajes, el elemento médico competente y variado resulta un artículo de lujo tal que, más que la edificación material, suele ser su defecto motivo aún más eficiente para la imposibilidad de organización de tales nosocomios benéficos. Porque eso de que la Medicina es una vocación, un segundo sacerdocio, será muy bonito para páginas literarias, pero no para trabajar sin cobrar emolumentos.

Y luego, que en una capilla se reza igual sin bancos. Una escuela, con cuatro tablas y un encerado, se amuebla. Pero un hospital sin el material clínico más indispensable y sin camas, sería simplemente un nicho grande de cementerio. Para nicho, le basta a cada cual su sepultura.

Por todas esas razones, el Padre Barriadas tardó en poner un hospitalillo en su suburbio, bastante más de lo que hubiera deseado. Hora ya lo tiene. Es un edificio sencillísimo de dos plantas. En la de abajo, está la habitación de rayos, el quirófano y la odontología. También la cocina y tres departamentos para el personal sanitario, con otro a la entrada para las consultas. En todo lo demás de esta planta, como en toda la de arriba, que no es más que un salón con columnas en medio y un pasillo-galería, no hay más que camas. Unas cincuenta camas de metal, todas ocupadas siempre,

pues en cuanto muera alguno o se le echa -hay que echarlos; ninguno se quiere marchar- con el alta de curación, ya están en fila esperando otros varios para ocupar el lecho vacío.

¿Qué de dónde ha sacado el dinero el Padre Barriadas para todo este material? Ahora la cuestión dinero ya no es como en los principios. Su fama cefalópoda tiene, por medio de la prensa, la radio y alguna vez, hasta por televisión, sus tentáculos por todos los rincones de la península, y con las ventosas de sus tentáculos va succionando ayudas. La vanidad humana es tal, que busca hasta la plataforma de la miseria para exhibirse. Aunque para decir verdad, no todo le ha venido, ni mucho menos, buscando su exhibicionismo, sino, mucho, bajo el anonimato de la caridad. Él tiene, sin embargo, su teoría: El dinero y los buenos consejos, aunque sean del diablo... Hasta del Estado ha conseguido importantes ayudas, que los organismos estatales, cuando ven el fruto, no suelen quedarse atrás.

Lo difícil, lo tremendamente difícil ha sido lo referente al personal sanitario. Allí hay que venir por amor al arte -él no quiere que se diga por caridad, pues a algunos puede sonarle a olor a sacristía la palabreja- y los médicos y las enfermeras tienen que ganar para vivir. Él no puede pagar como exige la sociedad burocratizada. Aunque venga ahora más dinero, se va en medicinas, comidas, etc., y hay otros muchos agujeros que tapar en todo aquel conglomerado suburbial. Lo único que ha conseguido de un modo permanente es que dos Hermanas de la Caridad del Clínico provincial, se vengán turnando mensualmente con otras dos. Ellas son las que han venido llevando el hospital desde los primeros meses de su puesta en marcha.

Hasta que al fin se ha arreglado todo. Todo no, pero sí en gran parte y del modo más inesperado. De tal manera, que puede decir que lo del hospital ha dejado de ser quebradero de cabeza. Bueno... Eso se lo figuró él así en un principio. De hecho, lo que pareció solución y lo fue momentánea por unos años, estuvo por dar al traste con su obra. Con su obra y con él, por las resonancias, que tuvo en ámbitos muy extensos. Las ironías de la vida son inexplicables. Dicen, que ya Napoleón se quejaba de que un grano de arena le había impedido conquistar el mundo, después de haberse paseado triunfante por sobre las alturas de suntuosos palacios reales y poderosas naciones. Al tesorero Padre Barriadas no lo abatirán tempestades, pero un simple resbalón, un resbalón prosaico y sin gloria, le iba a hacer partirse la crisma.

Dejemos sin embargo al tiempo, que vaya colocando acontecimientos en los encasillados que le corresponden, sin desordenarlos embarulladamente.

¡Cualquiera dominaba ahora al Padre Jorge Dalmau! ¡Y lo gracioso de su caso era, que había en todas sus actuaciones una impronta de misticismo y espiritualidad que, en un plebiscito popular, seguramente hubiera

escalado en vida al peana de un altar. Pero que se lo preguntasen a sus superiores. Él, si se había hecho médico, no era para estar sacando muelas y limpiándoles el sarro a los viejos o jóvenes del escolasticado. Y la verdad, a ver quién es el majo que se atreve a decir lo contrario. Sus argumentaciones las lleva por elementales carriles de la lógica para avalar su situación. El sacerdote está para los hombres. Así, los que dentro de su orden predicán, están para eso, y se pasan predicando fuera del convento la mayor parte del año. Argumenta que, el mismo Padre Vázquez ya vive más para el ministerio de fuera que para su clase, a la que ha dejado reducida a un curso de tres meses al año. Si él es el médico, el único médico de su orden, tal vez de los contados sacerdotes médicos del mundo, por qué va a estar en el convento, dejando que se apolillen sus conocimientos galénicos. Clases de Teología, pueden darlas muchos. Curar, sólo él. De ahí que, aparte de un curso de Moral relacionado con su nueva formación, que no cuenten dentro del convento con él. Su actuación sacerdotal está en el ejercicio de la Medicina. Ya es hora de que la obediencia de los conventos respete el propio carisma de cada uno. Es la única manera de hacerla activa y responsable. Lucha sin reñir y acaba consiguiendo que le dejen, por imposible, hacer lo que a él le dé la gana. Y avala sus caprichos con alta doctrina de espiritualidad: Los sacerdotes tienen que dar testimonio en medio de un mundo de trabajadores, tienen que vivir de su trabajo, como San Pablo.

Al Padre Barriadas le vino de perlas este rebelde con aureola de santo. En realidad, él fue quien le metió la idea en la cabeza, machacándosela con insistencia apenas vino al escolasticado, doctorado en Medicina. Y ya sabemos que el Padre Barriadas no conocía los eufemismos, porque en el suburbio había que llamar a las cosas por su nombre. Él hablaba siempre a mazazos:

- ¡A ustedes, los frailes, hay que hacerles un lavado de cerebro!

- ¿Por qué?

- El único algo inteligente que tienen, es el Pare Vázquez. Algo de él he conseguido con su club. Me acuerdo de la vez que fui a su convento, hace años, esperando sacar algo en limpio. ¡Inútil! Desde aquella conferencia que di, parece que me han tomado por un loco... ¡Escondeos, maricones, que os voy a comer! Ya no me han dejado volver.

- ¡Bueno! ¡Eso será alguno! ¡Pero aquí estamos otros dispuestos a colaborar!

- ¡Con tal de que no nos resulten después ranas, como Seguro! ¡Saben poco de mundología!... ¡Puestos en peligro, los atrapa cualquier hija de Putifar!

- ¡No lo dirá por mí, don Gabriel, que entré ya de mayor! Además: Lo de Seguro... ¡Tal vez ha demostrado ser más hombre, que muchos de los que quedan dentro por miedo!



- ¡Vamos a ver usted!

- ¡A mí no me pida colocar ladrillos, que de eso, ni idea! -Y el Padre Dalmau extendía sus manos finas, blancas, aristocráticas, delante de don Gabriel-. Pídame lo mío!...

- Pues, ¿a qué cree que vengo? ¡Y conste que la primera idea ha sido del Padre Vázquez! ¡Él me la sugirió, cuando usted todavía estaba en la Facultad!

La participación del Padre Dalmau, al principio, se redujo a consultas del dispensario. Sus clases en el escolasticado no le dejaban tiempo para más. Entre idas y venidas al suburbio empleaba más tiempo que el de su estancia en él. Pero ahora, que ha logrado emanciparse completamente de las clases, ya ni vive en el convento. Está más tiempo en el suburbio, si cabe, que mismo Padre Barriadas. Se diría un fraile exclaustado, aunque el arroyo económico lo sigue teniendo de su orden. Trabaja, no se puede negar. Lo mismo extrae una muela, que un feto en una cesárea.

Y no está solo. En su carisma entraba no sólo hacer las cosas como le daba la gana, sino otro, que cultivó durante sus últimos años de estudio: Su melosidad atraía en su entorno a su persona un revuelo del sexo femíneo, al que el Padre Barriadas llama, sin que, por supuesto, el Padre Dalmau se entere, “enjambre”. Un grupo de ocho o diez señoritas, que venían de la ciudad, y hasta algunas moraban habitualmente en el hospital como enfermeras caritativas.

Al Padre Barriadas eso no le importaba lo más mínimo. En alguna ocasión le vino, en plan de consulta indagadora, una carta del Padre Rector de Dalmau. Temiendo, sin duda, que si dijera lo que de verdad sentía, pues no era tonto, le quitaran aquella ayuda de su obra, mintió como un bellaco. Para él y para los pocos que en el suburbio entendían de esas cosas, era motivo de edificación la entrega a la caridad del Padre Dalmau de su grupo de colaboradoras, que, más que señoritas seculares, parecían una comunidad carmelita, dirigida por el aliento profético de un Padre Gracián o de San Juan de la Cruz. Podía haber profanado más la comparación si hubiera añadido que, entre ellas, pasaba temporadas enteras una rubia americana imponente, que vivía, mientras estaba, en uno de los departamentos bajos del hospital, y que era como Santa Teresa más ligada espiritualmente al santo director. Pero cuanto menos lo meneara, mejor. Que ya una de las monjas vino en cierta ocasión quejándose de algunas actitudes de la americana... Era, por lo visto, estudiante de Medicina y venía a hacer prácticas a aquel hospital, valiéndose de la amistad que le ligaba al Padre Dalmau. El Padre Barriadas despidió a cajas destempladas a la suspicaz Hermana. A él, con tal de que atiende a lo enfermos, en la vida privada, que cada cual se las arregle como le dé la gana. Por eso, aunque resultaran ridículas aquellas reuniones, que periódicamente tienen las jóvenes féminas

aquellas por las noches en su misma iglesia, a puertas cerradas, le deja la llave al Padre Dalmau, para que haga lo que quiera.

No porque a él, al atareado Padre Barriadas, que tiene otras cosas más importantes en qué pensar, no le haya picado también en cierta ocasión la curiosidad después de dos años, más o menos, de la actividad en su suburbio de aquel galeno con sotana. Un día, mejor, una noche, no la pudo aguantar. Cuando el “rebañito” está en la iglesia en torno a su pastor, ha entrado sigilosamente por la puerta de la sacristía -en lo que hace de sacristía-, y se ha puesto a escuchar. A escuchar y ver desde la oscuridad, atisbando silencioso por detrás de la puerta algo entreabierta. Son siete señoritas, sentadas en los primeros bancos. Están tan concentradas, tan extáticas, que, más que personas, parecen estatuas sedentes, como esas del románico, a las cuales parece que alguien les robara la vida. ¡Detrás de una mesa-altar, cara a ellas, revestido de ornamentos sagrados y diciendo Misa -¿Misa?-, el Padre Dalmau! ¡Misa a aquellas horas, a las doce de la noche! Bueno: Estos que han andado estudiando teologías por el extranjero... No es que le diera importancia mayor a tal ágape eucarístico. Sólo que... Hasta pensó: Vaya por las Misas que yo no digo.

Lo que le sacó ya de toda duda de lo que a él, según creía recordar de cuando estudiara en el seminario mayor la Historia de la Iglesia, le hizo pensar en un molinosismo completamente morboso, fue la plática. ¡Qué plática!

“Hijitas mías!...”

Hablaba bajito, muy bajito. Como si temiera ser escuchado. Hablaba de la Asociación espiritual, que tenían, al parecer, en secreto, y de la cual nadie debería enterarse, por ahora. Mucho menos, el obispo, pues en las fundaciones de las congregaciones religiosas, no pocas indiscreciones de celo ocasionaron peligros de su disolución. Ya se convertiría en árbol frondoso y entonces podrían ofrecer sus frutos maduros a la Iglesia.

Y hablaba, sobre toso, de Amor:

“¡Amor!... ¡Este ha de ser nuestro lazo íntimo de unión! ¡Amor grande, amor intenso! Amor cuya máxima expresión humana tiene su cauce en el santo matrimonio. ¡Instituyamos entre nosotros verdaderos lazos matrimoniales, que nos unan, para de esa manera convertir la triste morada de la tierra en antesala del reino del verdadero amor, el cielo! ¡Hijitas mías: Yo he cargado sobre mis hombros la gravísima responsabilidad de llevaros hasta las cumbres de la santidad. ¡Confíad en mí! ¡Contadme vuestras penas y alegrías! ¡Ellas serán mis alegrías y mis penas!”

No faltó -claro, tenía que ser así- la confirmación con pruebas de orden médico pedagógico. Y ello para probar que, entre el director espiritual y su dirigida, si ésta quiere avanzar en la ascesis mística, tienen que llegar a verdadero matrimonio, desmitificando el tabú del sexo, al cual los humanos le dan un sentido tan grosero. Él y ellas trabajaban con cuerpos enfermos, la carne; la veían, la palpaban, y sin embargo, aquella carne era la escala hasta Dios de su trabajo meritorio. La carne no era mala. Es, incluso, semilla de resurrección. ¿Por qué no convertirla ahora en semilla de resurrección de amor?

Aquí el Padre Barriadas ya apartó su mente de Molinos para traerla más hasta nuestros días: Hasta Rasputín ¿No sería aquel un Rasputín en miniatura?

“Veo con satisfacción, hijitas mías, vuestros adelantos en los tres años que lleva nuestra Asociación. Trabajáis ahora con enfermos como verdaderas mártires de la caridad y son bendecidos vuestros trabajos con frutos de santidad. ¡Nosotros le daremos al mundo una santidad nueva! ¡Una santidad buscada y conseguida por nuevos e insospechados caminos! Por eso, creo que ya va llegando el momento de que, en el secreto, que ni entre vosotras ha de mezclar la impureza de la curiosidad por los adelantos de la hermana, vaya declarándole a cada una el carisma especial, que el Espíritu Santo me dicta para ella. Hoy por hoy, sólo le está reservada la entrada a este huerto místico a la hermana Carmela. Animaos las demás a emular santamente su entrega sin reservas a la acción santificadora del Espíritu”.

La “acción santificadora” seguida a continuación, dentro de su teatralidad, fue toda ella revestida de halo de misterio. Al mandato del oferente, Carmela se adelantó hasta el altar. El Padre Barriadas contuvo la respiración.

“... Tu carne está purificada... ¡Qué mejor ofrenda para el Altísimo...”

¡No podía ser! ¡Aquello!... –Al Padre Barriadas se le saltaban los ojos de las órbitas-. ¡Se desnudaba!... ¡Totalmente! Colocada cual largo era, supina, sobre la mesa del altar... Silencio. Dalmau incensaba aquella “hostia” de carne purificada... Ojos y brazos abiertos en gesto de elevación.

“Recibe, Padre, esta carne que tú hiciste, en la que habita un soplo de tu divinidad... Con más nobleza que el trigo, puede

aspirar a ser tu morada en la tierra en sacrificial consagración...  
ESTE CUERPO ES DE CRISTO. Cuando a él se junta por amor,  
participa de Dios...”

Al acabar el ágape nocturno aquel y desde el mismo altar, las despidió, deseándoles una noche feliz. Las últimas palabras que dijo, fueron:

“Que la hermana Carmela se quede. Hoy le toca a ella la cuenta de conciencia”.

El Padre Barriadas salió rápidamente por la puerta exterior de la sacristía, cerrando con su llave, para no ser sorprendido en su atalaya. Aquello fue para él toda una revelación. Un enjambre de pensamientos sospechosos, como gusanos de fetidez, rebullían en su cabeza. De lo podrido de lo que ya no había duda, era aquello último. ¿Para qué demonios le mandaría quedar allí a la Carmela aquella, a solas, de noche? ¡Ni que la alta, flaca y pálida moza fuera una mística estigmatizada! ¡Hum!... La conclusión de toda aquella parodia eucarística, imponía su lógica. Si a aquello lo había llamado de Cristo, ¿no se quedarían solos para la comunión?... ¿Sería posible? Pues aquel “*toties quoties coram Sanctissimo*”, sacrílego, que él se sospechaba -¿se sospechaba? ¡No! ¡Estaba seguro!- del iluminista aquel, que acababa de defender, que la unión suprema entre un director espiritual y su dirigida se verifica en la entrega de modo matrimonial, no estaba indulgiado. Entendía que un cura fuera débil, como hombre, y anduviera con mujeres. Que Seguro la hubiera dado un patinazo de un modo natural. Ni de él mismo estaba seguro, pues no era de piedra, y ocasiones tenía, como cuando Rose Mary se ponía de luna, que sus cautelas tenía que tener. Llegaba, incluso, hasta no estar del todo conforme con la ley eclesiástica del celibato, y por eso, porque no se callaba, más de un compañero pudo pensar que era un obsceno. Pero él, el loco Padre Barriadas, se tenía por más hombre y pensaba, que el acceso a la mujer, no podía ir más que por caminos legales. Como que si lo permitieran, y así lo decía, no negaría él que buscaría una mujer como ayuda. Cuando dijo esto un día entre un grupo de sacerdotes, hubo quienes se rieron a carcajadas. Fueron los que estando al lado de uno de ellos, le oyeron a éste ronronear por lo bajo: Eso sería si hubiese una loca que te aguantase.

Pero de este modo... Claro que, mientras hubiese aquel secreto en torno a toda aquella iluminista asociación, a él, que le llevaran adelante el hospital. Lo malo es si de esto salía afuera algún brote delator... ¡Le partía la!...

Alguna vez, sin embargo, todavía se le escapaban alusiones con su verbo directo. Un día por poco remuerde la lengua al acabarlo de decir.

Porque fue precisamente a un fraile de la orden del Padre Dalmau. Aunque el Padre Vázquez era de confianza y, además, parecía que conocía bastante bien a su compañero de hábito. Se veía, sin embargo, que, siempre que el Padre Barriadas le decía cosas peyorativas de él, trataba de excusarlo, como ocultando lo que podía. Al fin y al cabo a nadie le agrada que le hablen mal de los de su casa.

- Bueno, don Gabriel: Mejor es no dar crédito a habladurías, aunque concedo que tal vez tenga usted algo de razón!

- ¿Algo? ¡Toda!

- Es que estos de vocación tardía se santifican a su modo. Traen de la calle sus módulos de santidad un poco raros a veces.

-¿Sólo un poco? ¡A mí, los demasiado místicos, no me gustan ni un pelo ¡Lo mismo ponen los ojos en blanco delante de la Virgen, que dejan a una virgen sin virginidad!

El Padre Vázquez rió el retruécano:

- ¡Que cosas tiene, don Gabriel!

Las cosas de don Gabriel, ni más ni menos, eran las que tenía que tener el Padre Vázquez. Pero hay cosas que ya no son cosas: dejan de ser cosas desde que no se pueden contrastar con las demás, porque un secreto, que en lenguaje técnico se llama sigilo sacramental, les cierra toda posibilidad de contraste. Y en la mente del Padre Vázquez podían estar bullendo también en aquel instante, aunque adoptase aquel semblante de no enterado. Pero como si no. Desde luego, en la del Padre Barriadas, si en ocasiones como éstas a esas cosas se les veía el plumero, era porque no todas ellas pertenecían al depósito de ese sagrado sigilo. Con él tenían confianza ya de sobra sus feligreses del suburbio para contarle cosas en su despacho. De ahí que supiera, por ejemplo, que su médico cura, él sabría con qué fines prácticos, cuando ponía ante sí en la pantalla de rayos a algunas mujeres, aunque no fuera más que para mirarles el tórax, las mandaba desnudar del todo. Por eso no se extrañaba que la conversación de una madre, con su hija de diecinueve años, a la cual diagnosticó el Padre Dalmau una mancha en un pulmón al verla por los rayos, se la figurase el mismo Padre Barriadas, por lo que a él en su despacho después confidencialmente referido, más o menos de esta manera:

- ¿Por qué gritaste, hija, al quedarte a oscuras?

- ¡Porque ese médico es un sinvergüenza!

- ¡Además, estaba yo allí contigo! Si tenía que mirarte por rayos, era natural que te mandara desnudar.

- ¡Sí, pero!...

A ver quién es el guapo capaz de impedir que, después, ante la mente del Padre Barriadas, fulgure un bisturí cortante, como los de su hospital, para acabar su conversación con el Padre Vázquez de esta manera:

- ¡Yo, a un médico, que se sirve de su profesión para ser un mujeriego, o a un cura, que aprovecha la intimidad de su ministerio para llevar vida de sátiro, lo castraba, sin más!

¿Qué haría con quien, siendo cura y médico al mismo tiempo, le diera motivos para pensar de él todo eso? El Padre Vázquez lo echaba por el camino de la broma cuando le replicaba:

- ¡Vamos, don Gabriel, que lo van a usted a hacer hermano mayor de la “*cofradía del puñale!*”!

¿Bromas?... ¡Sí; pero, ya, ya!...

## LA NOCHE TRISTE

“...Sé que no merezco ser atendida. Marché sin decirle nada, me metió mucho miedo y me dio rabia lo del suburbio. Pero estoy segura de que no me desampará.

¡Ayúdeme, Padre, ayúdeme, que lo necesito mucho! Confío en usted...”

Después de dos años largos sin saber nada de ella, aquella carta de Maribel cogió al Padre Vázquez de sorpresa. En otro tiempo le hubiera extrañado lo que en ella le contaba de su vida. Ahora ya no se extraña de nada que acontezca bajo el sol. Cualquiera cosa es posible en la vida de los hombres y de las mujeres! Los cambios de actitudes más divergentes que el que hoy es un santo, sea mañana un criminal, aunque en la historia hayan llamado más la atención los Dimas. Sería leyenda, pero pudo ser verdad: que el mismo que posó de modelo, con un semblante de bondad ante Leonardo da Vinci, para pintar la figura inefable del Jesús de su Última Cena, años más tarde, después de una vida de crápula, le sirvió para esbozar al traidor Judas. Y que un desfallecimiento o su anverso, un arrebató pietista, a una mujer neurópata, tan pronto la dejen sumida en depresión de desesperación, como que la lleven a comerse los santos de los altares.

Por eso, si es verdad que le sorprendió la carta, no le extrañó su contenido. Maribel era un tipo de histérica. Incluso había que aplicarle otro patrón de responsabilidades morales, distinto del normal de las personas sanas. Ahora, por lo que se desprendía de su carta, llevaba unos días en casa de su hermana: aquella hermana a la que, según ella, odiaba y a la que seguía odiando. Era la única casa que tenía en su villa natal, la que heredaron de sus padres muertos, y mientras no tuviera trabajo, tenía que

estar en aquel “infierno”. Porque, al trabajo en que había estado empleada durante año y medio de los dos de su ausencia, y que el Padre Vázquez ignoró, no quería volver. Se metió en él, según ella, desesperada, por necesidad imperiosa de la vida, y esa actividad desenfrenada de prostitución fue lo que alteró de tal modo sus nervios y todo su psiquismo, que tuvieron que internarla en un sanatorio psiquiátrico, del cual acababa ahora de salir. Por eso le escribía.

El Padre Vázquez pensó, que eso de sanatorio, lo mismo pudo ser un reformatorio de los de la protección de la mujer. Se acordó inmediatamente de la facilidad pasmosa que Maribel tenía para urdir mentiras. Hasta tal vez, todo aquel tinglado folletinesco relatado en la carta, no existiera más que en la mente calenturienta de Maribel, porque había, en el escrito desgarrado, cosas que no se compaginaban del todo con la Fisiología: Prostitución desenfrenada y un aborto. ¡Una niña hermosísima! ¡Que la había deshecho antes de nacer! Maribel se ve que había leído literatura de quiosco, pero de Paidología puerperal no tenía ni idea. Pudiendo ser verdad el fondo de todo aquello, mentía sin embargo desfigurando los hechos. Seguramente había vivido aquel tiempo, que ella decía, en la vida esa; si ahora pedía auxilio, era porque quería salir de la misma; si se la dejaba hundida, podía perderse todo definitivamente para ella.

El mismo día que recibió la de Maribel, escribió el Padre Vázquez sendas cartas a dos mujeres: Una, respuesta a Maribel. La otra, a la marquesa de Altas Torres. Esta Marquesa vivía a las afueras de su gran ciudad, en una mansión regia, de torre almenada, con fondo de sierra sobre el marco de sus amplios ventanales. El Padre Vázquez tenía mucho trato con ella, por haber ido varias veces a predicar a los colonos de su gran finca, “Altas Torres”, de cerca de tres mil hectáreas. Siempre que, o por motivo de sus desplazamientos apostólicos, o en viajes de sus periódicas vacaciones veraniegas, pasaba por la ciudad aquella, se hospedaba con toda confianza en casa de la Marquesa. Era esta, viuda, ya de edad y sin descendencia. Y en torno a tal clase de personas, cuando las arrugas y las canas las van empujando hacia las puertas de la salida de la vida, suelen acercárseles, mariposeando, una pléyade de sobrinos y no sobrinos. Entre estos no sobrinos, y, desde luego, con tanto o más derecho que los interesados de las líneas consanguíneas, pues por lo menos les prestan el calor de consuelos espirituales, se cuentan los que, en conventos, fían su subsistencia a la Divina Providencia. No pocas viudas ricas, a su muerte, han sido los canales por los que Ésta ha solucionado, con pingües legados, la indigencia de un monasterio femenino de clausura, o apuntalado fuertemente las obras benéficosociales de religiosos, celosos del bien de la humanidad. Como que en al residencia del Padre Vázquez había un fraile socarrón, que decía que rezaba todos los días un Padrenuestro para que se murieran pronto las viudas ricas, pues eran la solución de los conventos.

A esta señora no le pidió el Padre Vázquez solucionar problema ninguno de conventos, sino el de una joven, Maribel, que se encontraba en un momento difícil espiritual y económico. Para avalar la súplica, el Padre Vázquez le añadió que se trataba de una “prima” de él. Y ya, sin poner en su carta más cosas ajenas a la verdad, que lo del parentesco, le decía que para trabajos humildes no valía, pues era joven de cierta cultura por sus estudios, y de indudable finura. A su caridad encomendaba esta obra. Suplicaba urgente solución.

La carta a Maribel fue para infundirle ánimo y esperanza, ofreciéndole su influencia en lo que pudiera y hablándole de la gestión que, ese mismo día, hacía ante la Marquesa de Altas Torres. En caso de que resultase satisfactoria, tendría que desplazarse lejos, pero, dada su situación anímica actual, hasta un cambio total de clima podría serle saludable.

“Me parece adivinar en ti, por tu carta, depresión de derrota. Maribel: Tú no tienes esa responsabilidad con que pareces atormentarte. Te lo digo yo, Tranquilízate. Es la primera condición para tu total curación...”

Después le hablaba de las dotes de que estaba adornada la Marquesa. Sería maravilloso si ella misma pudiera ofrecerle colocación en su casa.

La contestación de Maribel llegó antes que la de la Marquesa. La apertura y comprensión del amplio corazón del Padre Vázquez le dio confianza para más, como se deduce de otras declaraciones de su carta:

“...En cuanto a que tenga responsabilidad o no de mis actos, me trae sin cuidado. Sólo sé que soy una desgraciada y quiero disfrutar de la vida. Pero no por el canino que le dije fue el mío ese año y medio. ¡Aborrezco a los hombres, que me han explotado! Ahora la felicidad la quiero encontrar en mí. La carne tiene sus exigencias... Yo le doy las que me pide. Ya sé que usted no aprobará, de ninguna manera, el que hasta siete o nueve veces al día acceda a sus peticiones. ¿Qué mal hay en ello! Y, aunque lo hubiera, a mí me da igual...”

El Padre Vázquez comprendió que Maribel era una ninfómana en grado agudo. Su mal estaba sin duda exacerbado por psiquismo actual de derrota y confinamiento en casa de su hermana. Había que activar la consecución de un ambiente de victoria en ella.

Gracias a Dios, la carta de la señora Marquesa hizo columbrar albores luminosos y esperanzadores de triunfo.

Agradeciendo la confianza que el Padre Vázquez depositaba en ella, le manifestaba, que aquella oferta le venía como al niño al dedo. Acababa de quedarse sin señorita de compañía y, tratándose de una “prima” de él, no



faltaba más; tenía que parecersele en el espíritu de laboriosidad. Le rogaba que se la enviase cuanto antes.

Con una conferencia telefónica a Maribel, todo quedó arreglado definitivamente en unos momentos. Debía desplazarse pronto el Padre Vázquez a la misma ciudad, morada habitual de la señora Marquesa, con motivo de dirigir unos ejercicios espirituales a una comunidad de religiosas. Aprovechando esta ocasión, él mismo acompañaría y presentaría a Maribel a la señora Marquesa. Le dijo el día en que, en la estación de..., se esperarían el uno al otro, para empalmar en el tren y hacer el viaje juntos.

Las últimas palabras de Maribel, que el hilo telefónico le metió por el auricular en la oreja fueron:

- ¡Que llegue pronto ese día! ¡Ya no aguanto más a la bruja de mi hermana! Además: Tengo muchas ganas de verle a usted.

La alegría que Maribel sintió al ver al Padre Vázquez en la escalerilla del tren fue desbordante. La exteriorizó, primero corriendo por el andén hacia él y después, cogiéndole efusiva la mano y besándosela tres o cuatro veces con exaltación.

- ¡Cuánto tiempo, Padre! ¡Usted sigue igual!

- ¿Qué tal has llegado?

- ¡Bien! ¡Ya tengo sacados los billetes para los dos! ¡En primera!

- ¿Cómo?

- ¡Si, Padre! Es el último dinero que me quedaba del pecado. Ahora comenzaré de nuevo a ganarlo limpiamente.

- ¡Bueno. Después arreglaremos cuentas!

El campo, a través de las ventanillas, iba matizando las pupilas ora de vastos horizontes verdes, ora de obscuras angosturas de gollete, por las que se filtraba atronadora al serpiente de hierro. Llevaban ya varias horas de viaje y la monotonía del traqueteo, siempre igual, iba dejando su impronta de somnolencia dentro del departamento en que viajaban el Padre Vázquez y Maribel. El primer rato no fue así. El encuentro con el Padre, al quedarse con él sola en el departamento, fue como el descorcharse de una botella de champán. Borbollones y rápidas fueron saliendo las burbujas de su incontenible gozo con los relatos más vivos de aquella ausencia, haciendo constantes alusiones a lo que ya en las dos cartas anteriores le había servido, como primicia informativa. El Padre Vázquez la escuchaba sin hacer apenas comentarios a sus narraciones.

- ¡Fui asesina de mi hija! ¡Yo hubiera querido tener una niña, sí! Pero si llego a tenerla, hubiera sido tan desdichada como yo. Además: Que Chema se empeñó en decir que no era de él. ¡Y estoy segura de que era de él! Aquella temporada fui solo con él. Bueno: pudo de haber sido de otro

futbolista. Los que más venían eran futbolistas. Pagaban bien, pues, sobre toso los de primera, tienen buenos sueldos. Chema veía más veces que ninguno. Decía que le gustaba yo mucho. Desde entonces, me dejó. ¡Yo la tuve que deshacer! ¡A ver!

El Padre Vázquez oía y callaba. No se trataba en aquel momento de condenar acciones pasadas.

El tren pasaba veloz por la estaciones pequeñas de los pueblos, sin detenerse. Al enfilarse y desenfilarse agujas, chirriaba y se balanceaba tanto, que parecía que quería salirse de aquellas cuchillas, que le hendían por debajo. En estaciones más importantes paraba unos momentos. Se filtraba por los huecos de las ventanas y se alargaba por los pasillos el barullo de los que subían, bajaban o corrían por los andenes. El ruido humano principal escoraba hacia vagones de tercera, y bastante, a los de segunda. Los de primera iban mucho más pacíficos. Si algún viajero subía, iba por el pasillo buscando departamento libre. Durante el viaje, varios fueron los que se asomaron, o viraron simplemente la vista hacia el que llevaba a nuestros interlocutores. Pero una sotana de cura, en un departamento de tren, es un espantapájaros más eficaz para hacer huir rápidamente hacia otros lares. Y no faltó el de sonrisita maliciosa a través del cristal. Al Padre Vázquez eso le traía sin cuidado, pues era una de su tesis que, el que es sinvergüenza, lo demuestra creyendo como él a los demás. Él no tenía nada que ocultar y allí estaban otros cuatro asientos vacíos más para los que quisieran entrar.

- Maribel, se me está ocurriendo una cosa.

- Diga, Padre.

- ¡Que yo, a la señora Marquesa le he dicho que eres mi “prima”! Delante de ella tenemos que hacer el papel de familiares.

- ¡Huy qué alegría! ¡Un primo cura! ¡Cuánto me gustaría! ¡Y usted, sobre todo! El capellán del sanatorio me llamaba su nietecita. Yo iba muchas veces a su habitación y me ponía de pie junto a él. Él, sentado, me cogía y me tendía abrazada un rato largo. Me besaba. Y también... ¡Sí, estoy segura, que yo de eso ahora entiendo mucho!... Pero era muy ancianito el pobre y muy bueno... ¿Por qué no le iba yo a dejar que él disfrutara un poco? ¿No le parece? Por lo menos él no era un cerdo, como los futbolistas, y nunca me insinuó cosas mayores...

El Padre Vázquez se hizo el desentendido y volvió a coger el hilo de su anterior proposición:

- Así que, a ver ¿eh?, cómo haces de parienta mía.

- ¿Y cómo?

- ¡Muy sencillo! Me llamo José Vázquez. Delante de la Marquesa llámame Pepe y de tú.

- ¡Huy, qué alegría, Padre, digo..., Pepe! ¡Me tengo que ensayar!

Después, en breves rasgos, le contó algo de lo que era el pueblo en donde había nacido. De sus padres y hermanos. Le hizo repetir varias veces

los nombres de ellos par leerlos a punto, por si acaso. Sobre todo le dijo, que cuando se refiriera a su madre -a su tía-, hablara de lo piadosa y caritativa que siempre había sido: porque, además, era verdad. De sobra sabía el Padre Vázquez que la imaginación de Maribel haría todo lo demás.

- ¡Pepe: Qué suerte tan enorme habéis tenido los que habéis tenido una familia como la tuya! ¡Ojalá fuera de verdad la mía! -Maribel se puso entonces muy triste-. Yo me quedé huérfana de niña. A mi padre no lo conocí siquiera. ¡Si tu familia hubiera sido la mía, yo sería buena: hubiera sido como tú!

Maribel inclinó su cabeza, recostándola sobre el hombro de su improvisado primo.

- ¡Cómo te podré pagar tanta bondad!

- Siendo buena de ahora en adelante y no pensando más en tu pasado.

- ¡Lo primero, te lo prometo, primo! ¡Lo segundo, va ser tan difícil!...

El Padre Vázquez, en el intervalo de silencio que siguió a la ratificación de aquel supuesto parentesco, pensó en posibles consecuencias de la aventurada proposición. Total, nada. Iba a ser el rato que permaneciera delante de la Marquesa. Maribel hablaría después seguramente de su primo. Pero él, a tan larga distancia como iba a permanecer... De lo que se traba era de salvar a aquella chica, que se había cruzado en su actuación sacerdotal. Los puritanos moralistas dirían que aquello era una mentira; así como suena. No: aquello no era más que una añagaza intrascendente, como tantísimas que tienen que gastarse en su vida y relaciones sociales los humanos; que a nadie ofenden; que a muchos favorece, y a las cuales los moralistas, inventores de tantos nombres para denominar los males, ya podían bautizarlas con algún nombre cristiano con fonética de caridad.

Hoy, sin embargo, pasados los años, seguro que lo que el Padre Vázquez ha aprendido después, no se hace primo ni de Santa Teresa de Jesús.

Porque, además, de Maribel a Santa Teresa de Jesús... ¡Caramba con los!... ¡Sí! Mejor hubiera sido que aquellos malditos perros esperasen a que el crepúsculo inminente hubiera podido ocultarlos. Aunque ellos de eso de ocultarse no entienden, ni tienen por qué entender. Lo malo es que, copiando de ellos, otros y otras adopten por calles, jardines y trenes posiciones, que en nada se distancian de las que para los cánidos son lícitas efusiones sexuales perrunas. Al Padre Vázquez le hizo levantar la vista y la atención de su breviario un griterío, acompañado de silbidos y risotadas soeces, que hacia la vera derecha, la del pasillo, dominaba en aquellos momentos el mismo fragor del tren. En pleno campo, a no mucha distancia, dos canes estaban, como diría con pluma carpetovetónica el que, en su viaje a la Alcarria, no encontrara más que sexo y materia, bien que dulce alguna de ella, “amándose desafortadamente”. Bajó la vista fijándola de nuevo en el salterio. Pero, en la milésima de segundo de su descender hasta

el texto de lo divino, le dio en su pupila de refilón el rostro de Maribel, y no encontró en ella, ni mucho menos, nada de lo que él iba a buscar en el texto sagrado. Haciendo como que rezaba, volvió a mirarla de reojo. Maribel, mirada lejana, boca entreabierta, con el índice apoyado junto a la comisura derecha de sus labios, estaba fijándose, no había duda, en los dos canes.

La escena, coreada por el griterío gamberril hispano de los otros departamentos y vagones, duró poco. ¡Menos mal que el tren es ciego y no se detiene ni aunque se ponga un niño delante!

El Padre Vázquez siguió rezando. Maribel cerró los ojos y se acomodó laxa en el asiento muelle. Al poco rato, se levantó. Apoyó el pie en el asiento de enfrente, empinándose hasta lograr alcanzar una prenda suya, que iba doblada en el portaequipaje de arriba: una rebeca encarnada. Después se volvió a sentar. Extendió la rebeca sobre el regazo, quedándose con el brazo izquierdo extendido sobre el poyo contiguo y común al del Padre Vázquez. El brazo derecho, sobre el regazo, le quedó hasta más arriba del codo cubierto por la rebeca. Así pareció quedarse dormida. La cabeza inclinada hacia atrás. La línea de sus negras pestañas, arqueadas sobre sus párpados, se movía de vez en cuando levemente. El Padre Vázquez volvió a mirarla de reojo. Estaba guapa así: La palidez de su cara, entre el negro de de su cabello rizado, pudo hacerle pensar que no era del todo malo tener una prima guapa, aunque fuera postiza. Pero... ¿Sería posible?... Podía ser efecto del vaivén del tren... ¡No!... ¡Lo era! Sin duda, la visión anterior fue la que le dio el aldabonazo de llamada... Él rezaba mientras a su lado, ocultándole la rebeca, Maribel seguramente se masturbaba... "*Gloria Patri et Filio*"... Maribel se estremeció... "*Sicut erat in principio et nunc et Semper*"... En la boca entreabierta de la ninfómana el aire inspirado hizo tres o cuatro veces la glosa secreta del placer... Luego se quedó como yerta. Al poco rato estaba dormida de veras. La rebeca se le corrió y cayó al suelo. La mano aún seguía allí, delatora de que la sospecha del Padre Vázquez no había sido juicio temerario ninguno.

Era ya de noche. Ahora era la luz del tren la que por la ventanas metía en el campo, y al llegar a los pueblos, en las paredes de las casas cercanas, su lampo fugaz. Maribel hacía rato que se había despertado.

- ¿Queda mucho todavía, Pepe?

- ¡Poco ya!

- ¡Se aburre una!

- ¿Quieres que recemos el Rosario?

- ¿Rezar? -Maribel sonrió irónica- ¡No, Pepe! ¡Eso fue antes! ¡Ya se acabó para mí!

- ¡Pues vas a tener que disimular bastante en casa de la piadosísima Marquesa!

- Fingiré lo que pueda hasta llegar a tener con ella la misma confianza que contigo.

- Entonces voy a rezar yo solo por ti.

Y sacando el rosario del bolso de la sotana, se salió al pasillo.

Cuando, acabado el rezo, volvió al departamento, Maribel estaba llorando.

- Pero, ¿qué te pasa?, le preguntó sobresaltado.

- ¡Nada!

- ¡Sí, algo tienes!

- ¡No es nada! ¡Tengo ganas de llorar! ¡Déjame!

El Padre Vázquez respetando su pena la dejó que se desahogara. Llorando, también era guapa Maribel. ¡Lástima de chiquilla! En realidad, ¿qué culpa tenía ella de sus desventuras? Aquella inclinación morbosa, obsesionante por todo lo del sexo, a que derivaban casi siempre sus conversaciones, era otro de los signos de su desquiciamiento mental orgánico. ¡Ya lo creo que merecía la pena compadecerse de ella! ¡Ayudarla! ¡Hacer que el trabajo, con su distracción, viniera a ocupar los vacíos de su dolor! Y sintió en su alma la aprobación de su conciencia, que le decía que hacía muy bien, pero que muy bien, conduciéndola a la tierra de promisión, en donde podía iniciar su nueva regeneración. No son los correctivos los que a estas mujeres detienen en su deslizamiento hacia las profundidades de la perdición, sino la comprensión de sus debilidades. Por eso a Maribel seguramente le extrañaría que él, sacerdote al fin y al cabo, no le hubiera dirigido, ni en las cartas, ni durante todo el viaje, un solo reproche para el odio a su hermana, para su parricidio, para su prostitución, ni ahora, si se hubiera enterado, para su masturbación en que se había deleitado mientras él rezaba. ¿Quién era aquél que, hasta cuando ella lloraba, respetaba su llanto con su silencio? ¡Si así fueran los demás hombres! ¿Sería hombre el Padre Vázquez? ¡Sí, era su primo Pepe! ¡Pero no era su primo! ¡Ojalá lo fuera! Pero no: mejor que no lo fuera; que fuera sólo así, fingido. De otro modo, tal vez los lazos de la sangre, aunque ella fuera una perdida, hubieran atado los vuelos de su corazón. Porque ella, que en primer encuentro que tuvo hace años con el Padre Vázquez, aceptó su noble amistad con frialdad, casi diría, con displicencia, cada vez lo fue queriendo después más. Hoy le quería, le amaba. Ella nunca había amado así a ningún hombre, a pesar de haber entregado su cuerpo a tantos. Al Padre Vázquez sí, estaba segura. Era sacerdote. Pero eso para ella ya no contaba absolutamente nada. La solución de toda su tragedia interior estaba allí. ¡Si él lo comprendiera! ¡Eso era lo difícil! Algún día -ya representaría la ocasión- ella le diría cuánto le quería. Sabía que el Padre Vázquez movía toda su actividad en el mundo de lo sobrenatural. Eso era lo que le daba rabia. Pero si no fuera así, seguro que entonces sería como todos los demás hombres que se cebaron en ella. Y de este modo, ya no sería el

Padre Vázquez. Ahí estaba el misterioso dilema: amar porque no podía ser para él lo que le pedía el amor.

El tren llegó con retraso a la ciudad. Eran las once y media de la noche. Tomaron un taxi.

- ...número 272, la Quinta “Altas Torres”.

- ¡De acuerdo, Padre! La de la señora Marquesa, ¿no?

- ¡Exacto! ¿La conoce?

- Fui chófer de ella antes de tener este taxi. Por cierto. Hace seis o siete días la vi y la saludé en el puerto. Estaba con la muchacha. Embarcaban para Mallorca.

- ¿Cómo? ¿Entonces estará ausente?

- No sé. Quizá haya venido. Antes también hacía viajes allá. Tiene negocios, ¿sabe? Pero sus estancias en la isla nunca eran largas.

La Marques de Altas Torres no estaba en casa.

- ¿Y ahora?

El rostro de Maribel, al preguntar, lo vio el Padre Vázquez a la luz de los faros del taxi, demudado por la angustia. Él, sobreponiéndose al impacto y recobrando la serenidad, quiso tranquilizarla.

- ¡No te apures! Por de pronto, ahora a cenar y a descansar. Mañana, Dios dirá. ¡Señor taxista: a un hotel cercano, por favor!

- ¿Al Levante?

- ¡Cualquiera! La Marquesa, según nos dice este señor no puede tardar. En las monjas, mientras tanto, estarás tranquila. Ya le explicaré yo mañana a la Superiora...

- ¿Con monjas otra vez?

- ¡Mujer: Será por poco tiempo. Y estos días estaré yo allí predicando.

El Padre Vázquez estaba aquella noche ya durmiendo en su habitación individual del Hotel Levante, cuando unos golpes de llamada, dados a la puerta, le despertaron.

- ¿Quién?

A su voz bronca siguió el golpecito del interruptor eléctrico mientras encendía la luz. Por toda respuesta, los golpecitos a la puerta repetidos. Se levantó en pijama y se dirigió hacia la puerta. Arrimándose a ella, volvió a preguntar en voz baja:

- ¿Quién llama?

Una voz suave, sigilosa, sin timbre apenas le respondió:

- ¡Soy yo! ¡Ábreme, Pepe! ¡Tengo mucho miedo!

Maribel venía en bata y descalza desde su correspondiente habitación, que estaba una planta más arriba. Pasó dentro, mientras explicaba misteriosa, reflejando espanto en su rostro:

- ¡Hay ruido en la habitación de al lado a la mía! ¡Tengo mucho miedo!...

El Padre Vázquez refrenó el impulso de ira que le quiso subir a la lengua. ¡Vaya payasada! ¡Miedo! Con acento tranquilizador le contestó despacio:

- ¡Bueno..., mujer!... Pues... Lo único... ¿Qué número es tu habitación?

- La doscientos trece.

- Entonces, mira. Quédate tú aquí y yo me paso a la doscientos trece. Yo no tengo miedo.

De repente Maribel cambió todo su semblante. Se mimetizó: Brillo en sus ojos, gozo en los labios... Dio un paso hacia el Padre Vázquez:

- ¡Pepo! ¡Te quiero!

- ¡Maribel!

La exclamación sobresaltada del sacerdote, rápida, coincidía casi con el gesto de Maribel. Ésta, echando hacia atrás ambos brazos, dejaba caer al suelo la bata que la cubría y quedaba -¡oh aparición deslumbradora!- desnuda ante él. Llamada de carne ardiente, tembló el fulgor en sus pechos rotundos y la copa de ambas caderas rebosaba con el negro pelviano del placer de Venus. Quedó aturdido por el fogonazo, mientras dos lenguas de llama, dos brazos suaves, blandos, se entrelazaban por detrás de su cuello. Una boca anhelante, caliente, buscaba la suya indefensa.

- ¡Quiéreme!

- ¡Suelta!

- ¡Quiéreme! ¡Quiéreme del todo!

En un momento, el hombre sintió perfectamente en su carne, sobre el pijama, el bello pubiano de ella en el roce compulsivo frenético de masturbación sobre él. ¿Un golpe... ¡Maribel capaz escándalo!... ¡Horrible!... ¡Hotel noche sacerdote mujer periódico calle... todo!...

- ¡Anda sí...: acuéstate en mi cama!

Ella obedeció al instante con el gesto de su creído triunfo. Tumbándose muelle, quedó lánguida, los ojos cerrados y la cabeza inclinada, ofreciéndose toda.

Entre tanto, el Padre Vázquez metía con celeridad ambos pies en sus zapatos, cogía calcetines, descolgaba la sotana del perchero y abriendo y cerrando rápido la puerta de la habitación, se lanzaba hacia la penumbra del corredor. No miró, no, hacia atrás. De mirar, ¿Quién sabe si hubiera sido capaz de resistir la llama de aquel fuego que sobre la cama ardía? Ya en la escalera, se enfundó la sotana y se puso los calcetines, Recogiendo luego un poco el pijama por abajo, se echó a la calle, a la noche.

Pero la noche es impertérrita: Igual le da que uno se le arroje con fuego de más de cien pulsaciones -como el que llevaba en aquellos momentos el Padre Vázquez en su corazón-, como que se le paralice exánime a otro la vida por congelación. Ella sigue con su rueda de estrellas y de nubes, isócrona, rodando sobre montes, casas y jardines, sin detenerse un instante. A veces el viento silbará en sus radios y hasta los abofeteará con palmatos de lluvia o nieve. Otras, la calma suave, con temperatura agradable, parecerá facilitar su paso. Aún así éste, a la mayor parte de los mortales no les preocupará, porque sus horas las tiene enfundadas en negro y saturadas de miedos y secretos.

Un secreto para no comunicar a nadie, para devorarlo a solas, era el que en aquellos momentos, por la acera de la avenida adelante, llevaba el Padre Vázquez. Bajo los ojos de neón, su figura negra hubiera parecido rara a cualquier transeúnte. Algo insólito, sin duda, se el hizo a aquellos dos, o los que fueran, que hicieron sonar tres o cuatro veces el claxon del coche al pasar junto a él, como orquestando un insulto de burla.-¡C... malpensados!: ¡Si supierais que yo ahora mismo podía estar pasándolo bárbaramente, según vuestro léxico, y sin pagar!...-. Mejor hubieran pensado que aquel cura, a las dos de la noche intempestivas, iba o venía a dar o de dar los últimos sacramentos a un moribundo. Pero los que a esas horas andan en coche de noche, no piensan en sacramentos, ni en cosas que se les parezca. -Si hubiera por aquí cerca un parque para esconderse!...- En el primero que se puso al paso se internó. En cualquier rincón de él, en un banco o donde fuera, podía salir de los tiros de los contados suspicaces nocturnos. Ya llegaría la mañana. Necesitaba reposo par su agitación.

Aquí, en esta glorietta nemorosa, junto a este surtidor... Ya estaba sentado. No hacía frío. Así. De pronto... ¡Qué asco! ¡No aquí!... Tuvo que levantarse y huir. Ellos ni seguro que ni lo sintieron. Él sí que los vio. Detrás de un alibustre y en la penumbra, una pareja estaba haciendo sobre el césped lo que él, por sacerdote y por hombre decente, no quiso hacer con Maribel en la cama. En otro banco más abajo, después de cerciorarse con una mirada en derredor de que podía sentirse tranquilo, se acomodó.

Hubiera sido formidable que lo hubieran contemplado, no unos árboles y unas flores sin brillo de colores a aquellas horas, sino toda la ciudad. Un cura, que por no aprovecharse de la debilidad de una mujer, clava en el rincón de un jardín su silueta negra... ¡Es cosa bella! Pero que nadie crea que por toda la periferia épica, que el gesto del Padre Vázquez tiene en estos momentos, va a sentir el batir de unas alas de ángel moviendo a su ventalle los rosales y alibustres cercanos. El Padre Vázquez no es un ángel. ¡Es un hombre! Un hombre con carne, que al quedarse solo y querer poner un poco en orden sus pensamientos, siente en su interior el peso su responsabilidad y de su tragedia. ¡Y de su tentación!, porque todo hay que decirlo. En estos momentos... Ella... en mi cama... Yo... ocasión mejor...



¡Mamá supiera!... ¡No; nunca!... ¿Por qué me pasan a mí estas cosas?... ¡Vaya bobada... ¡Qué cuerpo!... Aquella carne luminosa, con el manchón pubiano y las lenguas envolventes de fuego de caderas, busto, senos y bazos, le estalla súbita dentro. ¡No!... ¿Reprenderla?... La pobre, bastante desgraciada... como si no hubiera pasado nada... La abrasa el placer... ¡Y qué manera de!...

Y otra vez el Padre Vázquez tenía que hacerse violencia para apartar su imaginación de la evocadora rápida escena lúbrica. ¡No es un ángel, no!

Iban pasando las horas. No lejos, un surtidor no cesaba de farfullar sus ininteligibles palabras nocturnas. Una hoja desprendida del árbol, que sobre el banco le da su sombra protectora, se le ha posado suavemente en la cabeza. ¿Será la pluma de un ángel? ¡Tonterías para versos! ¡Para poesía está él! No tiene más que ganas de que venga la mañana para volver al hotel, recoger a Maribel y llevarla a la residencia de las monjas a las que va a predicar los ejercicios, hasta que regrese la Marquesa.

La noria de sus pensamientos sigue girado. Llega, por un paralelismo inevitable, el cangilón que sube el agua del recuerdo de Ana. Una noche como ésta. Ella también huyó de la cama. Pero no para abrasarse entre llamas venéreas, sino para liberar a su cuerpo de las rojas de su dolorida sangre martirial. Por un momento le pareció que era tan desdichado como ella. ¿Desdichado, por qué? ¡De ninguna manera! Su dolor podía ser tan grande como el de Ana, pero por dentro de su hombría sacerdotal, le estaba resonando el triunfo de su victoria. Y a medida que la noche fue pasando, dejando lugar al nuevo día, con más júbilo cada vez.

Cuando la luz del amanecer empezó a vencer a la de las lámparas eléctricas, él se levantó de su asiento. Humedeció su cara con el agua del surtidor del jardín y se limpió con el pañuelo. Luego echó a andar saliendo hacia la acera de la amplia avenida. Cerca había una iglesia, abierta ya. Era de religiosos. Entró y celebró Misa. Después se quedó atrás, en un banco, un rato largo, rezando. Hacia las nueve de la mañana, sereno y entero, volvió a sus pasos en dirección del hotel.

Con sigilo, y entreabriendo antes un poco la puerta de su habitación, por si acaso estuviera en ella todavía Maribel, al cerciorarse de que no había nadie, entró.

Las ropas de la cama, algo revueltas aún, estaban tibias. Seguramente no hacía mucho que se había marchado. Pero la almohada, en lugar de estar en su posición normal, atravesada y en la cabecera, estaba, en medio de la cama, a lo largo. Al ir a componer un poco las ropas y colocar bien la almohada, creyó descubrir en ella... ¡Oh, sí! ¡No había duda! Aquello eran residuos de orgasmo. La almohada había sido el fetiche con que le suplió a él la ninfómana. Todavía el ángel negro le abofeteó sarcástico el alma con su ala de murciélago: ¡...que te perdiste! ¡...mujer ardiente!...

Al levantar la tapa de la maleta, que encima de la mesa había dejado sin cerrar con llave, para meter ahora el pijama, se dio cuenta de que Maribel le había andado en ella. Pero de seguro que no fue más que para buscar bolígrafo y papel, porque encima de todo había una cuartilla extendida, con este mensaje escrito con letras muy grandes: TE AMO.

El Padre Vázquez, serenamente, cogió la cuartilla, la rompió en trocitos y los tiró en el cenicero de la mesilla de noche. Después, aseado y vestido, salió.

En conserjería pagó la habitación y pasó al comedor a desayunar y a esperar a Maribel, conforme a lo que habían convenido por la noche al ir cada cual a su respectiva habitación.

Al poco llegó Maribel. Venía radiante, como si nada hubiera pasado.

- ¡Buenos días, Pepe!, dijo sonriente.

- ¡Hola! Siéntate y desayuna.

El Padre Vázquez tenía bien pensada su postura de no punzar en aquel primer encuentro. No quejarse, ni reprender, ni, mucho menos, reñir. Su deber de caridad debía sobreponerse a todo.

Mientras Maribel desayunaba en la misma mesa que él lo acababa de hacer y la esperaba, ella le espetó de repente:

- ¡Dirás que estoy loca!

El Padre Vázquez sonrió:

- ¡Sí!... Un poco loquilla... Cosas normales de la edad...

- Ahora no dirás que no tengo responsabilidad ante Dios...

- Quizá no tanta, por de pronto, no como la que hubiera tenido yo de haberme aprovechado de tu debilidad. Pero no pienses más en ello! ¡No tiene importancia!

Maribel se puso entonces muy seria. Con la taza de café con leche entre las manos, se quedó mirando hondamente al Padre Vázquez, que tenía sentado delante, y bajito, pero arrebatada, le contestó:

- ¿Lo ves, Pepe? ¡Si tú eres el que tiene la culpa de que te quiera! ¡Si no puedo dejar de quererte!

- Pero hay maneras de querer.

- Para mí no hay más que una!

El Padre Vázquez vio el agua de dos lágrimas cristalizando las córneas de los ojos de Maribel. Pero detrás, en las pupilas, distinguió perfectamente un rayo de rabia.

En un taxi llegaron a la residencia de las monjas.

Explicando a la Madre Superiora el caso del apuro en que los metía la momentánea ausencia de la señora Marquesa, Maribel quedaría, no faltaba más, todo el tiempo que fuera necesario, en la hospedería del convento. Descansaría así y tendría tiempo de ver la ciudad.

A los seis días llegó la señora Marquesa. Estando solos los dos en el recibidor, esperando a la Superiora para despedirla, Maribel, muy seria, abordó al Padre Vázquez con una de las utópicas quimeras de sus sueños:

- Quisiera hacerte una pregunta, Pepe.
- Tú dirás.
- Pero, ¿Me responderás?
- Según sea.
- No; tienes que decirme si me respondes!

El Padre Vázquez quedó un momento pensativo. ¡Si Maribel supiera adivinar el río caudaloso de comprensión que anega por dentro a este hombre!... ¡Que lo único que desea es el bien de ella; que pueda comenzar a ser feliz de nuevo, que se redima!... Por esta redención está dispuesto a ceder en lo que pueda. Después de la pausa, que le ha traído estos y otros semejantes pensamientos, le dice bondadoso:

- ¡Sí, te responderé!
- Si algún día permitieran casarse a los sacerdotes!, ¿tú te casarías?
- No... No me casaría nunca.

Maribel se puso muy triste. Pero respiró hondo.

Un rato después, al despedirse de ella ya en casa de la señora Marquesa, que estaba radiante de alegría por aquella prima que el Padre Vázquez le había traído, y a la cual desde aquel momento nombró su señorita de compañía, no tuvo más remedio que seguir la corriente por la que le llevaba su inventado parentesco. Delante de la misma señora Marquesa, Maribel le abrazó fuertemente, dándole besos ardientes y apretados. Él la besó también, suavemente. Maribel lloraba al verlo marchar, mientras la señora Marquesa de Altas Torres la consolaba y acariciaba con mimo maternal.

## LA CALLE

La serpiente, con todas sus características, ha servido a la expresión literaria de los hombres para un sinnúmero de metáforas y comparaciones. Como que ya en las primeras páginas de uno de los libros más antiguos, y, desde luego, el más grande y famoso de todos, aparece enrollando los anillos de sus engaños en el árbol de la ciencia del bien y del mal.

Y casi siempre para ir metiendo, por entre la hojarasca de los bajos fondos humanos y por entre el laberinto de los troncos retorcidos de los odios y de las venganzas, el veneno de la maledicencia.

Cojamos cualquier desgracia, personal o colectiva: Un pecado, una deshonra, un adulterio, una calumnia; la opresión de un pueblo que sufre bajo la mano férrea de un tirano, o la insolencia de las oligarquías, que

disfrutaban de los robos hechos a otras criaturas de su misma naturaleza en las alturas lujosas de sus mansiones insultantes. El veneno negro lo coge inmediatamente la calle y comienza a arrastrarse con él por aquí y por allí, por entre las casas y por donde el asfalto lleva en sus líneas, ondulantes o curvas, los pasos y las máquinas veloces, y lo incula en los oídos y en las almas. La calle es una serpiente. Por eso es larga y sinuosa. Por eso se arrastra. Por eso lleva veneno. Oculto, comúnmente, pero a la corta o a la larga clava su áspid en donde sea y deja destrozada la fama del más pintado.

A los organismos pequeños que encuentra en su camino, como les inocule el veneno, los mata. Para poder librarse de ella lo mejor es meterse en la selva, la selva de una ciudad enorme, y hacerse selva mimetizándose. Entonces es difícil que pique. Francisco Javier Segurola se mimetizó cambiando su identidad personal en la selva de la gran ciudad y allí nadie le molesta. Si se hubiera refugiado en su pueblo... Pero en su pueblo pequeño está su familia. Ésta no tiene dónde esconderse. No puede disfrazarse con pigmentaciones de mimetismo. Siguen siendo unos normales y humildes labradores. Y la calle se enrosca en ella y la destroza. Los primeros años aún lograron ocultarse de la calle, pero apenas ésta los descubrió abatidos e indefensos, se precipitó sobre ellos con más furor que sobre Laocoonte y sus dos hijos los dos monstruos ofidios míticos.

Lavadero, tertulia, taberna... El áspid hincaba de firme cuando por ella serpeaba.

- ¡Tanto alardear de que su hijo era una eminencia y ahora!...
- ¡Vete a ver la zorra que lo engañó!
- ¡Les está bien!

- ¡Esos curas nos quitan la religión!
- ¡Al fin y al cabo, hombres como nosotros!
- ¡Son todos unos!...
- ¡Todos no! Ahí tienes a nuestro párroco y al mismo Pepe Vázquez, que dicen que es muy distinto.

- ¡Veremos a ver lo que tarda en seguir los pasos de su compañero!
- ¡Toda la vida han caminado juntos!

- ¡Lo que es, a mi hijo, antes minero que cura!

- Lo malo ahora que el de Francisco, ni cura ni casado, sino todo lo contrario

La madre de Paco Segurola ha pasado una temporada larga sin salir de casa. Su esposo e hijos van al campo silenciosos. Al pasar por delante de la gente casi siempre bajan la cabeza avergonzados. Casi nadie les habla,

porque, al verlos, todos piensan en lo mismo: en la noticia, que ha traído la calle, de que su hijo y hermano se ha amancebado con una mujer, tiene hijos con ella y vive sacrílegamente con ella nadie sabe dónde. Y de eso, que inevitablemente piensan, nadie les va a hablar.

Sólo una mujer en el pueblo, la madre del Padre Vázquez, va frecuentemente a la casa de Paco Seguro a llorar con la otra desconsolada madre. Y reza por el sacerdote caído. Y reza, sobre todo, por su hijo, para que, antes de verlo en semejante desgracia, le envíe Dios la muerte. Reza por todos los sacerdotes del mundo. Es que se ha enterado ahora, a sus años, de que en el mundo hay muchos sacerdotes infieles a su celibato. Se lo ha dicho el mismo Pepe cuando un día ha venido al pueblo, llamado por los padres de Paco. ¡Qué horror! Y que ocultan sus vidas sacrílegas y su sacerdocio deshecho, por lo general, en grandes ciudades. No sería mejor que, antes de vivir así, se casasen como Dios manda. Pero su hijo también le ha dicho que, a pesar de estos desgarrones dolorosos, la Iglesia sigue adelante y seguirá hasta el fin de los siglos, porque su santidad no depende de sus sacerdotes, sino de Cristo. Y Éste estará con Ella hasta el fin de los tiempos. Ahora tiembla por su hijo, aunque él ha querido tranquilizarla no sólo de palabra sino también con las cartas, que frecuentemente le escribe.

- ¡Mamá: Rece por mí, pero confíe! ¡Amo mucho mi sacerdocio!

- ¡Hijo mío: Prefiriría verte muerto antes de que dieras una caída semejante!

Lo difícil ha sido hablar y tratar de consolar a lo familiares de Seguro. No les ha querido decir en dónde vive, aunque él lo sabe de sobra. Ha tratado de engañarles, diciéndoles que se trata de una crisis vocacional temporal. Más la carta del Provincial de su Orden, declarándoles la tremenda tragedia, no les deja lugar a dudas.

- ¡Pepe, si lo llegas a ver, dile que por las puertas de esta casa no pueden entrar los demonios! ¡Que está desheredado!

- ¡Señor Francisco, a un hijo no lo pueden rechazar los brazos de sus padres!

- ¡Cuándo viniera como hijo y no como puñal par matarnos de dolor!

- ¿Y si se arrepintiera?

- ¿Cómo?

- ¡Sí!, ¿Si algún día, pasada la ola de pasión, quisiera hacer penitencia? ¡Yo les aseguro a ustedes que la Iglesia Católica recibiría al hijo pródigo! ¿Por qué no empiezan ustedes abriendo el camino de las posibles facilidades, ofreciéndole educación a su niño y colocación a su mujer? ¡Al fin y al cabo, a ella fue él quien fue a buscarla!

Aquí la madre abrió, entre lágrimas de desconsuelo, la maravilla de su corazón. Corazón campesino, sin adornos de cultura, pero, al fin y al cabo, corazón de madre:

- ¡Oh, sí! ¡Dile a ella que venga con el niño! ¡Nosotros lo cuidaremos!  
¡Pero él, que vuelva arrepentido al camino que abandonó!

Nosotros sabemos que, cuando el Padre Vázquez le propuso solución tal a Javier Segura, el traductor de libros, éste respondió irónico:

- ¡No es lo mismo! Yo fui quien a ella la puse en esta situación; tengo el deber natural, que está por encima de todos los otros, de sacarla adelante. Que el Papa me deje hacer lo fácil: ¿Por qué no permite a todos lo que están como yo, casarse?

Y todavía añadió más. Apretando primero los dientes y mirando fijamente a Vázquez, le blasfemó:

- ¡Además: El gozo de mi paternidad no lo cambio por el cielo!

Y a Javier Segura, después de los dos ataques del colegio de religiosos y de la sacristía, la serpiente de la calle ya no lo descubrió más. La selva de la gran ciudad seguía ocultándolo. El tiempo fue pasando y el único de los conocidos de la primera etapa de su vida, la sacerdotal, que de tarde en tarde le visitaba, era Pepe Vázquez. De haber sido desheredado por sus padres, se reía, pues a él, a medida que iban pasando los años y que fue teniendo otros dos hijos -una niña y un niño-, el trabajo, que nunca le asustó, le daba para vivir en una posición económica mucho mejor de la que tenían los consanguíneos suyos, que le proscribían del hogar.

La calle en la gran ciudad es totalmente distinta a la del pueblo. Eso también lo sabía Maribel. De su vida de prostitución en la otra ciudad del norte, se enteró el Padre Pepe Vázquez por ella quiso. De lo que haga ahora se enterará si ella quiere.

“El desprecio que me ha hecho, me lo va a pagar... Por ahora, seguir con él... Después...”

A la señora Marquesa, ya de edad y crédula, la puede engañar como le dé la gana. El aval de su falso parentesco con el padre Vázquez lo explotaba para sus libertades. Por de pronto, ella es joven y tiene derecho a disfrutar de la vida.

La señora Marquesa le ha indicado un club juvenil, del que tiene noticias. Funciona anexo a una de las grandes parroquias urbanas. Chicos y chicas se reúnen allí. Se dan cursos prematrimoniales. Se charla y se baila. Y se entablan cocimientos entre jóvenes de ambos sexos, venidos incluso a la gran ciudad, de puntos geográficos de la patria distantes y opuestos.

Allí va Maribel muchas tardes.

A la señora Marquesa la entusiasma después con los relatos de tanto bien como recibe allí la juventud. Adorna esos relatos con aditamentos fantásticos, casi siempre mentiras, pero que ella sabe muy bien son del gusto pietista de su dueña:

- ¡Una hora santa! Fue por los sacerdotes del mundo entero. Yo me la pasé entera de rodillas rezando por mi primo, el Padre Vázquez. Y don Juan estuvo fantástico en su predicación. Como que dicen que más de un chico de los que allí van, se está animando a ser sacerdote. ¡Si yo fuera hombre, señora, le aseguro a usted que, después de una hora santa así, me marchaba al seminario!

- ¡Sí, Maribel. Hay que rezar mucho para que Dios nos dé buenos y santos sacerdotes!

Todo era un embuste. Maribel hacía mucho tiempo que no se ponía de rodillas más que cuando, por no poder eludirla, tenía que acompañar a la señora Marquesa a la iglesia. También pasaba ratos de charla con don Juan, el director del club.

Era éste un coadjutor, como de cuarenta años. Celoso y trabajador. Y como su acción pastoral, desde hacía muchos años, se desarrollaba entre jóvenes y éstos suelen ser abiertos, estaba acostumbrado a recibir confidencias sin mostrar extrañeza ante las más disparatadas caídas o desviaciones morales, tan frecuentes en la juventud ardorosa e inquieta.

Desde los primeros días, Maribel se hizo amiga de otra joven, Adela, tan neurasténica como ella, aunque no de tantos vuelos. No sé si sería por aquello de que “Dios las cría y ellas se juntan”, lo cierto es que se hicieron inseparables en el club.

Pero Adela era una de esas chicas locas, que gozan con la consecución de lo difícil, de lo que está muy lejos del alcance de los mortales. Así su victoria tiene más mérito.

Muy arriba, junto a las estrellas, estaba su conquista. Ella gozaba, contándolo con toda claridad de detalles, a Maribel. Era un curita joven y guapo, que trabajaba en una iglesia lejos de allí. Comenzó confesándose con él y se enamoró de él. Él había jurado que si algún día permitieran casarse a los sacerdotes, se saldría de cura para casarse con ella. Y le contaba, procaz, a Maribel, que sabía de esas cosas de hombres mucho más que su amiga, la primeriza Adela, escenas de sus primeros experimentos eróticos con el conquistado levita.

Maribel, no sé si por una ley psicológica de rechazo, pero también por vanidad femenina de aparecer ante su atrevida amiga más heroína que ella, comenzó igualmente a desvelarle el que ella llamaba gran secreto de su vida.

- ¡No tan estupendo como este mío!

- ¡Mucho más! Pero distinto ¡También es un sacerdote!

- ¡Él se enamoró de mí y yo he tenido que huir! Por eso estoy aquí. ¡Si vieras la de cosas que ha intentado conmigo!... ¡Eso tuyo no es nada! Yo estoy sufriendo por todo ello horrorosamente.

Adela, llena de curiosidad, intentó indagar más. Pero Maribel adoptó un aire triste de misterio, con semblante de mirada huidiza, que cualquiera de

los que, como su amiga, no sospecharan la enorme mentira con que ha festoneado su vanidad femenina, no puede en tales momentos por menos de tenerle compasión.

- ¡Explícale a don Juan, que él te puede ayudar!

Por el momento, nada le contó a don Juan. Sólo cuando hablaba con él adoptaba actitudes herméticas de desconsolada, buscando ávida que se interesasen en ella. Puede cada cual figurarse lo que gozaría, cuando su amiga la bautizó un día, delante de don Juan, con el que para ella era el mejor compendio de su vida actual: “La Mujer Misterio”.

Misteriosa, por ocultas, eran también las relaciones que llevaba con un joven que, desde que la conoció, acudía algunas veces al club. Era dependiente de comercio. Se llamaba Manolo. Tenía una moto vespa. Maribel sólo decía de él que era su novio y que se querían mucho. Como al club iban muchas parejas de novios, a nadie extrañaba que Manolo, con quien bailaba Maribel, la subiera en la moto para llevarla hasta la casa de la señora Marquesa.

Un día... Esto se lo contó inmediatamente por carta, horrorizada, la señora Marquesa de altas Torres al Padre Vázquez. La muchacha de servicio había sorprendido a Maribel, a las diez de la noche, al volver del club, en el zaguán de la casa, abrazada y besándose con un muchacho, que luego escapó en una moto. A ella nada le dijo al enterarse. Pero el semblante adusto, que ante la señorita de compañía empezó a adoptar desde entonces, le declaró a Maribel, que algo de sus cosas había sospechado o descubierto la vieja.

El Padre Vázquez, que seguía escribiendo a Maribel frecuentes cartas alentadoras, con el encabezamiento de “Querida prima”, que ella procuraba enseñarle de refilón a la señora Marquesa, hizo un desvío en uno de sus múltiples viajes apostólicos, y a ver a las dos se fue. Estuvo día y medio hospedado en “Altas Torres”.

La señora Marquesa estaba disgustadísima. Su prima se atrevía ahora a contestarle, cuando le daba algún consejo. Le había respondido un día, iracunda, que en sus cosas no tenía que meterse.

- Maribel, no vengo reñirte, sino a ayudarte.

- ¡Ya estoy harta de tus ayudas!

El Padre Vázquez, de momento, extrañó aquella actitud de evasión en quien antes tanto arrebato por él mostró. Aunque, conociendo su enfermedad psíquica, entendía de sobra la volubilidad de su protegida.

- ¡Y más harta de esta bruja beata! ¡En cuanto encuentre colocación que me guste, me marchó de aquí! ¡Además: Que yo me quiero casar con Manolo!

- ¡Me parece muy bien que te quieras casar. Pero aguarda, mujer, y no te marches hasta que sea tu boda. No me dejes a mí en mal lugar ante la señora Marquesa. Después, yo mismo vendré a casarte.



- ¡No; tú no! ¡A mí me casará don Juan! ¡Es ahora mi director espiritual!

- ¡Bien, me parece muy bien! ¿Me quieres llevar al club para ver cómo funciona? Podría ver cosas, que tal vez vinieran bien al nuestro.

- ¡No te hace falta! Vosotros lo lleváis tan bien o mejor que don Juan.

¿Por qué aquel cambio tan radical en Maribel? Después de esta visita, ella apenas escribía. La última carta que le escribió fue para decirle que había encontrado colocación; que dejó la casa de la Marques porque no la soportaba más; que vivía en un piso con una tía de Manolo, y que seguía yendo al club. No le daba la dirección. Le indicaba que si alguna vez quería escribirle lo hiciera a “Lista de Correos”.

El Padre Vázquez se lo explicaba todo a su manera. La neurasténica, al verse por él rechazada y habiendo encontrado ya un hombre, -bueno, es un decir; había encontrado tantos en la vida...- ahora tornaría en rabia, y quién sabe si en odio, todo su arrebató anterior.

El muy cuitado se quedó muy corto. Qué poco saben los hombres, aunque sepan tanto como los que adquieren tanta ciencia de la vida en ese libro inmenso del confesonario, de lo que es capaz el corazón vengativo d una mujer.

- ¡Manolo. Me parece que me has dejado en estado”!

- El caso es que ahora aún no podemos casarnos. No tenemos ni piso ni nada.

- ¿Y qué hago?

- Eso no tiene más que una solución, Maribel...

- ¡Es que dicen que se pasa muy mal; que se puede una morir!

- ¿No se enterará tu primo, el fraile?

- ¡Qué fraile ni qué primo! No es primo mío ni nada.

Y Maribel le explicó, toda enamorada, a su novio, que todo aquello del parentesco con el Padre Vázquez había sido una mentira para engañar a la Marquesa. Ahora ya no necesitaba de aquel parentesco, pues se bastaba por sí sola, y con la esperanza de su futura boda con Manolo, para abrirse camino en la vida.

Pero el novio inquirió celoso:

- ¿No será que se estuvo aprovechando de ti?

- ¡Te juro que no!

Y cerraron el juramento con una nueva fornicación.

- ¡Soy muy desgraciada, don Juan! Me llaman la “Mujer Misterio”, y eso es mi vida.

- ¡Anímate, Maribel!

- ¿Y ese hijo que he matado? ¿Pero yo qué iba a hacer? ¡Me obligó él! ¡Su propio padre!

- ¿Quién fue su padre?

Maribel abrió unos ojos muy grandes. Sus ojos negros que resaltaban más sobre la palidez de su cara. Respiró hondo. Es que para hacer explotar la mentira, necesitaba en aquellos momentos todo aquel atuendo de tragedia. Luego, sollozando con desesperación, al mismo tiempo que escondía la cara entre las manos trémulas:

- ¡Uno como usted!... ¡Un sacerdote!

Don Juan la dejó llorar. Después ella fue haciendo rodar hasta la sima negra de la más honda difamación la bola de la calumnia, empujada por su rabia y su venganza.

- ¡Vine a esta ciudad huyendo de él! ¡Pero me persigue! Una noche me llevó al hotel Levante. Alquilamos una habitación distinta. Pero por la noche se vino a la mía y durmió conmigo. Hace poco vino a verme desde donde está. Esta vez me dejó en estado. Yo quería al hijo. Le dije que le pondría el mismo nombre de él. Pero él me dijo que abortara; que como naciera el hijo me iba a acordar. Que a ver qué íbamos a hacer con él. ¡Y maté a mi hijo, a nuestro hijo: de él y mío!

Maribel se inclinaba histérica, llorando, sobre el pecho de don Juan, que se lo creyó, el buenazo de él, todo.

- ¿Y quién es ese sacrílego?

- ¡No se me lo pregunte, don Juan! ¡No se lo puedo decir ahora! ¡Si él se enterase, me mataría!

A cientos de kilómetros, el padre Vázquez, trabajando con todo su celo y bondad sacerdotales, ni remotamente podía sospechar que su fama y su virtud habían sido derribadas a tan bajas negruras.

Porque, además, por ese mismo tiempo, otra tragedia, que no le tocaba directamente a él, pero sí a la fama de su orden religiosa, hacía estremecerse de pavor a los de buena voluntad y estallar en burlas sarcásticas a los de la acera de enfrente.

La calle, en el suburbio, tampoco es como la de la selva cercana de la gran ciudad. En el suburbio, en donde se vive más de puertas a fuera que de puertas adentro, le resultó muy fácil inocular veneno, por mucho que uno ande esquivando, como había logrado, con el ocultamiento de la nocturnidad, hacerlo durante varios años el Padre Jorge Dalmau. Se libró

algún tiempo, porque el descubrimiento que hizo el Padre Barriadas desde la sacristía, quedó en el secreto. Don Gabriel Incera no tenía áspid.

Pero el Padre Dalmau se ve que se precipitó, creyendo a una jovencita de diecisiete años ya madura para aquellas intimidades -¿místicas?-, en las cuales, según se descubrió, tenía ya varias de las embaucadas de su asociación. Aquella asociación que traía al mundo una nueva faz de santidad.

Y la jovencita dio el chivatazo. Se descubrió todo o casi todo.

Ante un tribunal eclesiástico secreto, fueron llamados a declarar los que en todo aquel tiempo habían tenido con él más estrechas relaciones, El Padre Vázquez, juró y dijo que nada de ello sabía. Que para él el Padre Dalmau, a quien conoció durante toda su carrera de estudios mayores y en varios años de vida religiosa, en que convivieron juntos, fue inquieto por buscar caminos de santidad, y que siempre se había distinguido por su delicadeza. Como que ello le granjeó siempre fama de alta espiritualidad.

El Padre Barriadas, don Gabriel Incera, cuando el presidente del tribunal le instó a que pusiera la mano sobre la Biblia para jurar decir la verdad, no la puso. Respondió que él no juraba nada. Que para él el Padre Dalmau no era otra cosa más que la Providencia, vestida de fraile y con ciencia de médico, que le solucionó la papeleta más difícil del hospital. Y aún añadió:

- ¡Y que el Sr. Obispo no me lo lleve del hospital, porque entonces agarro un camión y le meto a todos los enfermos en su palacio!

- Sus enfermos no los dejará la Iglesia sin atención médica.

- Pues si es así, tengan compasión del Padre Dalmau y a mí déjenme en paz.

Declararon, una por una, y sin que hubiera más oyentes que los miembros del tribunal, todas las asociadas.

Después de una alocución inicial, que el juez eclesiástico le hacía a cada una, en la que estallaban los rayos de la justicia de Dios y crepitaban las llamas del infierno, casi todas ellas acababan diciendo la verdad. Porque, además, se les prometía que a ellas no les iba a pasar nada. El arrepentimiento y la confesión las dejaría de nuevo redimidas.

Llegó el día en que el Padre Dalmau fue juzgado.

Sereno, también se adelantó y juró decir la verdad. Escuchaba, en latín, los cargos que se le imputaban. Todos, prácticamente, eran los mismos. Él contestaba a cada uno siempre con la misma respuesta:

- Feci, sed non peccavi!

¿Era un cínico, era un loco aquel Rasputín en miniatura? Parecía, sin embargo, un iluminado. Intimidades eróticas, verificadas hasta dentro del ámbito mismo del templo, después de ágapes eucarísticos como el que vio en Padre Barriadas. Las afirmaba con toda serenidad y con su voz melosa:

- Feci; sed non peccavi!

- Nonne aliquoties, cum inupta sic dicta Carmela, ipso cora Sanctissimo, luxuriose te egisti?

- Feci; sed non peccavi!

De pronto, El Padre Jorge Dalmau, se adelantó enérgico. Toda aquella compostura exterior, que tenía como concentrada en aquella compostura exterior, que tenía como concentrada en aquella mirada fija en el suelo, se tornó repentinamente en una arrogancia, que nadie hubiera sospechado se escondía en el taimado sacerdote. Apostrofó al tribunal, que estaba para juzgarle:

- Pero, ¿qué hipócrita farsa estamos representando aquí?

- Latine dicas!

- ¡La verdad me la vais a oír sin cadenas! ¿Qué hacemos aquí, sí, vuelvo a preguntar? Jurídicamente, con leyes de estado, no podréis hacer nada ni contra mí, ni contra esas mujeres. ¡Mujeres, entendedlo bien! ¡Mujeres que, libremente y conscientemente, se han entregado a mí, que soy un hombre! ¡Un hombre! ¡Mujeres que aman! ¡Que me aman! ¡Que han hecho del amor un ideal de vida! ¡Mujeres, que son despreciadas por una ley de celibato de la Iglesia! ¡Como si la mujer fuera una cosa baja para que lo sacerdotes no pudieran unirse a ellas! ¡Oídllo: Despreciáis a la mujer! ¡A mí me podíais hacer algo si siguiera entre vosotros! ¡Pero no!: ¡No podréis! ¡Soy un ciudadano libre! ¡Tomad esta sotana!

Dalmau se desabrochó con rabia la sotana; se la quitó rápidamente y la tiró revuelta delante de los de los miembros del tribunal, quedándose en mangas de camisa.

- ¡No la necesito ni para vivir ni para amar! ¡Algún día no lejano quitaréis los grillos a tantos como tenéis aherrojados, por el solo hecho de que, en su sacerdocio, han amado a una mujer! ¡Y entonces llegarán las bendiciones a los que ahora, valientes, recibimos la maldición de vuestras excomuniones! ¡Me marchó! ¡Soy Doctor en Medicina y ni necesito de vosotros limosna!

Y el Doctor Jorge Dalmau, con todas las penas, que para sacerdotes tiene en su arcano negro el Derecho Canónico, sobre su alma, vivió desde aquellas fechas como un ciudadano libre.

Al despedirse de su amigo, el Padre Vázquez, para irse a ejercer su Medicina fuera de España, le ijo que estaba seguro de que la Iglesia, algún día no lejano, recogería a todos los sacerdotes que quisieran volver al ministerio, permitiéndoles casarse con la mujer con la cual vivían.

- ¡Ya va siendo hora de que acabe la era cavernícola!

- ¡No sé, Damau! Tú ya tienes tus años Pero me sospecho que bastante antes ordenarían de sacerdotes en la Iglesia a tu padre y al mío.

- ¡De acuerdo! Pero un sacerdocio ministerial entre casados se impone en estos tiempos de escasez de vocaciones y por otros motivos, que todos de sobra conocemos. ¡Nosotros los que estamos bajo la mordaza de los

complejos, seremos los que liberemos al sacerdocio de su esclavitud celibataria!

- Si ello fuera para el bien del mundo y para el vuestro, ojalá lo consigáis. Pero también quedaremos dentro de él los eunucos evangélicos *propter regnum coelorum*.

Meses más tarde supo el Padre Vázquez que el Padre Jorge Dalmau vivía lujuriosamente -ante la sociedad casado por lo civil-, en Francia, con una rubia americana, que conoció cuando fue a acabar su carrera de Medicina y que le visitaba cuando era médico el hospital del suburbio.

Hasta que al fin, el áspid de la calle -¡zas!- punzó en su sacerdocio. En el sacerdocio del Padre Vázquez. En su fama. En su persona, no; él estaba cada vez más entero. La vida le iba vigorizando de experiencia y de reciedumbre espiritual y humana. A él no era fácil abatirle. Su roble había aguantado vendavales y borrascas. Más ésta, que venía retumbando por entre las gargantas de altísimas montañas de pruebas, urdidas por la más burda de las calumnias, le iba a coger a él desprevenido y en descampado.

Ya le extrañó bastante la llamada urgente, que recibió del Padre Provincial, para que se presentase lo antes posible ante él. Cogió el tren y en unas horas estuvo ante su superior mayor.

- ¡Horroroso! ¡El caso es que me cuesta creerlo de usted! ¡Pero son tales las pruebas!...

- ¡Explíquese! ¡No le entiendo!

- ¿Usted tiene una prima que se llama Maribel?

- ¡No Padre; no es prima mía! Ese parentesco fue inventado para poderla más fácilmente colocar.

- ¿Y cómo ha hecho eso?

- ¿Puede decirme a qué viene esto?

- ¡Calle, por Dios! ¡Aún lo pregunta! ¡Se ha descubierto todo!

- ¿Descubierto, qué? -El Padre Vázquez estaba sereno-.

El Padre Provincial se sulfuró de repente:

- ¡Su vida sacrílega, lujuriosa y criminal con ella! ¡Qué vergüenza! ¡Como si ya fuera poca la ignominia que ha ensombrecido nuestra orden en los últimos tiempos con algunos miembros indignos!...

- Más bajo, Padre, más bajo. -El Padre Vázquez hacía al mismo tiempo, con la mano derecha extendida, un gesto pausado y repetido-. Le digo que sigo sin entender nada.

A medida que el Padre Provincial le fue acumulando cargos, lo fue entendiendo todo. De la curia episcopal de la ciudad en que estaba Maribel, había llegado un informe nefando: Maribel huía de él; pero él la perseguía. Había viajado con ella. Había dormido con ella en un hotel. Existía la

prueba de la fecha en que alquilaron habitaciones, distintas, sí, para disimular, juntándose luego por la noche. –El Padre Vázquez se revolvió en la silla enérgico al oírlo, pero siguió escuchando.- La escribía frecuentemente cartas de amor. Volvió de nuevo a buscarla y a juntarse con ella en casa de la Marquesa de Altas Torres. La dejó en estado y la hizo abortar.

- ¿Un aborto?

La postura del Padre Vázquez, casi risueña al hacer la pregunta, debió parecerle a su Padre Provincial de un cinismo brutal.

- ¡Sí, un aborto! ¡Existen pruebas de ello en un hospital! ¡Y usted la amenazó de muerte! Ella quería que naciera par ponerle el nombre de usted.

El Padre Vázquez se puso de pie. Gritó:

- ¡Eso es falso; como todo lo demás, menos lo del disimulado parentesco! ¡Le juro que yo no le cohabitado jamás con ninguna mujer! ¡Pero si algún día tuviera esa flaqueza, le aseguro a usted que a un hijo mío no lo mataría!

Lo dijo con tal firmeza, que el Padre Provincial se quedó quieto mirándole. Luego acabó:

- ¡Y ahora se opone a que se case con un tal Manolo!

El Padre Vázquez no sabía si reír, si dejarse llevar de la indignación. Aquello parecía una parodia de tragicomedia, que hubiera resultado hasta divertida para pasar el rato contemplándola en las tablas de un escenario. Pero el caso es que ni él, ni el Padre Provincial, estaban en aquellos instantes encima de un tablado, del que se pudiera hacer mutis por entre bastidores, para meterse después en la realidad de otra vida. Aquello era vida real. Realidad trágica, en la que a él le tocaba, no la representación escénica, sino la vivencia desgarradora de víctima propiciatoria de una infame calumnia.

Supo conservar actitud de sangre fría, con noble dignidad, esperando a que su superior fuera acabando de exponerle toda la larga serie de acusaciones, a cual más burda, sobre la supuesta opresión a que había sometido durante mucho tiempo a Maribel valiéndose de la confianza que ella había depositado en él por meros motivos espirituales.

Cuando el Padre Provincial acabó, su mente, vivaz siempre, urdió inmediatamente la que cualquiera está viendo era réplica lógica:

- ¡Bien! Puesto que se me cree reo de una perfidia, que, pasando por la opresión y la lujuria, ha llegado hasta el parricidio, hasta matar a un hijo, que dicen que es mío, creo que se me otorgará el derecho a defenderme pidiendo justicia ente los tribunales.

- ¡Por Dios! ¡Eso nunca! En ese informe dicen, efectivamente, que ante la justicia se le podía llevar a usted por las leyes contra el aborto. ¡Menos mal que eso ya está detenido, porque el obispo, benévolo, lo ha dejado todo

en mis manos! ¡Y lejos de mí buscar más escándalos públicos a nuestra orden! ¿Usted cree que, en una curia episcopal, iban a dar este paso sin tener seguras sus pruebas?

- Yo creo que una curia episcopal está llena de tinterillos y burócratas, que sabrán de memoria todas las penas del Código, pero que no saben nada de lo que es y a lo que puede llegar una mujer histérica, ninfómana por añadidura, en un despecho de venganza ! ¡Usted mismo, que no está metido en el ministerio del confesonario, me da la sensación de que no entiende nada de esta clase de personas!

Este ataque del Padre Vázquez, hecho con entereza, aunque con dignidad, le valió otra corrección, en cuyo entramado apocalíptico entró la palabra “soberbia”. También llegaron en aquella andanada los nombres de Seguro y Dalmau. Su peligrosa amistad con ellos le había inficionado de mal. No le convenía volverlos a tratar ni por carta. Las ovejas sarnosas pegan la peste a las demás.

Nada logró tampoco el Padre Vázquez cuando quiso indagar qué persona o personas habían servido para llevar al obispo tales calumnias. Aunque se lo figuraba. Seguramente el coadjutor crédulo a cuyo club asistía Maribel.

Calló. Y allí mismo oyó la sentencia, que ya tenía bien pensada su Provincial. Por de pronto, secreto absoluto de todo. El se encargaría de que aquellas aguas sucias fueran deslizándose hacia simas espeleológicas de olvido. Y como tenía esperanzas en su redención, iría a redimir su pecado lejos, muy lejos. Inmediatamente, al salir de allí, iría a arreglar sus papeles para ir a trabajar misionalmente a Centroamérica.

- ¡Acepto, Padre, el destierro, aunque soy inocente! El pasaporte lo tengo en regla. Puedo marchar hoy mismo. Le agradecería, sin embargo, que me dejase ir a mi pueblo a despedirme de mis padres.

- Puede ir, sí. ¡Pero cuídese bien de no traslucir nada! ¡Ah! ¡Y prohibición absoluta de tratar, ni por carta con esa joven! ¡Podía ponerlo todo peor!

- ¡Antes de marcharme, haga el favor de sacar ahora mismo la Sagrada Biblia!

- ¿Para qué?

- ¡Para jurarle sobre Ella que es todo mentira y que soy inocente!

- ¡No! ¡No me vale ese juramento de parte!

- ¿Entonces me cree capaz de ser un perjurador?

Aquí el Padre Provincial, sentado, calló, aguantando la actitud recia del Padre Vázquez, que, puesto en pie, le asaeteó con una mirada capaz de haber fundido el hierro. Pero los superiores mayores, que como el del Padre Vázquez, llevan muchos años al frente de cargos, se convierten frecuentemente en yunques, sobre los que rebotan los martillazos y el fuego

se deshace en chispas. Por toda despedida de aquella violentísima escena, puso el Padre Vázquez este epifonema:

- Está bien! ¡Si es así, usted, como persona, ha acabado para mí!

Pocos días más tarde, teniendo todo su ajuar ya recogido en el convento, está el Padre Vázquez en el bufete de un abogado, amigo muy íntimo de él.

- La verdad: Tiene usted derecho a defenderse jurídicamente. Las afirmaciones de esa chica, no teniendo, como no puede tener, testigos presenciales, ni otros testimonios, de los hechos, tendrían la réplica de sus negaciones de usted, con el correlativo valor para su defensa. Y más a favor de usted, siendo usted un sacerdote de reconocida fama de virtud y ella una neurasténica mentirosa, que llevó, incluso, vida de prostituta. Pero todo ello armaría demasiado revuelo, que trascendería al exterior... ¡Usted vera!

El Padre Vázquez se quedó unos instantes pensativo. Luego, con decisión, exclamó:

- ¡Acepto, entonces, resignadamente la cruz!

- ¡De todas esas formas, ese Provincial de usted es un tonto!...

El Padre Vázquez puso una sonrisa sobre la sombra de su tristeza de hombre abatido y se despidió de su amigo, agradeciéndole el consejo.

## CALVARIO

El reactor había despegado de Barajas a las once y media de la noche. Después de una breve escala en Lisboa, sobrevolaba nubes blancas, iluminadas de luna.

El Padre Vázquez no dormía, como los demás pasajeros dentro de la penumbra. La cruz que llevaba sobre el alma pesaba demasiado y hería. ¡Solo entre el cielo y el mar! Ninguno de los que viajaban en aquel meteoro, entre cuyas alas bufaban sibilantes las turbinas imputadoras, sabe que Jerusalén, con su Calle de la Amargura, se ha elevado aquella noche hasta ruta de estrellas. España... Mis padres... El club con mis muchachos... Maribel..., hasta dónde venganza... La pobre, compasión en medio de todo... ¡Perdono!

Debía hacer escala en Azores. Pero, al llegar la hora de aterrizar, los micrófonos del avión anunciaban en español, inglés y portugués, que una recia tempestad, que se abatía sobre las islas, impedía el aterrizaje.



Efectivamente: El panorama, que a través de la ventanilla contempló en aquel rato el Padre Vázquez, era imponente. Arriba, suspendida en un azul blanquecino, que se difuminaba en tonalidades más cerradas a medida que se extendía cóncavo por las inmensidades de las alturas hasta los horizontes infinitos, la luna, casi llena. Y debajo del avión, una extensión apocalíptica de nubes negras, levantando montañas ciclópeas de perfiles hoscos, sin serie simétrica de cordilleras y hundiendo aquí y allá precipicios tenebrosos. De cuando en cuando se iluminaban todas repentinamente, cobrando sus negruras rojeces vivas, como si tuvieran en sus entrañas una fragua, dentro de la cual soplaran, encendiéndola, furias infernales. Era el fulgor de los relámpagos. Por esta parte inversa a la de la atracción terrestre no partían la atmósfera negra con sinuosos cortes electrocutadores. Sólo se adivinaba su fuego debajo de aquellas estáticas volutas enormes, como humo de hogueras de infierno. Abajo, seguramente, la tempestad se partía el alma contra el mar enfurecido y contra el archipiélago lusitano.

Los zarpazos, que agolpados recuerdos y posibles presentimientos iban dando por dentro en el alma al Padre Vázquez, estallaban en la soledad de su noche más estremecedora todavía. Era la tormenta abatida sobre su persona, sobre su sacerdocio. Tenía negruras de calumnia en los bajos fondos del despecho y de la venganza, con carcajadas satánicas de triunfo, como aquellos relámpagos en fauces enormes sarcásticas. ¡Todo por haberse mantenido hombre digno y sacerdote íntegro! ¡Vida rota!... ¿Qué pensarán... amigos? ¡Derrotado!... ¡Maribel!... ¡Un desdichada!... Así comprendía que se llegase en la vida a desesperantes claudicaciones e insospechadas caídas. ¡Segurola!... ¡Dalmau!... ¿Por qué a mí no me ha pasado ni siquiera por la mente?... ¡Amo mucho mi sacerdocio!... ¡No soberbia!... ¡Una vida para ser plena, bien merece una Cruz!... ¡Cristo!... ¡El Calvario en avión!...

Arriba, la luna seguía irradiando y derramando resplandores. ¡Mamá!... Sintió sus besos. ¡Lágrimas de despedida!... ¡No sabe la bendita!... Ante este recuerdo se quedó mirando la luna a través de la ventanilla. ¿Cuánto rato? El mismo tiempo largo que ésta le estuvo iluminando su cara de perfil recto. Era que el cielo, a través de este su cristal luminoso, había descubierto en sus ojos la claridad de su inocencia. El Padre Vázquez no pudo más. ¡Lloraba! Lloraba sin sollozos. Lágrimas limpias llenando abundantes las cuencas de sus pestañas inferiores y rodando después por la tez morena de su rasurada cara. Era la primera vez que en su vida de hombre lloraba. Lejos de avergonzarse de aquellas lágrimas, le pareció que unguían de honor su hombría madura. ¡Cuando un hombre, siendo tan hombre como él, llora, es que algo muy grave consagra su hombría por dentro! Después se sintió muy aliviado. Hasta los recuerdos violentos parecía que se habían quedado atrás, como la tempestad. Como si las

lágrimas lo hubieran arrastrado corriente abajo. Todo quedaba lejos, más allá del mar..

- Señores pasajeros: Dentro de diez minutos aterrizaremos en San Juan de Puerto Rico. Abróchense los cinturones. No fumar. Gracias.

Al salir por la portezuela del climatizado reactor, una bocanada de aire caliente le dio en la cara, haciendo afluir a sus poros en un instante, unos puntitos líquidos de sudor. ¡Era América! El saludo de la ardiente América. Él traía dentro otro fuego mucho más fuerte. Fuego de amor sacerdotal encendido por el dolor de martirio. Por eso estaba allí: porque lo humano, con sus exigencias de defensa legítima ante los tribunales, lo había pisoteado bajo la planta de una cruz redentora. ¿Redentora, de qué? ¿De su pecado? ¡No, que ni lo tenía! Pero entonces comprendió todo el misterio del calvario. Él se había hecho sacerdote por los pecados del mundo. Y su alma noble vertió de nuevo la copa redentora sobre la cabeza de la pecadora... Por la parte de pecado que tuviera... ¡Por ella! ¡Por Maribel!...

Dos vuelos más: Maiquetía, Eldorado.

En Bogotá se detuvo cinco días. Saludó a antiguos amigos, con los que compartió aulas en Roma, que le recibieron alborozados. Hasta añoraron el no poder estar por estos años en la Ciudad de los Papas, cuando estaba en plena tarea el Concilio Vaticano II, de tantas esperanzas.

En su breve estancia en Panamá, apenas pudo ver nada. Eran los días luctuosos del Panameñazo. La sangre ardiente de los americanitos de las riberas del canal se había soliviantado contra los gringos opresores y las balas de los unos y de los otros metían de repente avalanchas de gentes en casas y comercios. Panamá era aquellos días una ciudad en que todo lo que tuviese etiqueta de norteamericano se incendiaba y destruía. En muchas calles, boca arriba e incendiados, quedaban los hierros de coches con matrícula USA. Aquella noche presencié por televisión el entierro de diecinueve de las víctimas, casi todos jóvenes, que habían sucumbido en los ataques frustrados a las fortalezas, bien pertrechadas de armamentos, de los norteamericanos. Bien pronto le presentaba América una de las facetas más sombrías: la del odio y la de la muerte. Después le ofrecería otras más risueñas y optimistas. Pero aún descubriría, andando el tiempo, bastantes pústulas leprosas en su cara. Y no iban a ser de las menos repugnantes, por lo que a él directamente le tocaba, las que originaba en el pueblo, de hondo sentido religioso, la falta de sacerdotes. Y en el sacerdocio escaso, formado por nativos y adventicios de diversas partes del mundo, -¡ay!-, algunas llagas tanto y más purulentas, que las que movieron tantas veces su compasión y caridad en Europa.

## V

**EL SECUESTRO**

Ahora sí, me vas a decir por qué siento la sangre en la cabeza; esta sangre que hierve y se evapora entre ebullentes volutas de recuerdos; recuerdos aprisionados primero entre todo este pasado entramado de barrotes, que ponen los ojos como si los dedos de una mano invisible los cruzara con tinta china negra de arriba abajo, reteniendo la frente -¿o la mente?- pegada por el lado de allá, el de la huida imposible, a su hierro; recuerdos que, después, son más vida que la vida, porque sienten ya en su tórax pulmones de eternidad; por eso seguramente se liberan de formas y prisiones y tan pronto se disparan en luminarias de noche de verbena, como se remansan en ensenadas de río reflejándose unos a otros con el saludo de ¡yo te conozco!; ¡camino juntos en la época de los senderos trazados! -los senderos también tienen que ver con los barrotes-. ¿No te acuerdas? ¡Claro que me acuerdo, Castañeda! Aquel Óscar Castañeda, el de los ojos oblicuos medio tapados por párpados prominentes, pelo negro brillante con metáfora de púas, pómulos de indio y hablar pausado. Yo escondo bajo mi taimada compostura tantos o más sueños y proyectos que los que vosotros disparáis en todas direcciones con puntas hirientes y teas incendiarias en ellas. Vosotros, europeos, cabezas cuadrículadas de mamotretos de bibliotecas, sabréis mucho, haréis mucho, pero todo a gritos, a bofetón limpio, enseñando los dientes de vuestras descorteses carcajadas a todos esos manuales de educación elemental que proliferan en vuestras abundantes imprentas. ¡Así, no, *Padesito*, así no! ¿A quién se le ocurre? Llenando de estruendo los despachos parroquiales y salas de reunión como si en ellos irrumpieran de repente ejércitos de ciempiés con zapatos de tacones de suela; así se quedan los oídos lo mismo que cuando una traca explota junto a ti cogiéndote descuidado. Bastante ruido hacen ya las tormentas cuando se ponen a desplegar sus magnitudes apocalípticas por nuestros americanos ámbitos infinitos. ¿O es que creéis que emborronando cuartillas de firmas vais a raer, a base de meter y meter rabia en sus rúbricas, algo de lo que Roma tiene amarrado con argollas bastante más fuertes que las que aprisionaron a San Pedro? Ahora ya no vienen los ángeles a la tierra. ¡No me hagáis reír! ¡Crear que el celibato optativo en el sacerdocio lo vais a llevar a base de latigazos de tesis teológicas a los pastos a que a vosotros os dé la gana! ¡Es mucho más sencillo! ¡Tú come y calla! La cuartilla sintió el

alfilerazo de la sonrisilla burlona. Lo que importa es ser bueno y no meterse con nadie. ¿Con Nadie? ¿Y Olga? La rosa, por muy rosa que sea, tiene espinas, espinas, para defender el color y el aroma. Y ella dijo: ¡Que me *desgrasias*! El Padre Barriadas, por lo menos, lo hizo, dentro de sus modos, más elegantemente y sin rodeos de engaños. Más a lo hombre. Rose Mary: ese Obispo me tiene frito ya. Estoy cansado. Yo contigo sería feliz. Ahora ya permiten casarse. ¿Quieres? Mañana te respondo. ¡Y parecía loca cuando estaba de luna y se retorció delante de los curas! Tengo demasiadas verdades encorvándome las espaldas. Yo, Don Gabriel Inceras Barret, se las meto todas al Obispo dentro de su palacio y que cargue con el suburbio, que para eso lleva báculo para apoyarse. Soy un hombre decentemente casado, como otro cualquiera. No como el iracundo Seguro. Las verdades se engrandecen en la noche retumbando por en medio de las tinieblas al ahuecarse de fantasía que sin embargo son ecos con puntas luminosas de verdades que hieren los ojos cerrados por la carga del sueño que no acaba de posarse por culpa de ecos que son como ondas continuas en un lago -¡Maldito café! ¿O es el laberinto de cinco horas seguidas de lectura?-, verdades que nunca vienen enteras, sino en retazos, componiendo las figuras a trozos y desordenadamente, chocando unos con otros al buscar cada cual su sitio respectivo para colocarse. ¿Qué tiene que ver el curita joven y guapo, coadjutor de una parroquia lejana con el Padre Barriadas? Otro tanto que Rose Mary con Adela. Yo no pago dos mil pesetas por casarme. ¡A ver! A Gabriel Incera Barret lo casas tú como a cualquier hijo de vecino; nada de andarse como los conejos escondiéndose detrás de las puertas de oficinas curiales, como si casarse fuera un delito. La fonética de Adela posa el ala de su ele sobre Olga. Tan distante la una de la otra en todo. Adela con ansias de imposible; Olga, facilidad de consecución, porque en América la entrega es el sino fatal de la mujer. ¡Óscar! ¡Que me *desgrasias, papaíto*! Adela quería ir vestida de novia. No me caso más que una sola vez en la vida. Mejor es sin ostentación; nadie va a impedirnos nuestra felicidad; pero tenemos que marcharnos a vivir a otra parte. Después vienen los hijos y no hay quien aguante. Yo, por no andar con jaleos, pago dos mil pesetas y hago lo que sea. ¡Plata! ¡Platita, *Padresito*! Mi niña Olga está preñada. Lo *dise* ella; o si no, lo *lansamos* a los cuatro vientos. Miles de dedos apuntándome. Detrás de cada esquina aparecen los índices. Así es imposible caminar. Ojos, ojos grandes de cíclope, como los que pintan las niñas de un colegio contiguo de las monjas en las caras de sus monigotes.. El mundo entero es un inmenso monigote redondo, como la tierra de grande, lleno de ojos que miran; y bocas también como la boca grande con que hienden las niñas la curva cóncava de la luna, infinidad de lunas con sus enormes bocas carcajeándose de mí - ¡ja, ja. Ja, ja, el *Padresito* Castañeda preñó a niña Olga!- ¡Platita, *Padresito*, platita y nadie sabrá nada! ¡Vázquez, estoy perdido! ¡Un

callejón sin salida! Pero no; no digo nada. Y la palidez del rostro parecía patrimonio de los europeos, mas esta palidez amarillenta tirando a verde aceituna con labios prominentes amoratados. ¡Tú estás enfermo, Castañeda! ¡Quiá! A un cipote cualquiera le traería sin cuidado, iría con su mecate y con su corvo todos los días al potrero y seguiría chingando y holgando cuantas veces se le presentara la ocasión. *Padresito*: miembro que no se usa se atrofia. Concedido por un momento, pero entonces, miembro que se usa se desarrolla. Tendrá usted razón. Siendo así a algunos de vosotros tenía que vérselo por debajo del pantalón. Con maestrescuelas como aquellos incubadores de ignorancia con que la Fisiología perdía todos sus atributos de ciencia: Después de cada masturbación tomaos un vaso de leche y no pasa nada. A mí de nada me vale la selva y los cafetales, ni nada. Dalmau es médico. ¡Así cualquiera! Sobre las enormes extensiones verdes que las vertientes de los Pirineos lanzan hacia Europa flotan las guedejas de una cabellera rubia. Es una sola y sin embargo sobre todo el mapa de Europa, el del atlas, no, el otro, el de verdad, como si fuera un plumero; un plumero no, nubes; nubes tampoco, cabellera. ¿Por qué todas las del lado de allá han de ser rubias? ¿Sería capaz Dalmau de remordimiento? Con dispensa de rito, porque ella era protestante norteamericana. En París todo es más fácil. ¿Y ahora, qué hago? ¡Un niño y ella me deja solo, como una zorra sueca! Ni casados ni nada. Necesito mujer que me lo cuide. ¡Si estuviera Carmela! ¿Será verdad lo de la maldición de Caín? Caín no conocería América. Sí, pero los montes y los valles, aquellas montañas y hondonadas de la Historia Sagrada cuando niños, se parecen mejor ahora a los de esta inmensa orografía americana. Pero Caín no era americano, si no no se echa encima de sí el ojo, el tremendo ojo aquel con rayos del triángulo de la Trinidad atormentándole en su huida. ¡Óscar! ¿Qué hiciste? No, es más fácil. Algo así como... ¡Un secuestro! El mundo comienza a tener psicosis de secuestros. El cónsul pasó una semana encerrado nadie sabe dónde. Era una habitación rara y le hacían siempre guardia dos encapuchados armados que no cruzaban palabra. La policía andaba loca por toda la nación haciendo interrogatorios y detenciones aquí y allá y los periódicos metían sus enormes títulos por todos los ojos: Secuestradores piden fuerte rescate, de lo contrario, muerte: A ver quién no suelta plata y si no la tiene busca donde sea. Cuando las niñas que pintan ojos y bocas salgan del colegio de enfrente del convento. La Hermana Silvia no podrá negarse. Es impresionable. Y si no la amenazo con que descubro a sus superiores intimidades que ella tiene ocultas en el fondo revuelto de su vida y que yo solo sé. Necesito la plata si no me hundo. Una monja, por su fama, y más si es como ella, yo la conozco bien, sé que es débil y tímida, y como está encargada de la portería y de las llaves, en el convento es fácil de penetrar a horas intempestivas, le disparo una perorata sobre la caridad, la caridad lo justifica todo, total van a ser

sólo unas horas encerrado en el secreto de su celda; sé que ella me aprecia mucho; como que si no fuera monja: quizá hasta se alegre de esta prueba de confianza. Padre Provincial: Secuestradores exigen diez mil dólares. Si no le resulta posible, acepto la muerte como víctima inocente por las injusticias del mundo. Padre Óscar Castañead. Así, taladrado de heroísmo y oliendo a martirio impresiona más. Cura secuestrado. Las ondas de la nación las tienen en tensión de alarido continuo las emisoras de radio; los periódicos vuelan de los quioscos rápidos en todas direcciones. Cura secuestrado acepta valiente martirio. Galones de policías y pistolas garabateando todos los caminos lejos, muy lejos, cerca de las fronteras; imposible sospechar que estoy a dos pasos de mi convento en la celda silenciosa de una religiosa ingenua, que cree por añadidura que está haciendo el acto de caridad más puro protegiendo a un sacerdote. Otra vez la noche y en la noche la sangre que hierve, se alarga a los brazos para abrazar y a los labios par besar y a todo el cuerpo inoculando necesidad irresistible de posesión y de entrega. ¿Por qué tendrá la obscuridad este poder mágico de aventar todos los respetos y reticencias de las fórmulas? ¡Me estas salvando, Silvia! ¡Por eso yo te quiero! ¡Y yo también, Óscar! ¡Ooooh!... ¡Ooo-ooo-oooh!... *¡Il paradiso, e il paradiso!* Novicia del Decameron, el de Fellini, en el cine de París, con el cordón de los votos en lazada casual de horca sobre el pubis negro para ahorcar la virginidad. ¡Ooooh! ¡Que te van a oír! ¡Oh!.....

¿Por qué te autosecuestras? ¡Plata, me exigen plata, por una mujer que de lo contrario me denuncia! Tú sola lo sabes, pero nuestra noche mutua de placer nos sellará de ahora en adelante a ambos los labios con un candado muy fuerte. Tan fuerte y apretado como estos nuestros brazos locos en la obscuridad de tu celda sobre la cama estrecha en donde apenas cabemos los dos. Menos tuvieron Segurola y Lola en la primera noche de su piso recién estrenado en la ciudad. Pero el amor de ellos era ya eterno, no pasión desfogada sin otro motivo como ésta. No aman, coítan. Como casi todos los hombres. Pero a ellos no se les puede excusar de ignorancia. ¡El Cura Mártir! Durante tres días, filas de gentes, ricos y sencillos, acudieron al convento a ofrecer lotes para el rescate; parecía que un estremecimiento de caridad le había calado la médula al cristianismo. La médula, la que se estremece en los espasmos venéreos. ¡No profanes, lujurioso, la blancura a salivazos! Salibazos negros porque estamos a oscuras en el cuarto o porque se han mezclado, qué sé yo, con sangre corrompida. La virtud de los bienintencionados, cuando es tal, no sospecha hipocresías; por eso Vázquez -¡Vázquez, ayúdame, que no sé lo que presiento!- fue siempre tan limpio y tan entero. Vázquez, tu corazón sigue siendo pozo tan hondo, de agua clara para recoger secretas confidencias. . Ya no resisto más en la orden. Todo me resulta insoportable. Si te aureolaran de santidad y de martirio; prolonga el testimonio hasta la muerte; que va a decir la gente. ¡Que digan

lo que quieran! Los diez mil dólares están revueltos con los denarios de Judas, al dinero avaro de Judas se junta todo el oro cochino por el que se envilecen de cualquier manera los humanos. Los pagué y logré ocultar mi deshonra, pero ya ni puedo continuar por más tiempo porque el agujón de las tradiciones que me taladra el alma me la deja inservible para estar al lado de los puros. ¡Me marchó! ¡Adiós, Vázquez! ¡El del sino fatal para recibir el abrazo último de prevaricadores! Ni con Olga ni con Silvia. ¡Salvaje! ¡Desnaturalizado! ¡Indio! Por Olga, por lo menos, cobró su padre, pero por la Hermana Silvia, marchándose del convento apenas se ha notado la turgencia de su vientre, convertida en una americanita soltera más con hijo... Ahora te casas decentemente, lícitamente, con una vieja rica, que tenías -tú come y calla- desde hace mucho tiempo preparada. ¡Hipócrita! ¡Indio, indio! ¡Qué horrible soledad la de los ojos pesados por el plomo del insomnio, pesados y traspasados y todo el cuerpo sudoroso entre las ropas revueltas! Los lados de las sienas aprisionando con golpes secos imágenes descontroladas para que formen cuerpo en la mente. Pero esos pulsos pueden ser de fiebre, fiebre como la de la muerte. ¡Si algún día te pusieras enfermo y me necesitaras, llámame! Vendré desde el fin del mundo! ¿Qué es eso? La leucemia viene derribando montes, montes por cuyas vertientes ruedan con estruendo ensordecedor aluviones de rocas desprendidas sobre vida indefensa y acorralada en la clínica oliente a medicinas y a muerte. Hematología. ¡Lola, esto se acaba! Doctores y enfermeras, blanco contrapunto sarcástico del disimulo a lo inevitable; la única salida de estas salas de incurables es la del cementerio. Paco, estoy a tu lado. Ya para qué Pepe. Lecho, como todos los lechos, los del amar, los del gozar, los del amanecer a la vida y los del morir. Como si la vida de los hombres se resumiera en una cama. Tu mano de pulso preocupante. ¡Paco, tu alma! Todavía una sonrisa de rechazo misterioso; será el musgo detrás del cual duerme su frío la roca dura. ¡Que sí, Paco, que sí, que Dios te perdona! ¡No lo... necesito... He hecho... lo que... debía... hacer...! El suero fisiológico también ha hecho todo lo que tenía que hacer. Nadie tiene nada que hacer. Y yo tampoco puedo hacer nada. ¡Nada! ¿Será posible? Son los minutos, los tremendos minutos de la impotencia. Las lágrimas de la mujer amada humedecen la palidez del torso de la mano pálida surcada de venas negras y aprietan para no perderlo todavía, el pulso filiforme, aquel que fue pulso vigoroso de golpes hasta el alma en horas de amor, sellando con anillo apretado la fidelidad hasta el final y presintiendo orfandades. Orfandades pero no ilegitimidades! ¡Así! Y yo, en nombre de Dios, os uno en santo matrimonio: ¡Paco: Besa el crucifijo! El labio no se mueve. ¿Lo besará por dentro? ¡Sí!; se mueven; boqueadas; una, dos, tres! Si estás dispuesto, yo te absuelvo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo Amén.

¡Uf! ¡Qué noche! Ritmo de pesadilla o de manicomio. Vete a saber. Lleva uno tantas cosas dentro del alma.

## ÍNDICE

|                   |   |
|-------------------|---|
| Presentación..... | 3 |
|-------------------|---|

### I

|                      |    |
|----------------------|----|
| La hora última.....  | 5  |
| Quizá.....           | 9  |
| Brutal decisión..... | 15 |

### II

#### APUNTES PARA LA SEMBLANZA DE UNA GENERACIÓN

|                               |    |
|-------------------------------|----|
| Los días vitales.....         | 18 |
| Bajo el signo del terror..... | 20 |
| Travesuras.....               | 26 |
| Complejos.....                | 33 |
| Uno de tantos.....            | 37 |
| Moral tradicional.....        | 37 |
| Moral nueva.....              | 38 |
| Estadística al canto.....     | 38 |
| Culpabilidad.....             | 39 |
| Proyección sacramentaria..... | 39 |
| Hablemos valientemente.....   | 40 |
| Puede haber pecado.....       | 40 |
| Principios, también.....      | 41 |
| A comulgar muchachos.....     | 41 |
| Monotonía.....                | 43 |
| ¡Este Vázquez!.....           | 44 |
| Despertar.....                | 50 |
| “El segador” (Azorín).....    | 54 |
| ¡Mi moral soy yo!.....        | 60 |
| Camino de Dios.....           | 63 |

### III

|                            |    |
|----------------------------|----|
| Ana.....                   | 66 |
| Preparando la batalla..... | 72 |
| “Los optimistas”.....      | 73 |
| Rose Mary.....             | 77 |
| Maribel.....               | 79 |
| ¡Un hijo!.....             | 83 |
| La puñalada.....           | 86 |



#### IV

|                         |     |
|-------------------------|-----|
| La cadena de Caín.....  | 99  |
| Orgías de santidad..... | 102 |
| La noche triste.....    | 110 |
| La calle.....           | 123 |
| Calvario.....           | 136 |

#### V

|                   |     |
|-------------------|-----|
| El secuestro..... | 139 |
|-------------------|-----|

### CONTRAPORTADA

*Esta es una novela escrita por un célibe voluntario, que ha tintado su pluma en el alma anegada de tragedia de muchos hombres y mujeres, que están o han estado en iglesias o en residencias religiosas, que van por la calle, como cualquiera de los que estos leéis, que han ido o siguen yendo a las aulas, que nacieron para lo que Dios creó al hombre y a la mujer, que no es otra cosa tan simple y tan completa como es amar y ser amados. Sí, ya lo sabemos: Los ríos, cuanto más abundosos, más misterio llevan en sus profundidades. Y aquí hay un río de sonoridades literarias, que lleva en su seno vidas reales con alegrías, dramas y hasta tragedias. Claro que, por sus intencionado orillamiento a los antedichos cientifismos, todo el fondo, como en el aire velazqueño de Cuadro de las Lanzas, queda más allá. Y la condición literaria de su entidad novelística, hace, de su invención, realidad, de tan eterna actualidad, como la que alargue la duración de las estructuras encorsetadoras legales. Quienes vengan a la novela con testas ahormadas a cánones de preceptiva literaria, buscarán la pirámide de los que en ella se mueven: Para unos será el protagonista Velázquez, para otros, Segurola. El protagonismo de “Los curas casados” es su mensaje por encima de todo. Porque, contrariamente a otros escritos del género, basados en el concreto anecdótico de un cura, de una mujer, aquí hay algo bastante más extenso y ambicioso.*